GIFT OF
J.C.CEBRIAN

751 fo
Sa
v.1

LA ARGONÁUTICA

LA ARGONÁUTICA

POEMA ÉPICO

DE

APOLONIO RODIO

TRADUCIDO DEL ORIGINAL GRIEGO
EN VERSO CASTELLANO

POR

IPANDRO ACAICO

TOMO PRIMERO

MADRID
TIP. DE LA "REV. DE ARCH., BIBL. Y MUSEOS"
1919

UNIV. OF CALIFORNIA

Ἀεἰδων ἐνόμευε

CANTANDO APACENTABA SU REBAÑO

Moscho, Idilio III.

PA
3872
S8
1919
v.1
MAIN

AL EXCELENTISIMO SEÑOR

DON ANTONIO MAURA

Presidente del Consejo de Ministros,

Director de la Real Academia Española.

Excelentísimo señor y dignísimo Director:

De los cuarenta años largos que he podido trabajar, de cerca o de lejos, para esta Real Academia, los últimos cinco he militado, en activa campaña, a las órdenes de V. E. El ambiente literario que a su lado, y en medio de nuestros egregios colegas, he respirado, despertó en mí los alientos poéticos hacía tiempo adormecidos; y mis forzados ocios me permitieron dar rienda suelta a las aficiones de mi juventud. El más importante de los trabajos que

he emprendido es la versión métrica de La Argonáutica *de Apolonio Rodio, de que hoy presento a V. E., y en su persona a la Real Academia Española, el primer volumen, que comprende la mitad del poema. Tengo fundados temores de no poder terminar la otra mitad; y si tal sucediere, ruego a V. E. y a la ilustre Corporación que no dejen incompleta una obra que hace falta a las letras españolas, y encomienden su coronamiento a alguno de los ingenios de la nueva generación.*

Sea cual fuere mi suerte, conservaré gratos recuerdos del largo período que he trabajado, bajo su inmediata dirección, en el cuerpo literario que conserva todavía, sobre el idioma castellano y sobre los corazones de cuantos se glorían de hablarlo, el antiguo poderío del Imperio español.

De V. E.

obediente servidor y humilde colega,

Ignacio,

Obispo de San Luis de Potosí.

CARTA-PRÓLOGO

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN, DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

Mi buen amigo y erudito colega:

El 15 de febrero de 1882 escribía yo al esclarecido Ingenio que V. se complace en llamar *maestro*, y era ya entonces mi íntimo amigo, las siguientes palabras: "Creo que ya es tiempo de bajar del brillante carro de las hijas de Apolo, y que no volverá V. a hacerme empuñar sus doradas riendas. A usted y a sus discípulos toca enriquecer nuestra literatura con las versiones de los clásicos griegos de que aún carece. Yo creo haber contribuído ya con un contingente proporcionado a mis fuerzas, traduciendo en verso castellano *Los Bucólicos* y ahora el *Píndaro*, que remito a V. y pongo bajo sus auspicios."

Me refería yo a la epopeya de Apolonio Rodio sobre la Expedición Argonáutica, que nuestro nunca bien llorado Marcelino Menéndez Pelayo, secundado por el no menos insigne y lamentado Juan Valera, me excitaban a tradu-

cir. Entonces no pude ni quise emprender la versión métrica del gran poeta, que, después de Píndaro, me pareció necesariamente inferior. Han transcurrido treinta y siete años. Vicisitudes no previstas me han traído a España, y tenídome en ella, no breves temporadas, como antes, sino varios años seguidos. He visto que el Épico de Rodas carecía aún de una versión métrica en castellano, y que la pléyade de jóvenes que rodeaba a aquellos dos Ingenios envejeció sin haberla emprendido, y ha desaparecido en su mayor parte. Los forzados ocios de mi nueva situación, la imposibilidad física de emprender estudios más serios, me movieron a volver a subir al carro de las Musas y a hacer a las letras españolas el servicio que en mi juventud debí haberles prestado.

Pero he aquí que cuando más embebido estaba en mi trabajo, me anuncian que no tardaré en volver a mis antiguas ocupaciones pastorales. Temo no tener tiempo para terminar la entera versión, y me resuelvo a publicar el tomo primero, confiado en que la Academia a quien lo entrego hará que *con mejor plectro* dé cima a la empresa alguno de sus nacientes poetas y helenistas, si a mí me faltaren ocios y alientos.

Los juicios de los eruditos acerca de Apolonio y su poema son diversos y a veces contradictorios. Nació el año 270 antes de la era cristiana, según unos, en Naucratis, y según otros, en la misma Alejandría, donde estudió bajo la

dirección de Calímaco. Éste fué largos años eximio en todos los ramos del saber, y no tenía ni podía sufrir rival alguno en poesía. Tal flaqueza lo hizo convertirse en enemigo encarnizado de su discípulo, desde que Apolonio leyó en público, con éxito poco feliz, su *Argonáutica*, y lo obligó a emigrar a la Isla de Rodas.

El destierro se convirtió para el joven poeta en segunda patria, que le dió bienestar, fortuna, la fama que le había negado su suelo natal, y hasta el apellido o título gentilicio con que es conocido hasta el día.

Muerto Calímaco, volvió a Alejandría, donde sucedió a su antiguo maestro en la dirección de la famosa Biblioteca, y la presidencia del *Museo*, o grande Academia de las Musas, de que formaba parte. Era puesto altamente honorífico y lucrativo, en el cual murió hacia el año 180 antes de Jesucristo. En Rodas había corregido cuidadosamente su poema, que a su regreso a la Patria volvió a leer y publicar con grandes aplausos. ¡Ojalá hubiera añadido una que otra corrección a las muchas que lo embellecieron! Acortando la profecía del ciego Fineo y dejando el catálogo de los Argonautas, como hizo Homero con el de las naves, para cuando ya el lector conoce a algunos de los héroes, y en ellos se interesa, se me figura que hubiera acertado. Pero parece que, lejos de imitar a Homero, como pretenden algunos críticos, lo que quiso fué apartarse de él en todo y por

todo, y probar que se podía escribir una epopeya sin calcarla sobre la *Ilíada* o la *Odisea*.

Le echan en cara que fué más retórico que poeta. Puede ser. Muy pocos hay que, como el mismo Homero, o nuestro Ercilla, narren acontecimientos en que han tomado parte y escriban el poema que ellos formaron con sus propias hazañas y aventuras. Tampoco es un defecto lo atildado de su lenguaje. Siglos hacía que nadie hablaba el *dialecto épico*, y para resucitarlo, había que hacer un estudio especial. Otro tanto pasaría al español que quisiera escribir hoy día una epopeya en el idioma de Gonzalo de Berceo.

La de Apolonio Rodio suministró a Virgilio materia para nada menos que veinte episodios o pasajes de la *Eneida*. La *Argonáutica* latina de Valerio Flaco no es más que una traducción muy libre de la griega. Ovidio bebió abundantemente en el mismo manantial. Hay quien diga que es simplemente una serie de episodios; pero la unidad épica está en la misma expedición.

En la Carta-prólogo citada al principio de la presente, decía yo a nuestro Marcelino: "Empecé en octavas la *Pítica IV*, verdadero canto épico, imitando en esto al italiano Borghi. Presto me cansé de su prolongado retintín, y juzgando que el lector se cansaría lo mismo que yo, introduje, a estilo de las leyendas románticas, diversos metros. ¿Qué le parece a

V. esta transgresión de los preceptos clásicos? En una versión, por ejemplo, de *La Argonáutica* de Apolonio Rodio o de *La Odisea* de Homero, ¿podría seguirse el mismo método?"

No tuvo ocasión el gran polígrafo de darme una respuesta; pero la experiencia personal me ha enseñado que no. También me ha confirmado en la convicción que ya tenía, a despecho de sabias opiniones, de que la *octava rima* es la mejor para una versión castellana de los clásicos griegos o latinos. En el verso suelto, la armonía especial que requiere y la necesidad de evitar las asonancias presenta mayores dificultades que la rima. No se logra tampoco el objeto de seguir más de cerca el original; y si eso es lo único a que se aspira, más valdría la prosa poética (como la del *Telémaco* de Fenélon) tratándose del público en general, o una versión absolutamente literal, y aún interlineal, si está destinada a principiantes en los estudios de las lenguas sabias.

La *octava rima*, aunque algunos giros se trastornen, algunos epítetos se omitan, algunas frases se trasporten de una estrofa a otra, suena mejor al oído, agrada a doctos e ignorantes, y, sin desdeñar la gramática, revela más los encantos de la poética.

¿Habré acertado poniendo en práctica estos principios? A otros toca juzgar. Yo sólo añadiré que, como siempre, mi versión es de poeta y no de humanista; y aunque libre, menos li-

bre que otras veces. No he podido tener a la vista más que la edición de Firmin Didot y una de Londres de 1912. He seguido el texto que más me ha acomodado en una y otra. He consultado una versión literal latina, otra en prosa elegante, inglesa, y otra en verso mediano, también en inglés. Estas traducciones a veces me han servido y a veces me han extraviado. Los dos libros que presento al público en este volumen son más bien una *muestra* que un trabajo definitivo, y agradeceré las observaciones que los doctos se sirvan hacerme. En vez de notas, me he resuelto a poner una *Clave alfabética* que facilite al lector la inteligencia de ciertos pasajes históricos, geográficos y mitológicos.

Ignoro, amigo mío, si me seguiré sentando junto a V. en esta Real Academia, como en los últimos años, o si los mudables vientos que aquí me trajeron me volverán a llevar a mi sede. Comoquiera que sea, cuento con los auxilios de su amistad, su erudición y su buena voluntad para la terminación de éste mi último trabajo, y le reitero las gracias por sus bondadosos ofrecimientos y servicios.

Siempre suyo

Ignacio Montes de Oca y Obregón,
Obispo de San Luis de Potosí,
entre los árcades, Ipandro Acaico.

Madrid, junio de 1919.

CLAVE ALFABÉTICA

PARA LOS DOS PRIMEROS LIBROS

APOLO, hijo de Júpiter y Latona, hermano de Diana, padre de las Musas y de muchos héroes que figuran en este poema. Además de su nombre de *Febo,* se le designa bajo diversos títulos, como Patrono de la playa, de los que desembarcan (Ecbasio o Ecbaso), Salvador de naves, Dios de los pastores, Médico divino, Flechador, Señor de la aurora, etc.

ARGO, ARGONAUTAS, ARGOS.—La nave que llevó a Jasón se llamó *Argo,* del nombre de su constructor Argos. Otro Argos embarcó en ella más tarde. Sus tripulantes, además de *Argonautas,* se llamaban Minios, nautas simplemente, legión divina, compañía, cohorte, semidioses, etcétera, etc. Su catálogo y genealogía se encuentran al principio del libro I, y un poco más lejos, la historia de la construcción de la nave.

BACO.—Dios de las viñas. A su vuelta de la India fundó en Calicoro las orgías en su honor.

BÉBRICES, *Bebricios, Bebricia.*—Región y pueblo de Bitinia. De la muerte de su rey Amico se habla en el libro II.

CENTAUROS.—Al final del libro II se narra el nacimiento del Centauro Quirón, mitad hombre y mitad caballo, como los demás; pero de índole suave y de gran sabiduría.

DÁCTILOS.—Herreros del Monte Ida, en Creta.

FRIJO (o Frixo), hijo de Atamante y Néfele y hermano de Hele.—Huyó para salvarse de las asechanzas de su madrastra, sobre un carnero de vellón de oro, regalado por Mercurio. Hele cayó al mar y dió su nombre al Helesponto. Frijo llegó a Cólquide, donde reinaba *Etas*, y allí sacrificó el carnero a Júpiter, colgando de una encina el vellón, cuya conquista forma el argumento del poema.

HAYA.—Hemos adoptado esta ortografía para el nombre griego de Aia, capital de Cólquide.

JASÓN, hijo de Esón y de Alcimeda, rey legítimo de Jolcos, que fué a reclamar del usurpador Pelias.—Este, para librarse de él, le prometió su reino en cambio del Vellón de oro, dando lugar a la expedición Argonáutica, de que fué Jasón el héroe principal. Se le designa bajo su nombre patronímico de Esónides, se le llama el *Minio* por excelencia, Caudillo, Jefe, Capitán, Comandante, Patrón...

MINERVA, hija de Júpiter, nació, sin madre, de la cabeza del Rey de los Dioses y de los hombres. Diosa de la sabiduría, de la guerra, de las artes y las industrias femeniles, prototipo de prudencia y de estrategia, la vemos en este poema dirigiendo la construcción de la nave *Argo*, que salva milagrosamente en su mayor peligro, y bordando con sus manos el manto de Jasón. Se le llama también *Palas* y *Atena*.

MINIAS.—Era hijo de Eolo; y de sus hijas descendían Jasón y muchos de los Argonautas, de donde les vino el nombre de *Minios*.

PATRONÍMICOS.—A menudo se designa a los personajes del poema, no sólo por sus nombres, sino por sus apellidos o patronímicos, como Agníades, Tindárides, Elátida, Agenórides, etc. Se conserva la terminación griega en la traducción; pero no siempre la del dialecto épico. La acentuación a veces se varía, conforme a las necesidades de la métrica.

SIMPLÉGADES, por otro nombre rocas o islas *Cianeas.*—Eran dos peñascos o islotes que estaban en continuo movimiento, a la entrada del Ponto Euxino, y no dejaban pasar embarcación alguna. El *Argo* logró pasarlas, y desde entonces quedaron fijas hasta el día.

VENUS.—Nacida de la espuma del mar, se llamó por esto *Afrodita.* Llámase también Ciprina, Citeres o Citerea, por tener en Chipre y en Citera templos donde recibía especial adoración.

LIBRO PRIMERO

SUMARIO DEL LIBRO I

Invocación a Febo y causa de la expedición (octavas 1 a 4). Elenco y genealogía de los Argonautas (5-44). Marcha de los héroes al puerto. Despedida de Jasón y su madre Alcimeda (45-59). Preparativos para el viaje. Botadura del *Argo*. Sacrificio a Apolo. Vaticinio de Idmón (60-90). El banquete: insolencia de Idas: himno de Orfeo. Partida (91-112). Viaje a lo largo de la Costa de Tesalia y a la isla de Lemnos (113-121). Trágicos sucesos en la isla y permanencia de los Argonautas (122-177). Despedida de Jasón e Hipsipilea (178-182). Travesía desde Lemnos a la Propóntide, por Samotracia (183-191). Amistosa acogida por los Doliones (192-200). Combate con los Gigantes (201-206). Partida y regreso a Cízico (207-224). Sacrificio a Rhea en el monte Dindimo (225-239). Llegada a Misia (240-250). Rapto de Hilas por las Ninfas (251-259). Mientras lo buscan Hércules y Polifemo parte la nave. Arriba el *Argo* al territorio de los Bébrices (260-282).

LIBRO PRIMERO

I

Empezando por ti, Febo divino,
Cantaré de los héroes los loores
Que a conquistar el áureo vellocino
En tiempos a estos siglos anteriores
Pasaron por la Boca del Euxino
De sus móviles rocas vencedores,
Y obedientes de Jolcos al Monarca
Zarparon en el Argo, insigne barca.

II

A Pelias un oráculo decía:
"Será contrario a tu ventura el Hado,
Si ingrato pueblo a derribarte envía
Noble doncel, con sólo un pie calzado."
Ratificó Jasón la profecía
Cuando, tentando en el Anauro vado,
Una sandalia, que sacar no pudo
Del lodazal, dejó su pie desnudo.

III

Apenas atraviesa el hondo río
Saluda al Rey, y síguelo al convite
Que a su padre Neptuno ofrece pío
Y otras Deidades; y en que honrar omite
Pelias a Juno, con hostil desvío.
Las pretensiones de Jasón admite;
Pero fatal navegación le impone
Que al mar y a gentes bárbaras lo expone.

IV

Del Argo, de Minerva obra eminente,
Cantaron otros vates las grandezas.
Los nombres de los héroes que la ingente
Nave llevó, su alcurnia y sus proezas,
Su viaje por el mar y continente,
Narraré, con sus riesgos y asperezas.
Las Musas, del Parnaso moradoras,
De mi canto serán inspiradoras.

V

Mencionaré primero al gran Orfeo
A quien la Musa, de exquisita gracia,
Calíope gentil, por Himeneo
Unida a Eagro, príncipe de Tracia,
Diera a luz en la cumbre del Pimpleo.
Cuéntase que la roca más reacia
De su voz ablandaba la armonía
Y el curso de las aguas detenía.

VI

Formadas hoy en ordenada hilera
Las verdes hayas que animó su canto,
E hizo marchar de Tracia a la ribera
Desde Pieria, prueban el encanto
Mágico de su cítara hechicera.
Por orden de Quirón, el regio manto
De los Bistones, a dejar lo incita
Jasón, y su socorro solicita.

VII

Sin que nadie lo llame, Astorio llega.
El buen Cometes lo engendró en el llano
Que con violentos remolinos riega
El caudaloso y rápido Apidano.
Tiene en Piresias casa solariega
En la falda del monte Feleyano,
Do Enipo y Apidano sus corrientes
Juntan muy lejos de las patrias fuentes.

VIII

A unirse a los audaces navegantes
Polifemo Elatida, de Larisa
Desciende. Entre los Lápidas mucho antes
De nuestro siglo anduvo en la indecisa
Lucha con los Centauros arrogantes,
Y salió vencedor. Aunque hora frisa
En la vejez, con juvenil frescura
Y belicoso ardor su faz fulgura.

IX

En su Filaca Ificlo no se queda
Y de Jasón se agrega a la cohorte
Su sobrino materno. Es Alcimeda
Su hermana, del anciano Esón consorte.
El parentesco renunciar le veda
A las expediciones de Mavorte.
Admeto, al pie del monte Calcodonio
Deja su grey y pingüe patrimonio.

X

A Erito y a Equión, en las montañas
De Alopa, su riqueza no detiene.
Son hijos de Mercurio, que mil mañas
Les enseñó. De sus hermanos viene
A emular Etalides las hazañas.
Nació de Anfriso en la ribera, y tiene
A Epólema por madre. A los mayores
Crearon de Antamira los amores.

XI

Corono su palacio de Girtona
Abandonar no duda ni un instante.
Gran fama de valiente lo corona,
Pero es mayor la de su padre amante,
El lápita Ceneo. Cual pregona
El coro de poetas, al gigante
De los Centauros el asalto rudo
Vivo enterró; pero vencer no pudo.

XII

Muy lejos de su gente, a la enemiga
Falange persiguiendo, solo avanza.
Lo envuelve entonces la traidora liga
De los Centauros, y sobre él se lanza.
El en un bosque de álamos se abriga,
Y ni una flecha ni un arpón lo alcanza;
Pero un montón de troncos lo sepulta,
Sin que se rinda a la mesnada inculta.

XIII

El Titaresio Mopso, a quien el arte
De adivinar, investigando el vuelo
Del ave, enseñó Apolo, a tomar parte
Viene en la expedición. El patrio suelo
Y lago azul, por el laurel de Marte
Trueca Eridamo. El hijo del difunto
Meneto, Actor, también llegó de Opunto.

XIV

Con Euritión, el ínclito Eribotas
Arriba. Ambos a dos, progenitores
Esforzados tuvieron y patriotas.
De la prosapia aquél de los Actores
Desciende desde edades muy remotas.
De Iro el audaz es hijo. No menores
Son los blasones que ornan al primero:
Su padre es Teleonte, el gran guerrero.

XV

Los acompaña Oíleo, temerario
En su valor, y, cual ninguno activo,
Picar la retaguardia al adversario
Cuando ya derrotado y fugitivo
Se repliega el ejército contrario
Le agrada sin dejar un solo vivo.
Caneto manda a Cantho desde Eubea.
¡Infeliz! el Destino lo espolea.

XVI

No volverá a aspirar el aura tibia
De Cerintho. Con Mopso el agorero,
Errante en los desiertos de la Libia,
Exhalará el aliento postrimero.
Ni la esperanza su penar alivia
De que lo entierren cerca de Falero.
Calcis está de Libia tan distante
Como del Sol poniente el Sol levante.

XVII

Juntos vienen después Clutio e Ifito,
Ambos a dos de Ecalia son señores,
E hijos al par del implacable Eurito
Que fué en su vida rey de flechadores.
Apolo le donó su arco exquisito;
Mas contra El lo vuelve en sus furores,
Y de sus rayos, que al mortal consumen,
Uno le asesta el irritado Numen.

XVIII

De estos héroes en pos, pero no juntos,
Los Eácidas van a la marina
Expedición, de diferentes puntos.
Ambos huyeron rápidos de Egina
Apenas de la muerte hubo barruntos
De Foro. Telamón en Salamina;
Peleo, de su Rey con el auxilio,
En Tesalia fijó su domicilio.

XIX

Lleno de ardor de la Cecropia Atenas
De Talaonte, audaz, el hijo avanza.
Butes se llama. Al tuyo, Alcón, ordenas
Que parta, aunque en él cifras la esperanza
De que mitigue en la vejez tus penas:
Pero es Falero la primera lanza,
Y la ambición te mueve a que lo mandes
A ser el héroe grande entre los grandes.

XX

Entre los hijos de Ática figura
Siempre Teseo como el más preclaro.
En el profundo Averno, su aventura
Detiénelo, fatal, bajo el Tenaro;
Con Piritóo en la prisión obscura.
Si de Hércules la fuerza y el amparo
Los grillos de sus pies rompieran antes,
¡Cuánto dieran por él los navegantes!

XXI

Tifis Agniades viene de Sifea,
Pueblo de Tespia. Su feliz talento
En los astros y el Sol hace que lea
De las olas y el aire el movimiento,
Y las borrascas de la mar prevea
Como los rumbos y el furor del viento.
Por orden de Minerva se incorpora
A la cohorte, que su ayuda implora.

XXII

No sin razón en su venida influye
Minerva misma. La veloce nave
Con sus manos finísimas construye.
En el difícil arte, que ya sabe,
A Argos, progenie de Arestor, instruye
Con cuanta perfección en dioses cabe,
Y resulta un bajel, como no vemos
Sulcar la mar, a impulso de los remos.

XXIII

Flías viene veloz de Aretirea,
Donde el Asopo nace, que con vides
Su padre Baco espléndido hermosea.
Talo, Areyo y Deódoco, adalides
Que a Biantes donó la Neleidea
Pero, por quien Melampo el Eolides
Tanto sufrió de Ificles en la cuadra,
De Argos arriban a aumentar la escuadra.

XXIV

El magnánimo Alcides no podía
Desoír de Jasón el llamamiento.
De la náutica augusta compañía
Le llegó la noticia en el momento
En que de Arcadia al Lirceón volvía
Cargando en hombros, con heroico aliento,
Desde Erimanto al territorio Argivo,
Al jabalí de Lampia, atado y vivo.

XXV

Sin desligar sus lazos ni cadenas
De las anchas espaldas se lo quita
Hércules, en la plaza de Micenas.
Sus intenciones que conozca evita
Euristeo, el autor de tantas penas,
Y al joven Hilas a seguirlo invita,
Fiel escudero, que llenar la aljaba
Sabe, y cuidar del arco y de la clava.

XXVI

Del divino Danao el descendiente,
De Clitón prole, de Naubolo nieto,
Nauplio, se agrega a la marina gente.
Es biznieto de Lerno, hijo de Preto.
Pero a Neptuno tuvo, amor ardiente
A la Danaide Amínoma, sujeto;
Y el más célebre Nauplio vino al mundo,
Piloto y navegante sin segundo.

XXVII

Idmón, de los Argivos el postrero,
Se ve llegar con paso vacilante.
Sabe su suerte; y, hábil agorero,
Teme el desprecio de Argos arrogante.
Apolo fué su padre verdadero,
No, como dicen, el mortal Abante.
Aquél lo ennobleció, su arte divino
Dándole, de profeta y adivino.

XXVIII

La flor de Etolia, la agraciada Leda,
A Pólux, luchador, mueve a que parta.
Ni a Cástor, domador de potros, veda
Que los peligros de la mar comparta.
Los dió juntos a luz, en la alameda
De la mansión de Tíndaro, en Esparta,
Y a volar a la gloria los convida,
Cual conviene de Jove a la querida.

XXIX

Idas el arrogante, de Afareo
Progenie, deja su ciudad de Arena
Con su hermano, el fortísimo Linceo.
La fama de uno y otro el mundo llena;
Mas de los ojos de éste el centelleo
Es tal, que su mirada, cual barrena,
La obscura tierra dicen que perfora
Y todo lo penetra, todo explora.

XXX

Periclimeno el béliço equipaje
En la nativa Pilos apareja
Primogénito augusto, del linaje
De Neleo, Neptuno nunca deja
Que ningún héroe en fuerza le aventaje.
Todo peligro de su nieto aleja;
Con espléndidos triunfos lo corona,
Y en la guerra le da cuanto ambiciona.

XXXI

Cefeo, con su hermano Anfidamante
Sale de Arcadia, cerca de Tegea.
Tienen rica heredad en Afidante;
Licurgo, el primogénito desea
Partir también; mas de su padre amante
Ya quebrantada la salud flaquea.
Queda cuidando del anciano Aleo
Y manda en su lugar a su hijo Anceo.

XXXII

¡Qué bien al bravo mozalbete sienta
De oso la piel que, a falta de armadura,
Sobre los hombros y cabeza ostenta!
Doble segur esgrime con soltura,
Mas sin aljaba ni arco se presenta.
Por evitar que parta a la aventura,
Sus ricas armas le escondió el abuelo.
¡De nada le sirvió su tierno anhelo!

XXXIII

A Augías, rey de Elea, a quien la fama
Hijo del Sol riquísimo pregona,
De conocer a Cólquide le inflama
El ansia, y al que ciñe su corona
Etas, que al Sol también su padre llama.
Desde Pelene, que en la Acaica zona
Fundó su abuelo, en alto promontorio,
Tras él arriban Anfión y Astorio.

XXXIV

Europa, la de Ticio, de Neptuno
Un hijo tuvo, el andarín Eufemo;
De agilidad que no igualó ninguno,
En mar y tierra corredor supremo.
Sobre el agua no halló peligro alguno,
Humedeciendo apenas el extremo
De su sandalia y pie. Desde Tenaro,
Viene a alistarse el semidiós preclaro.

XXXV

Dos hijos más del mismo dios marino
Se agregan a la náutica cohorte.
En la ilustre Mileto vive Ergino;
El otro, en Samos, isla a la consorte
Consagrada de Júpiter divino:
Su nombre Anceo, de arrogante porte.
Ambos a dos peritos en navales
Asuntos y en la guerra son rivales.

XXXVI

De Calidona, su natal montaña
Va Meleagro, con marcial arreo:
Su tío Laocoonte lo acompaña.
Este es hermano de su padre Eneo,
Y no uterino, mas de sierva extraña.
De edad mayor, de cuerpo giganteo.
Por preceptor, en juegos como en lides,
Lo dió el anciano al juvenil Enides.

XXXVII

Muy tierno a la celeste compañía
Lo agrega, de los héroes al servicio.
Si un año lo tuviera todavía
De lancero aprendiendo el ejercicio
Y la táctica audaz de infantería,
Entre los argonautas, a mi juicio,
A Hércules exceptuando únicamente,
No hubiera semidiós más eminente.

XXXVIII

Por seguirlos, Ificlo el Calidonio
Deja las playas áridas paternas.
De Oleno viene el fiero Palemonio
Que, aunque la gente lo apellida Lernas,
Es hijo de Vulcano. Testimonio
Dan de su origen sus endebles piernas;
Pero es su cuerpo de vigor portento,
Y Jasón incorpóralo al momento.

XXXIX

Gran gloria le dará. No menos fama
De Ifito, el hijo de Naubolo, espera,
Que, por su abuelo, Ornítides se llama.
En Focis, del Parnaso en la ladera,
Su hospitalaria casa y regia cama
Honró Jasón, cuando por vez primera
De Delfos el oráculo divino
Consultó sobre el áureo vellocino.

XL

Zetas y Calaín, de los amores,
Frutos los dos, de Bóreas, rey del viento,
Y Oritia, se presentan seductores.
Era la ninfa de beldad portento,
Y envuelta en nubarrones voladores
La arrebató al Iliso amarillento,
Y de la áspera Tracia una caverna
Formó la nupcial cámara materna.

XLI

De Sarpedón en lo alto del saliente
Promontorio, en prolífico himeneo
Su dulce vida deslizarse siente
Lejos de Atenas, la hija de Erecteo.
La arrulla del Ergino la corriente,
Y colma su ambición y su deseo
El ver que van creciendo sus infantes
A dioses, no a mortales, semejantes.

XLII

Llegan volando. A guisa de acicate
Con cadenilla de oro atadas lleva
Dos alas cada pie, que airoso bate
Cuando del suelo el semidiós se eleva.
Sin yelmo, ni cordón que al cuello la ate
Cabellera, que el Sol tiñe y renueva,
Sobre la espalda su color de cielo
Luce, agitada por el raudo vuelo.

XLIII

Ni aun a Acasto, de Pelias poderoso
Hijo valiente, el pundonor concede
Permanecer en su mansión ocioso.
Minerva consentir tampoco puede
Que Argos, su alumno, constructor famoso,
A otros embarque y él en tierra quede.
Uno tras otro con Jasón se alista
Corriendo del vellón a la conquista.

XLIV

Tales son los divinos campeones
Que con Jasón emprenderán el viaje.
Casi todos los ínclitos varones
De Minias pertenecen al linaje,
Y el pueblo, sin sutiles distinciones
Minios a todos llama en su lenguaje.
De Climena, hija de él, nació Alcimeda;
De ésta, Jasón, como narrado queda.

XLV

Cuando acabó de aparejar la nave
Con cuanto exige viaje tan incierto
La diligente chusma, el aura suave
Mueve a los héroes a dejar el puerto.
De Jolcos la Ciudad, con aire grave,
Los ve cruzar el adalid experto.
Y marchan a do el Argo está amarrada
De Pagasa Magnesia en la ensenada.

XLVI

Pónese la falange en movimiento,
E inmensa multitud sigue sus huellas.
Mas como en el obscuro firmamento
Entre las nubes lucen las estrellas,
Así, ¡oh legión!, de majestad portento
Y de hermosura celestial, descuellas
Entre la turba de hombres que te admira
Y que al verte partir dice con ira:

XLVII

"¡Júpiter inmortal! ¿Qué nueva trama
En esta expedición Pelias esconde?
De toda Grecia a tantos héroes llama,
Y los impele, sin saber adónde,
Ni por qué llevan incendiaria flama
A Etas, si a su exigencia no responde
Complaciente entregando el vellocino.
¡Guárdalos en el áspero camino!"

XLVIII

La cohorte al mirar, los ciudadanos
Manifiestan así sus pareceres.
Alzan al cielo lánguidas las manos
Suplicando a los Dioses las mujeres,
Que, ornados de laurel, salvos y sanos,
Regresen del hogar a los placeres
Los nautas con Jasón. Así se expresa
Una, del llanto más acerbo presa:

XLIX

"Alcimeda infeliz: la desventura
A ti también, que fuiste tan dichosa,
A herirte viene, ya en edad madura.
Pero es mayor la que tenaz acosa
A Esón. Más la valiera que su obscura
Tumba cerrara funeraria losa
Y en ella, envuelto en sábanas y vendas,
Dormir, sin ver tan hórridas contiendas.

L

"¿Por qué, cuando en el mar perdió la vida
La virgen Hele, del profundo abismo
Una ola no surgió, que enfurecida
Sepultara en el ponto a Frijo mismo
Con carnero y vellón? ¿A qué homicida
Numen se debe el hondo cataclismo
En que, dando al carnero humano acento,
De Alcimeda infeliz causa el tormento?"

LI

Tales son de la calle los rumores.
De Esón en la morada se congrega
De doncellas y fieles servidores
Gran multitud, a quien el llanto ciega.
Desgarran de Alcimeda los clamores
Cuando Jasón a despedirse llega.
Con la sábana Esón, que en cama yace,
Cubre su faz, y en llanto se deshace.

LII

Mitigar sus gemidos lastimeros
E infundirles valor Jasón procura.
Manda luego a sus fieles escuderos
Que le quiten el yelmo y la armadura.
Broches y cintas de dorados cueros
A desatar cada uno se apresura;
Y apenas cae la fúlgida coraza,
Corre Alcimeda y con ardor lo abraza.

LIII

Cual huérfana gentil, sola en el mundo,
A quien madrastra pérfida hostiliza,
Huyendo de su encono furibundo
E improperios sin fin, de su nodriza
Se acoge al seno, y con amor profundo
Que, compartido, su pesar suaviza,
Ciñe su cuerpo con los tiernos brazos
Y no hay poder que rompa tales lazos,

LIV

Así Alcimeda, llanto inagotable
Vierte de su hijo en el amante seno,
Que no le impide que elocuente le hable
Con tiernas frases y ademán sereno.
"¿Por qué, cuando el decreto detestable
(Clama con fuego) a la equidad ajeno
Promulgó Pelias en infausto día,
No exhalé yo también el alma mía?

LV

"Entonces, hijo, con tus manos caras
Me rindieras el último tributo
Y, piadoso, mi cuerpo amortajaras.
Ya de tu educación el primer fruto
Me dieron tus hazañas tan preclaras.
Uno solo faltaba: y hondo luto
Me priva de este postrimer servicio
Y me condena a eterno sacrificio.

LVI

"Yo, que hasta aquí la principal señora
Fuí de las Griegas, en mi hogar desierto
Voy a quedarme como esclava ahora,
Llorándote perdido, o quizá muerto
A ti, por quien me alumbra seductora
La inmensa gloria de que vas cubierto;
Por quien, la primer vez, plugo al Destino
Mi faja desceñir de blanco lino.

LVII

"La vez primera y última. Lucina,
Cuyo numen jamás me fué propicio,
Sufrir no pudo, en su implacable inquina
Que alegrara mi hogar más natalicio
Que el tuyo. Ni que Frijo mi ruina
Pudiera ocasionar cupo en el juicio
De esta infeliz mujer." Calla, y en coro
Sus siervas la acompañan en su lloro.

LVIII

Jasón así replica con ternura:
"Cálmate ¡oh madre! por favor te pido:
No trueques en tristeza mi bravura,
Ni añadan aflicción al afligido
Lágrimas que ninguna desventura
Alejarán de tu hijo tan querido.
Sabes que de improviso a los mortales
Mandan los Dioses infinitos males.

LIX

"Aunque presa de atroz melancolía,
Con alma varonil sufre tu suerte,
En Minerva verídica confía;
En Febo, cuyo oráculo te advierte
Que hermosa brilla la fortuna mía,
Y, sobre todo, en mi falange fuerte.
Adiós. Quédate en casa. No como ave
De mal agüero vengas a mi nave."

LX

Dice. Madre y alcázar abandona,
Y avanza, como Apolo sacrosanto,
Cuando de Claros, Delos, o Pitona,
O Licia, a orillas del divino Janto,
Dígnase honrar los templos en persona.
Inmensa multitud lo aclama en tanto,
Y de ella se desprende Ifias, anciana
Sacerdotisa de la augusta Diana.

LXI

La mano de Jasón, humilde, besa,
Y le quisiera hablar. ¡Vana esperanza!
Que la atropella muchedumbre espesa.
A juventud que rápida se lanza
Seguir, no es a su edad fácil empresa.
Atrás dejando la ciudad, avanza
El héroe, y de Pagasa es el postrero
En llegar al mirífico astillero.

LXII

Frente a la nave en ordenada hilera
De semidioses la legión divina
A su caudillo respetuosa espera.
Detiénese Jasón; grave se inclina
Y quiere hablar, cuando en veloz carrera
Se ve bajar de la ciudad vecina
A Acasto nada menos, el Infante,
Y Argos, el arquitecto y navegante.

LXIII

¿Cómo, contra las claras intenciones
De Pelias, se aventuran temerarios
De los nautas a ser conmilitones?
Acasto luce de colores varios
Doble mantón, que debe entre otros dones
De su hermana Pelopia a los vestuarios.
A Argos Arestorides negro cuero
De hermoso buey, lo cubre todo entero.

LXIV

Precavido Jasón, nada pregunta,
Y asiento entre los héroes les señala
En la que a abrirse va solemne junta.
A su talante cada cual se instala,
Ya de una entena en la inclinada punta,
Ya en una vela, que enrollada iguala
Áureo sillón o blando taburete.
Esto, a su decisión, Jasón somete.

LXV

"Armado está el bajel. Para la larga
Y audaz navegación cuanto precisa
Su fuerte casco en las bodegas carga,
Y apenas sople favorable brisa
Hacernos a la vela nada embarga.
Mas la prudencia, amigos, nos avisa
Que hay que pensar en la ida y el regreso
De todos al natal Peloponeso.

LXVI

"Por tanto, al adalid más eminente
Sin miramientos la Asamblea elija
Que dicte paz y guerra a extraña gente,
Y sin rival nuestros destinos rija."
La congregada juventud asiente,
En Hércules los ojos luego fija,
Con entusiastas vítores lo aclama
Y, unánime, caudillo lo proclama.

LXVII

Se alza, sin apartarse de su asiento,
Hércules. Con gentil desembarazo,
"Tal honra en aceptar yo no consiento
(Dice, tendiendo su nervudo brazo),
Y os vedo cualquier otro nombramiento.
De aquel que nos llamó, leal, abrazo
El sagrado pendón. De Esón al hijo
Capitán elegid, cual yo lo elijo."

LXVIII

Del generoso Alcides obedece
El magnánimo voto la Asamblea.
Esónides de gozo se estremece
Con la elección que así lo lisonjea.
Levántase a arengar, y antes que empiece
A hablar, la multitud lo vitorea;
Y a la legión, que por oírlo ansía,
Así el Caudillo su saludo envía:

LXIX

"Puesto que me imponéis, con los honores
Del mando, los deberes, desde luego
Que no, como hasta aquí, vanos temores
Retarden ya nuestra partida os ruego.
De Febo nos alcance los favores
Ante el altar, propiciatorio fuego,
Y de su venerado simulacro
Nos adune en redor, banquete sacro.

LXX

"Ya van los mayordomos presurosos
Que en mis establos tengo a mi servicio
A escogerme los bueyes más preciosos
Para la mesa, al par que el sacrificio.
No nos quedemos entre tanto ociosos,
La nave al fondeadero más propicio
Saquemos, donde cómodo ancoraje
Sirva de base y facilite el viaje.

LXXI

"La carga y armamento terminemos.
Que a cada banco, el constructor advierta,
Ha de ajustar con precisión los remos.
Las velas revisad, y la obra muerta.
Gracias a los oráculos supremos
De Apolo en Delfos, la victoria es cierta.
Al que patrono nuestro se declara
Consagraremos en la playa una ara.

LXXII

"Mostrarme del Océano las sendas
Me prometió; y el éxito seguro
Vaticinó veraz, si las contiendas
Con el Monarca, férvido inauguro
Propiciando su Numen con ofrendas",
Dice: y lejos del mar, en peñón duro
Que en invierno lavó la onda marina,
Para bien trabajar, su ropa hacina.

LXXIII

A ejemplo de su jefe infatigable
Se lanzan los demás a la faena.
Circundan, ante todo, con un cable
La nave desde el borde a la carena.
Su bien tejido centro, impenetrable,
Y su espesor igual al de una entena
Tablas y costillar dejan que apriete,
Clavos y trabazón también sujete.

LXXIV

Maniobra tan feliz, al arquitecto
Argos se debe. Así del oleaje
Podrá evitarse el pernicioso efecto.
Para que al agua fácilmente baje,
Un plano forman, inclinado y recto;
Y un lecho cavan, donde firme encaje
El casco, sin peligro ni desvío,
Del ancho y de lo largo del navío.

LXXV

Con vigas de madera acepillada,
Para que se deslice suavemente,
La arena de la zanja ya excavada
Cubren; y forman del primer durmiente,
Para elevar la quilla, fácil grada:
Lo inclinan, y lo tiran por el frente;
Y otros, por ambas bandas, de los remos
Sostienen el bajel con los extremos.

LXXVI

No bien el remo a su tolete atado
Queda, con la fortísima correa,
Cuando el remero pónese a su lado,
Y con hombros y manos lo cimbrea.
Salta a la nave Tifis esforzado
Que la maniobra dirigir desea,
Y de su experta voz con la energía
Anima a la novel marinería.

LXXVII

Con pies y brazos, del profundo asiento
Sacan el casco en uniforme empuje.
Por el improvisado pavimento
Al deslizarse, cada viga cruje.
Del hierro y la madera el rozamiento
Levanta flama, que un instante ruje,
Y se convierte en humo y polvareda,
Hasta que ya flotando el Argo queda.

LXXVIII

Más de lo que a los náuticos conviene
Mar adentro avanzar hace la quilla
El ímpetu, que a fuerza se detiene
De remos, arrimándola a la orilla.
Hacia la prora el mástil se le aviene,
Y embarcan, con la vela y la toldilla,
Cuanto sirvió por fuera a la maniobra,
Agua potable, y víveres de sobra.

LXXIX

Declaran los peritos armadores
Que nada falta. El banco se sortea
Que cada par de heroicos remadores
Debe ocupar. Sin que rifado sea,
A Hércules se conceden los honores
Del centro, con Anceo, el de Tegea.
Del Argo, timonel proclama el voto
Universal a Tifis el piloto.

LXXX

A la orilla del mar llevan rodando
Piedras de gran tamaño, para el ara
Que dedican a Apolo venerando;
Y Numen tutelar se le declara
De los que embarcan, de Jasón al mando,
Como también del litoral que ampara,
Sobre el altar formando hoguera viva
Con ramas secas de silvestre oliva.

LXXXI

De Esónides se acercan los pastores
Con una yunta de escogidos bueyes,
Al ara los conducen los menores
De los aliados argonautas reyes.
Agua lustral y harinas en tibores
Llevan, conforme a las rituales leyes;
Y esta plegaria, del altar delante,
Jasón dirige a Apolo suplicante:

LXXXII

"Rey y Señor, que moras en Pagasa
Y en la ciudad que lleva mi apellido,
Progenitor y origen de mi casa:
Dígnate a mi oración prestar oído:
En Delfos recibí merced no escasa
De tu divino oráculo. Hoy te pido
Que, de llevar a cabo mi alta empresa
Y regresar, confirmes tu promesa.

LXXXIII

"Pues tuya fué la inspiración, te ruego
Que la alta dirección tomen tus manos;
Navegantes y nave yo te entrego.
Cuantos, merced a Ti, lograren sanos
Y salvos regresar al suelo griego,
Aquí otros tantos búfalos lozanos
Te inmolarán, de gratitud en prenda.
Delo y Pitón tendrán mayor ofrenda.

LXXXIV

"¡Celeste Flechador! El sacrificio
Que te vengo a ofrecer acepta en pago
De la espléndida nave a mi servicio.
Ya sus amarras en tu honor deshago;
Espero soplará viento propicio
De una feliz navegación presago,
Que, gracias a tus ínclitas bondades,
Nos libre de contrarias tempestades."

LXXXV

Así el Caudillo su oración termina,
Y en el altar esparce reverente
Sendos puñados de ritual harina.
Manda matar los toros. Obediente
A sus mandatos, Hércules, se inclina,
Y con la clava, en la robusta frente
Asesta a un animal golpe tan rudo
Que se estremece, y se desploma mudo.

LXXXVI

La ancha cerviz al otro toro raja
Con la segur de bronce el fuerte Anceo.
Los nervios le desgarra. Desencaja
La cornamenta el brazo giganteo;
Y de otros compañeros la navaja
Las pieles, que serán marcial arreo,
A ambos toros arranca; los degüella,
Y con hoja finísima desuella.

LXXXVII

Luego los descuartizan y destazan,
Y reducen a innúmeras porciones;
Sólo el sacro pernil no despedazan.
Encienden en el ara los tizones,
El campo en derredor desembarazan,
Hace el mismo Jasón las libaciones,
Y, empapada de grasa en capa espesa,
Arde la carne en la apolínea mesa.

LXXXVIII

Idmón, en tanto, arúspice perito,
Al ver las llamas por doquier iguales
Y el humo, matizado de exquisito
Rojo, subir en densas espirales,
De inspiración lanzando suave grito,
Pregona los designios paternales
Del almo Apolo, que revela el fausto
Aspecto del profético holocausto.

LXXXIX

"A vosotros el Hado y las Deidades
—Dice— al ir y volver, en el camino
Os probarán. Tras mil penalidades
Tornaréis con el áureo Vellocino.
¡Triste de mí! que allá en las soledades
Del Asia perecer es mi destino.
No lo ignoraba cuando vine al puerto.
De gloria, al menos, partiré cubierto."

XC

Oyen la predicción con alegría,
Mas la suerte de Idmón los entristece.
Avanza más allá del mediodía
El Sol ardiente; sombra aún ofrece
A los prados la agreste serranía.
El mismo Sol acelerar parece
Hacia la noche obscura su carrera
Cuando a los héroes el festín espera.

XCI

Sobre la arena, que argentada brilla
Con la espuma que trae el oleaje,
Del mar se sientan en la fresca orilla
Sobre espesos cojines de follaje.
Manjares mil, en fúlgida vajilla,
Adornan el mantel de fino encaje,
Y rico vino, en ánforas lucientes
Circulan, escanciando, los sirvientes.

XCII

La juventud, que de áulicos modales
Se precia, parla más cuanto más liba,
Sin ofender. Así a los comensales
Viene a animar conversación festiva.
Pero Jasón, absorto en sus marciales
Propósitos, reír y hablar esquiva;
Y al ver que distraído come y calla
Idas así, con petulancia, estalla:

XCIII

"¿En qué piensas, Jasón? Tus pensamientos
A estos tus camaradas comunica.
¿Quizá, como en los mozos sin alientos
Ese silencio miedo significa?
Suplirá tu vigor, la que a los vientos
Mi nombre eleva, formidable pica.
Su punta, más que Júpiter, la fama
Me ha dado, que invencible me proclama.

XCIV

"Por esta lanza de adamante puro
Que a la victoria marcharás derecho,
Mientras Idas la vibre, yo te juro.
Y si defiende mi broquel tu pecho
Reveses sin temer, duerme seguro,
De las Deidades venceré a despecho,
Que no en vano pusiste en mi pujanza,
Al llamarme de Arena, tu esperanza."

XCV

Así diciendo, de licor henchida
Con ambas manos espumosa copa
Lleva a los labios, y a brindar convida.
La negra barba y la flamante ropa
Al derramarse, mancha la bebida.
Unánime clamor, la augusta tropa,
Lanza de indignación contra el aleve
Que a apostrofar Idmón así se atreve.

XCVI

"¡Desdichado de ti! Tus propios labios
Han pronunciado tu condena a muerte.
¿Del vino, por ventura, los resabios
Tu mente perturbaron de tal suerte
Que, sin temor, sacrílegos agravios
Contra los Dioses tu locura vierte?
Para añadir al adalid alientos
Otros del sabio son los argumentos.

XCVII

"¡Cuánta blasfemia!; ¡qué barbaridades
Has proferido! En arrogancia excedes,
Quizás, a los hermanos Aloyades;
Ni por asomo compararte puedes
A aquéllos en vigor. De las Deidades
Pagaron con injurias las mercedes,
Y Apolo con sus flechas homicidas
Arrancó vengador entrambas vidas."

XCVIII

Acoge con ruidosa carcajada
Idas la predicción del agorero.
Lanzándole terrífica mirada,
Con ronca voz replícale altanero:
"Dime si a mí también de la Aloyada
Familia alcanza el maldecido agüero
Que tu padre cumplió. Dime si a muerte
Me condena también tu dios inerte.

IC

"Oye con atención lo que te digo:
Yo volveré tu oráculo patraña,
Sin que mortal o numen al abrigo
Pueda ponerte de mi justa saña."
Media Jasón, cual jefe y como amigo,
Al ver que se enardece la campaña;
Y los furores de Idas Afareo
Aplaca al fin la cítara de Orfeo.

C

Los gritos aún no cesan, cuando el Vate
Toma con la siniestra la áurea lira,
Con la diestra el marfil. Su pecho late
Movido por el Numen que lo inspira,
El caos canta, y el primer combate
Que en cielo, tierra y mar puso la mira.
Uno solo eran antes, y en tres entes
Dividieron su ser luchas ingentes.

CI

Muestra su canto en la celeste esfera
Inmóviles los astros rutilantes,
Y del Sol y la Luna la carrera.
Narra cómo los montes culminantes
La tierra vió surgir; de qué manera
Nacieron los reptiles repugnantes:
Cómo brotaron, con sus bellas Ninfas,
De los ríos vivíficos las linfas.

CII

Del alto Olimpo en la nevada loma
Cómo reinaron —dicen los cantares—
Ofión y la Oceánide Eurinoma,
Hasta que de la lucha en los azares
El brazo de Saturno a entrambos doma
Y arroja a lo profundo de los mares.
Con el cetro de Ofión se pavonea,
Y con el de ella su consorte Rhea.

CIII

A los dioses Titanes se extendía
Su imperio, sin disputa. La edad tierna
Con infantiles juegos detenía
A Júpiter, de Creta en la caverna,
Y aguardando su augusta mayoría,
Su gloriosa armadura sempiterna
De rayos, de centellas y de truenos,
No le daban los Cíclopes terrenos.

CIV

Callan al par la voz arrobadora
Y la lira del místico poeta.
Los corazones, mágico, enamora;
Queda a su influjo la legión sujeta:
Quisieran escucharlo hora tras hora,
Y tiemblan al bañar con mano inquieta
La ardiente lengua al animal bendito,
Con libaciones que prescribe el rito.

CV

Toda la noche la legión reposa.
Al monte Pelio, con brillantes ojos,
Sale a mirar; la aurora esplendorosa
Tiñe sus cumbres de matices rojos,
Y en tanto al mar, a quien el viento acosa,
Las rocas de tragar vienen antojos.
Con sus rugidos Tifis se despierta
Y a los marinos da la voz de alerta.

CVI

La militar tripulación embarca
Y prepara los remos. En la arena
Del puerto de Pagasa y su comarca
Clamor extraño atronador resuena.
Clama también la Peliaca barca
Ansiosa de partir; que a su carena
Trabó Minerva (su gentil patrona)
Una haya milagrosa de Dodona.

CVII

En hilera marcial suben ligeros.
Los bancos señalados de antemano
De dos en dos ocupan los remeros,
Conservando sus armas a la mano.
En el banco central son compañeros
Anceo y el de pecho sobrehumano,
Hércules. A sus pies la clava brilla,
Y hace a su paso estremecer la quilla.

CVIII

Ya sus amarras el bajel desata,
Ya bebe el mar el expiatorio vino;
Jasón, en tanto, a quien la pena mata,
Sin mirar hacia atrás, marcha mohino.
El dolor una lágrima arrebata
Al gran Conquistador del Vellocino:
La que lo sigue, juventud ardiente,
Los remos a compás mueve impaciente.

CIX

Como en la orilla del sagrado Ismeno,
O en la feliz Ortigia, o en Pitona
En danza acompasada, el suave treno
Que el sacerdote con su lira entona,
Con los pies acompaña el coro pleno
Que en torno del altar forma corona,
De Orfeo así la cítara suprema
Dirige el movimiento del que rema.

CX

Y reman, en verdad, con fuerza tanta,
Que rauda el Argo entre la espuma vuela
De las rugientes olas que levanta,
En pos dejando blanquecina estela.
(Así del verde monte en la garganta
Brilla la senda, que el invierno hiela.)
Y con el Sol, los bronces que guarnecen
La nave, como flamas resplandecen.

CXI

Contemplan desde lo alto del celeste
Alcázar las atónitas Deidades
De semidioses la escogida hueste
Que unida arrostrará las tempestades;
Y causa asombro que a remar se preste
Como chusma, a las Ninfas Pelïades
Que por las peñas trepan en caterva
A ver la nave que labró Minerva.

CXII

Baja también Quirón de su montaña,
Y con sus cuatro pies las olas pisa,
Corriendo por el mar. Feliz campaña
Con las manos augura a toda prisa
A los valientes nautas. Lo acompaña
Su esposa Cariclea, que divisa
A Peleo, y le muestra a su hijo Aquiles
Enviándole sonrisas infantiles.

CXIII

Apenas salen del seguro puerto,
Tifis, que el gobernalle ni un instante
Quiere soltar, como piloto experto,
El pie del mástil, algo vacilante,
Manda fijar, con previsión y acierto.
Que a izquierda y a derecha se atirante,
El cable que lo afianza, sabio ordena,
E izar la vela en lo alto de la entena.

CXIV

La sujetan con fúlgidas hebillas,
Y el viento favorable hincha la lona.
Tranquilos, del Tisayo las orillas
Dejan atrás. Orfeo himnos entona
A Diana, salvadora de barquillas,
Hija de Jove, de la mar patrona,
Que protege, además, del promontorio
De Jolcos, el extenso territorio.

CXV

Fuera del agua asoma la sardina
Entre mil peces de mayor tamaño,
Y nadan en tropel, por la marina
Senda que lleva aquel bajel extraño,
Como en los prados al redil camina
En pos de su pastor el fiel rebaño,
Y modulando la sonora caña
Sus ovejas conduce a la cabaña.

CXVI

Los verdes campos, en cosechas ricos,
Del Pelasgo feroz gloria y conquista;
Del alto Pelio los postreros picos,
En su curso veloz, pierden de vista.
La ínsula de los fuertes Esquiaticos
Aparece, y el Cabo de Sepista.
Divisan a lo lejos, ya Piresia,
Ya la costa pacífica Magnesia.

CXVII

De Dólope a arribar junto a la tumba
El viento los obliga, que, contrario,
Hacia la tarde, entre el cordaje zumba.
La bóveda, que el vaso cinerario
Encierra, con el cántico retumba
Que sigue al sacrificio funerario
De ovejas blancas, que piadosa ofrece
La legión, en su honor, cuando anochece.

CXVIII

Dos días se detienen; y ya quietas
Las olas, zarpan al tercero día,
Cuando, de viento próspero repletas,
Las altas velas salen de la ría.
A aquella playa dan por nombre Afetas.
Del Argo, que conservan todavía
De Melibeo no entran en la rada,
Siempre por temporales agitada.

CXIX

Hacia la aurora, la ciudad vecina
De Homola ante sus ojos se presenta,
Que en el ponto graciosa se reclina.
A poco andar, al timonel alienta
Ver del Amiro el agua cristalina
En el salobre mar entrar violenta.
Descúbrese Eurimena; pero el Argo,
Su rumbo sin variar, pasa de largo.

CXX

Los inundados valles, los torrentes
Que del Olimpo bajan, y del Ossa,
Miran entre sus cumbres eminentes.
Pelene, que en el Cabo se reposa
De Canastra, las brisas persistentes
Dejan pasar de noche; y majestosa
Al despuntar la aurora, se levanta
En Tracia, de Athos la montaña santa.

CXXI

Tan cerca está de Lemnos, que a Mirina
Del nombre colosal la sombra alcanza,
Zarpando con la estrella matutina.
Arriba un buen bajel, que raudo avanza
Cuando el Sol a poniente aún no se inclina,
Mas sus primeros rayos, la pujanza
Hoy al viento arrebatan; y con remos
Llegar a Lemnos a los nautas vemos.

CXXII

¡Isla de iniquidad! El pueblo entero
Ha un año exterminaron las mujeres,
Vengando con maldad y dolo artero
Traiciones e ilegítimos placeres.
En reciente incursión, al Trace fiero
Despojó el insular de armas y enseres,
Llevándose cautivas tan hermosas,
Que por ellas dejaron sus esposas.

CXXIII

Airada, al ver sus aras sin ofrendas,
Venus urdió calamidad tamaña.
En los hombres, de amor soltó las riendas,
En las mujeres encendió tal saña,
Que, no bastando dar muertes horrendas
A infiel marido y a mujer extraña,
Toda prole del sexo masculino
El materno puñal hiere asesino.

CXXIV

Así creyeron en la edad futura
Toda huella borrar de la matanza,
Y una vida pacífica y segura
Poder llevar, sin riesgo de venganza.
Hipsipilea, de alma menos dura,
Abierta a la piedad y a la esperanza,
La única fué que socorrió a Toante,
Su anciano padre y Príncipe reinante.

CXXV

Tendido lo encerró dentro de una arca
Y al mar lanzólo en brazos del destino.
De pescadores lo llevó una barca
A la ínsula de Enoa, que hoy Sicino
Llaman, desque de Lemnos el monarca
En su destierro a enamorarse vino
De la ninfa gentil del mismo nombre
Y a Sicino engendró, de alto renombre.

CXXVI

Entre tanto, las bellas insulares
Pacen sus bueyes, sulcos abren, siegan
Los campos: a maniobras militares
De bronce armadas, con ardor se entregan:
Las que antes alegraban sus hogares
Labores de Minerva, hora relegan
Al olvido; mas ¡ay! de cuando en cuando
Vuelven al mar sus ojos suspirando.

CXXVII

Temen que las asalte el fiero Trace
Saliendo al fin de su mendaz letargo.
Hoy el temor de la invasión renace
Al ver que a todo remo llega el Argo
Cual Bacantes, que sólo satisface
De carnes crudas el sabor amargo,
A la playa en tropel corren rugientes,
Armadas de metal hasta los dientes.

CXXVIII

De su padre Toante, Hipsipilea,
Vestida con la fúlgida armadura
Mandando a su legión, se pavonea.
Pero todo es temor, ni se figura
Nadie lo que el bajel les acarrea;
Este a arribar en tanto se apresura
Y desembarca Etálides esbelto,
Veloz heraldo, de ademán resuelto.

CXXIX

Es hijo de Mercurio. Sus funciones
Desempeña a menudo con donaire.
Mensajes, embajadas, legaciones
Se le encomiendan por la mar y el aire,
Y aun del Tártaro baja a las regiones
Sin que mortal o numen lo desaire,
Gracias a la memoria indeficiente
Con que su padre lo dotó clemente.

CXXX

De Aqueronte en el negro remolino
Bebió las aguas del olvido eterno;
Pero firme el decreto del Destino
Siempre quedó. Con movimiento alterno,
Hora respira el éter cristalino,
Mañana los vapores del Averno...
Mas ¿de qué sirve, historias y aventuras
De Etálides narrar, poco seguras?

CXXXI

Lo cierto es que la Reina, fascinada
Por sus palabras y gallardo porte,
Permanecer en la segunda rada
Una noche concede a la Cohorte.
Pero antes que despunte la alborada
Violento vendaval sopla del Norte.
Y de las olas el furor creciente
Levar el ancla al Argo no consiente.

CXXXII

De toda la ciudad las moradoras
Acuden en tropel a la asamblea
Que de aquel sol a las primeras horas,
Alarmada, convoca Hipsipilea,
Y así les dice: "Amigas y señoras:
Si queréis ahuyentar a esta ralea
De hombres extraños, como todos, malos,
Fuerza será colmarlos de regalos.

CXXXIII

"Llevemos provisiones a su nave
Que les sirvan en viajes y batallas:
Sendos barriles de licor süave,
Carnes sabrosas, frescas vitüallas;
Pero guardad de la ciudad las llaves.
Que nadie al interior de sus murallas
Penetre, acaso víveres buscando
Y averigüe su estado miserando.

CXXXIV

"Fué grande el crimen; y mayor perjuicio
Nos causará, si lo supiere el mundo.
Estos varones, al menor indicio,
Nos odiarán, sin que su horror profundo
Calme ningún favor ni beneficio.
Mi humilde parecer en esto fundo.
La que proponga plan más aceptable
(Os convoqué a consejo) álcese y hable."

CXXXV

Al terminar, en el marmóreo trono
De su padre, magnífica se sienta.
Polixa se levanta, que en su abono
Alega ser nodriza y fiel sirvienta
De la Reina de la Isla. En dulce tono
Les pide la palabra, y aunque cuenta
Muchos años de edad, se le concede,
Y apoyada al bastón, moverse puede.

CXXXVI

Con paso vacilante, de la sala
Llega hasta el centro; y en redor un coro
De cuatro puras vírgenes se instala,
Que ostentan largas cabelleras de oro.
Aunque cargada de hombros, hace gala
Al accionar, de juvenil decoro
Y, algo inclinada la senil cabeza,
Así modesta su discurso empieza:

CXXXVII

"De regalos colmad enhorabuena
A esos advenedizos, como place
De nuestra Reina a la ánima serena.
Pero si a una invasión del fiero Trace,
U otro enemigo, el Hado nos condena,
¿Será satisfactorio el desenlace?
Como arribó esta nave a nuestra orilla,
Inesperada, llegará otra quilla.

CXXXVIII

"Mas si la protección de las Deidades
De nuestro suelo tal peligro aleja,
¿Qué porvenir, decidme, aun en edades
Nada remotas, que esperar nos deja?
¿Qué aguarda a nuestras jóvenes beldades
Al desaparecer la última vieja?
Sin sucesión, desamparadas, solas,
Aun su gemir absorberán las olas.

CXXXIX

"Yo bajaré a la tumba antes de un año.
Ellas, sin sociedad, ni amor, ni leyes,
Tendrán que constituír sólo un rebaño
En su orfandad, con las mermadas greyes;
Labrar las glebas, en consorcio extraño
Uncidas al arado con los bueyes.
Antes que ver calamidades tales
Quiero que celebréis mis funerales.

CXL

"La solución que en mi humildad discierno,
Es que ofrezcamos la Isla a estos señores
Con su administración y su gobierno.
A la mano tenéis los salvadores
De nuestra raza. Con afecto tierno
Hogar brindadles, y de amor las flores."
Salva de aplausos general resuena,
Y da su aprobación la junta plena.

CXLI

De nuevo Hipsipilea en pie se pone
Y así las interpela sugestiva:
"Si a la proposición nadie se opone
En que de Lemnos la salud estriba,
Un heraldo enviaré que se apersone
Con el Patrón que a nuestro puerto arriba",
Dice: y a la doncella que a su lado
Se sienta le encomienda este recado:

CXLII

"Hazme favor, carísima Ifinoa,
De vestirte de gala, y al instante
Ir a embarcarte en rápida canoa
Y ver, quienquier que fuere, al Comandante
De ese bajel que a nuestra playa aproa.
Y le dirás: *La hija de Toante*
Reina de esta región, a ti me envía
Con mensaje de paz y cortesía.

CXLIII

"Dile que tiene cómodo hospedaje
Ya preparado en el palacio regio,
Y de mi pueblo entero el homenaje
En él aguarda al Capitán egregio;
Que sin temor a descortés ultraje
A su ejército doy el privilegio
De entrar y pasear a su albedrío
En la Ciudad y territorio mío."

CXLIV

Formuladas sus órdenes, disuelve
La asamblea su augusta Presidenta
Y a su morada majestuosa vuelve.
Ifinoa a los Minios se presenta;
Y a preguntar apenas se resuelve
A tal beldad el Capitán: ¿Qué intenta?
¿Qué la lleva al bajel? ¿Cuál es su asunto?
Ella sin vacilar responde al punto:

CXLV

"Al heraldo veraz tenéis delante
De mi augusta señora Hipsipilea,
Reina de Lemnos, hija de Toante.
De su nación, reunida en asamblea
La grata decisión al Comandante
De este bajel comunicar desea;
Y la hospitalidad que se merece
En su palacio espléndida le ofrece.

CXLVI

Por la Ciudad y territorio espera
Que la legión circule a su albedrío
Mi Reina." Invitación tan lisonjera
Place a los tripulantes del navío.
A Hipsipilea juzgan heredera
De su padre en el rico Señorío;
Y a saludar a la hija del Monarca,
Que creen difunto, salen de la barca.

CXLVII

Jasón precede a la naval caterva:
Con broche de oro prende el manto doble
Al hombro izquierdo. Lo tejió Minerva
Cuando Argos derribaba el primer roble
Para el bajel que al semidiós reserva,
Y de la arquitectura el arte noble
Desde los rudimentos le enseñaba
Cada tablón labrando y cada traba.

CXLVIII

Era en el centro de color de rosa
El regio manto. Púrpura encendida
En el cuello ostentaba primorosa;
Y en ambos lados, franja embellecida
Con ricos cuadros, que bordó la Diosa,
Y a que su aguja dió color y vida.
Al meridiano sol volver los ojos
Fuera mejor, que a sus matices rojos.

CIL

Los Cíclopes un cuadro nos ofrece
Forjando para Júpiter Tonante
El rayo asolador que resplandece,
Al verdadero fuego semejante.
De la llama voraz aún carece
Pero se ve que estallará al instante,
Fraguada a golpes de tenaz martillo
Que lanza chispas y siniestro brillo.

CL

De Antíopa se miran los gemelos
En otro cuadro; y Tebas, sin los muros
Que a edificar los mueven sus recelos,
Sobre cimientos hondos y seguros.
Zetha, una roca, con osados vuelos
Lleva en los hombros, cual de atleta, duros.
Tañe Anfión su cítara divina,
Y una peña mayor tras él camina.

CLI

Destrenzada su luenga cabellera,
Y al broquel apoyándose de Marte,
Aparece la diosa de Citera.
Sostiene el brazo izquierdo con mucho arte
La veste, que despréndese ligera
Dejando el seno descubierto en parte;
Y a la espalda gentil sirve de espejo
Del escudo el vivísimo reflejo.

CLII

Los hijos de Electrión en verde prado
Sus numerosos bueyes apacientan.
Bandidos Teleboes el ganado,
Fieros asaltan y robar intentan.
Defiéndense con ánimo esforzado:
Los bandoleros con más gente cuentan
Y a los pastores vencen. Fiel dibuja
Hasta la sangre, la divina aguja.

CLIII

Se ven rodar dos carros de batalla.
A Pélope acompaña Hipodamía
En el primero: y Enomao se halla
En el segundo, que Mirtilo guía.
Rota la rueda, desgranada estalla
Y muerto cae el Rey sobre la vía
Cuando esgrime, traidor, lanza alevosa
Y al yerno odiado por detrás acosa.

CLIV

De Febo Apolo la primer proeza,
Como flechero, píntase a lo vivo.
El dios apenas a vivir empieza,
Muéstrase Ticio ya gigante altivo.
Certero le atraviesa la cabeza
Dardo fatal del Numen vengativo.
Jove dos madres al jayón depara:
La fértil Tierra y la divina Elara.

CLV

Es el último cuadro maravilla
Del arte. Más que ver, oír parece
Frijo al carnero, cuya lana brilla.
Largas horas absorto permanece
Quien contempla al pastor con la amarilla
Dorada oveja: la ilusión padece
De que le van a hablar, y noble arenga
Pronunciarán, que a deleitarlo venga.

CLVI

Tales los cuadros son que el rico traje
Adornan de Jasón: obra maestra
De Minerva, y munífico homenaje.
También la larga lanza que su diestra
Empuña es, de benévolo hospedaje
Y mal pagado amor recuerdo y muestra.
Para ablandarlo, quiso en el Menalo
Atalanta ofrecerle este regalo.

CLVII

Seguirlo en la lejana travesía
Y compartir sus riesgos la doncella
Anhelaba. Jasón, que preveía
Los desmanes de amor, partió sin ella
Rehusándose con noble cortesía.
Hoy, al desembarcar, parece estrella
Que con sus rayos la Ciudad alumbra
Y a sus viudas y vírgenes deslumbra.

CLVIII

Al mirarlo pasar, por la entreabierta
Ventana de su hogar, en cada una
De amor renace la esperanza muerta.
"¡Oh, si éste fuera aquel que la fortuna
Para marido a destinarme acierta!",
Ensimismada piensa. Cual la luna
Que en firmamento azul luce esplendente,
Jasón, en tanto, avanza refulgente.

CLIX

Lo siguen clamorosas mujerzuelas.
Sin dignarse mirarlas, va despacio
Recorriendo las calles y plazuelas.
Se para ante el espléndido palacio;
Ábrenle dos porteras las cancelas,
Atraviesa del atrio el ancho espacio
Y entra por fin en la espaciosa sala
Que, cortés, Ifinoa le señala.

CLX

Enfrente de la Reina rica silla
De fulgente metal la dama apresta.
Saluda, sonrosada la mejilla,
Hipsipilea, y siéntase modesta.
"Huésped —exclama al fin—, me maravilla
Que permanezca en actitud molesta
Vuestra cohorte, fuera de los muros,
Pudiendo en la Ciudad morar seguros.

CLXI

"No hay en ella un varón. Todos en Tracia
Cultivan la fructífera campiña.
Veraz te contaré nuestra desgracia:
Imperaba mi padre; yo era niña,
Cuando, osada facción, a quien no sacia
Ni sangre, ni conquistas ni rapiña,
Al Trace fiel, que en la vecina tierra
Firme moraba en paz, llevó la guerra.

CLXII

"Rico botín, a guisa de piratas,
Sacaron de sus vastas plantaciones;
Bellas esclavas, a la vista gratas,
Robaron a su hogar nuestros varones,
Y por esas cautivas insensatas,
Locos de amor, debido a sugestiones,
Urdidas por la pérfida Citeres,
Dejaron sus legítimas mujeres.

CLXIII

"Largo tiempo sufrimos nuestra injuria
Esperando oportuna penitencia.
De las pasiones arreció la furia;
De vírgenes y viudas la inocencia
Nada valió. Venció la prole espuria,
Y el padre con punible indiferencia,
Vió cómo a su progenie una madrastra
Cruel azota y por el suelo arrastra.

CLXIV

"Se deshizo el hogar. El adulterio,
Al desamor unido en inhumano
Consorcio, ahogaron todo afecto serio.
El hijo con la madre y el hermano
Con la hermana, añadían el dicterio
Y el desdén a palabras de villano;
Y en danzas y banquetes, calle y foro,
Se honraba a las cautivas sin decoro.

CLXV

"En fin, no sé qué Numen grande aliento
Para adoptar resolución suprema
Nos dió, de tanto infiel para escarmiento.
Cuando tornaban de la costa extrema
Del Tracio mar, con ímpetu violento
Cerrándoles las puertas, el dilema
A los traidores impusimos bravas:
"Nosotras, o las bárbaras esclavas."

CLXVI

"Sin intentar en la Ciudad siquiera
Entrar, con su adorada concubina
Embarcó cada cual en su galera,
Llevándose la prole masculina.
Cultivan hoy de Tracia en la ribera,
Las glebas entre nieve blanquecina.
Nuestros maridos ser y nuestros amos,
Si os agrada, podéis: solas estamos.

CLXVII

"De mi padre Toante la corona
Acepta, si algo mi amistad merece,
Que la más fértil ínsula te endona
Que en el piélago Egeo resplandece.
Torna a tu nave, y sin rubor pregona
Lo que a tu hueste mi bondad ofrece."
Astuta así despídelo, ocultando
De la matanza el crimen execrando.

CLXVIII

Respóndele Jasón: "Hipsipilea:
Acepto las copiosas provisiones
Con que tu Majestad me lisonjea.
Conmigo los demás conmilitones
Vendrán a agradecerte tu presea.
Pero guárdate el cetro que propones
(Desaire no lo juzgues) al soldado
A quien sólo combates guarda el Hado."

CLXIX

Despídese Jasón, y la derecha
A Hipsipilea majestoso tiende,
Que entre sus manos, tímida, la estrecha.
De lindas mozas multitud lo atiende
Que en raudos carretones, que pertrecha
Preciosa carga, al litoral desciende
Llevando al Argo, a fuer de hospitalarios
Presentes, vitüallas y vestuarios.

CLXX

La dulce invitación narra el Caudillo
De la Reina, y la mágica entrevista;
Y las isleñas, con su hablar sencillo,
De los héroes consuman la conquista.
Hércules es el único que al brillo
De tan violenta tentación resista;
Y a bordo del bajel, con un puñado
De voluntarios, queda a su cuidado.

CLXXI

Su ínsula repoblar quiere Vulcano,
Y, obediente su esposa Citerea,
En las viudas enciende amor insano,
Y a los héroes, astuta, aguijonea.
Siguen a su Caudillo soberano,
A quien hospeda, tierna, Hipsipilea.
A los demás, de seducción sediento,
Ofrece cada hogar alojamiento.

CLXXII

Tras tanto malestar, ¡qué bellos días
Empiezan hoy para la Lemnia gente!
Danzas, banquetes, báquicas orgías
Y el humo del incienso, siempre ardiente,
Ora de Venus en las aras pías,
Ora en las de Vulcano armipotente.
Y nave, mar, vellón, en el olvido
Yacen, merced a la deidad de Gnido.

CLXXIII

Hércules entre tanto, a cuya guarda
El bajel se confió, con impaciencia
Ordenes de zarpar en vano aguarda;
Y así, de las mujeres en ausencia,
Increpa a la legión: "Raza bastarda,
¿A qué furor tan larga permanencia
Se debe en Lemnos? ¿De la patria acaso
Sangre fraterna nos estorba el paso?

CLXXIV

"¿Nuestra mansión, nuestra natal montaña
Nuestra hacienda quizá, nuestros haberes
Dejamos, por correr en tierra extraña
En pos de un matrimonio o de placeres?
Ese desdén el claro nombre empaña
De nuestras hermosísimas mujeres.
¿Es la tierra de Lemnos tan ferace
Que todo abandonar por ella os place?

CLXXV

"No es en los brazos de extranjera dama
Donde gloria hallaréis; ni el Vellocino
Os mandará algún dios a quien se clama
Sin combatir. Sigamos el camino
De Grecia. Aquél en la prestada cama
De Hipsipilea, cumpla su destino.
Repueble la Ciudad cuanto le plegue,
Quizá renombre a conquistarse llegue."

CLXXVI

Con las palabras de Hércules tan crudas
Bajan, avergonzados, la cabeza
Mientras sus lenguas permanecen mudas.
Pero allí mismo a preparar empieza
Su viaje cada cual. A las viüdas
Llega la triste nueva, y con presteza
Su amante a retener desesperada
Baja cada mujer enamorada.

CLXXVII

Como en tropel dejando sus colmenas
Van las abejas al florido prado
Y en derredor de blancas azucenas
Zumban libando el néctar delicado,
Así del litoral por las arenas
El femenil enjambre abandonado
Con ayes de dolor se desparrama
Buscando cada cual al hombre que ama.

CLXXVIII

De las Deidades los designios sabios
Al conocer, se rinden a su peso,
Perdonan, a los que huyen, sus agravios;
Viaje feliz, y más feliz regreso
Augúranles con manos y con labios.
Hipsipilea reverente beso
En la mano de Esónides imprime
Y, al empezar a hablar, solloza y gime.

CLXXIX

"Parte —le dice—, parte enhorabuena,
Ya que de tu mansión y aspiraciones
Tan noble empresa la medida llena.
A ti, y a tus perínclitos varones
Lleven los Dioses sobre mar serena
A las que buscas, bárbaras naciones.
Que, sin perder un hombre en el camino,
Sanos volváis, trayendo el Vellocino.

CLXXX

"Que os pertenece esta ínsula no olvides.
¡Feliz si el cetro paternal consigo
Que llegues a empuñar! En duras lides
Mil pueblos ganarás al enemigo,
Mayor afecto no, si afecto pides.
¿Qué haré del hijo que en mi seno abrigo?
Si los Dioses feliz alumbramiento
Me conceden, ¿cuál es tu mandamiento."

CLXXXI

Pasma al hijo de Esón grandeza de alma
Tanta en una mujer, y así replica:
"Hipsipilea: no poder la palma
Conceder a tu amor me mortifica,
No se hizo para mí vivir en calma
En tu ínsula tan fértil y tan rica.
Basta, si vuelvo del combate impío
Y Pelias lo permite, el reino mío:

CLXXXII

"Pero si regresar al patrio suelo
De mi Grecia gentil me está vedado
Y a ti un varón te concediere el cielo,
Si mis padres vivieren, a su lado
Lo mandarás. De su vejez consuelo
Será, después que crezca a tu cuidado.
Y si yo no fuí rey, guarde mi hacienda
Y sus abuelos y mansión defienda."

CLXXXIII

Termina su respuesta: y a la prora
El vástago de Esón salta el primero.
Sigue la chusma, que su error deplora,
Se sienta en su lugar cada remero.
Del submarino escollo, y a última hora
Las amarras desata Argos ligero;
Y el robusto bogar hace que el roble
De los remos larguísimos se doble.

CLXXXIV

Trascurre el día sin hacer escala;
Pero al atardecer, pasar avante
Prohíbeles Orfeo. Argo recala
En la Insula de Electra, hija de Atlante.
Los ritos misteriosos les señala
En que iniciarse debe el navegante
Que de aquel mar arrostra las procelas.
¡Triste de ti, mortal, si los revelas!

CLXXXV

Adiós, digo, por tanto, a Somotracia.
No quiero de sus Dioses tutelares
Caer, por mis palabras, en desgracia.
Del tenebroso Golfo a los azares
Se aventuran, remando. Aún la Tracia,
Al Norte, de Imbros ven los olivares
Y al ocultarse el Sol en occidente,
El Quersoneso surge prominente.

CLXXXVI

Del Sur les sopla favorable viento,
Todo el velamen izan al instante.
Del recio Noto el ímpetu violento
De la virgen, progenie de Atamante,
Los empuja al Estrecho turbulento,
Y cambiando de rumbo antes que cante
El gallo, ya de noche Argo costea
Por nuevas aguas la región Rhetea.

CLXXXVII

Viran, del vendaval favorecidos,
Toda Dardamia y la región del Ida
Dejando a la derecha. Por Abidos
Pasan y por Percote, y de Abarnida
Por los bancos de arena tan temidos,
Y Pitea divina, a la salida
Del inquieto Helesponto, a cuyo extremo
Llegan, la misma noche, a vela y remo.

CLXXXVIII

Dentro de la Propóntide, a distancia
No grande ya del continente Frigio,
Levántase del mar, con arrogancia
Isla sublime. Como aquél, prodigio
Es de feracidad, y la abundancia
De trigo y de maíz les da prestigio.
Un istmo los unió; pero tan bajo,
Que de las ondas siempre está debajo.

CLXXXIX

Por ambos lados bordes arenosos
Se ven; y acá, la desembocadura
Del río Esepo. Monte de los Osos
Llaman de la Isla a la mayor altura.
Raza insolente de hombres monstruosos
Nacidos de la Tierra, allí figura.
Con seis nervudas manos van armados,
Dos en los hombros, cuatro en los costados.

CXC

Los Dolïones pueblan la planicie
Frente al Istmo. De Cízico sujeta
Al cetro está su vasta superficie.
Su padre Eneo fué; su madre, Eneta,
Hija de Eusoro. La feral sevicie
Del terrígena nunca los inquieta
Del dios Neptuno gracias al amparo,
De su nación progenitor preclaro.

CXCI

Al espléndido puerto el Argo llega
Rauda impelida por el viento tracio.
Por consejo de Tifis se relega
Bajo una fuente (el manantial Artacio).
La piedra que del áncora segrega.
Otro canto mayor pone reacio:
Tras breves años, a los Dioses cara,
Será esa piedra convertida en ara.

CXCII

Así lo fué más tarde. El pueblo Jonio,
Que traza su ascendencia hasta Neleo,
De amor y de obediencia en testimonio,
Al Numen y al oráculo Febeo
La dedicó en el templo, ante el Jasonio
Simulacro de Atena, ara y trofeo.—
Con afable ademán los Doliones
Reciben a los ínclitos varones.

CXCIII

Sale al encuentro de la gente extraña
El mismo Rey; y apenas su linaje
Averigua y el fin de su campaña
Les brinda con espléndido hospedaje,
Y en el puerto interior, que el muro baña
De la Ciudad, su cómodo ancoraje
Ofrece, si, remando breve trecho,
El Argo, busca más seguro lecho.

CXCIV

Allí, del mar en la arenosa orilla.
La divina legión erige una ara
A Apolo *Ecbasio,* que al dejar la quilla
Al marinero, salvador, ampara.
Para los semidioses que acaudilla
Jasón, en tanto con afán separa
Sendos carneros el Monarca augusto
Y ricos vinos de exquisito gusto.

CXCV

Para el piadoso Rey no es letra muerta
El profético oráculo de antaño:
"Falange de héroes llamará a tu puerta.
Nada maquines de su nave en daño,
Quede para ellos tu mansión abierta;
Franquea tu bodega y tu rebaño.
Piensa que vienen desde tierras lueñes,
Y en guerra inicua ni siquiera sueñes."

CXCVI

No sólo la Apolínea profecía
Ablanda el pecho del gallardo mozo,
Con Jasón espontánea simpatía
Lo liga desde luego. El primer bozo
Apenas de uno y otro el labio cría.
De la paternidad no alienta el gozo
A aquél: la Reina, de su amor señora,
Aún del parto la amargura ignora.

CXCVII

De Meropo Percosio hija eminente
Era Clita, de rubia cabellera,
Grandes regalos de valor ingente
Costó su mano al que en el Istmo impera,
Acaba de llegar del Continente
Y a su marido en el palacio espera;
Pero éste deja a su mujer querida
Por la falange que a cenar convida.

CXCVIII

Disipa de Jasón el fino trato
Todo temor. Alégrase la mesa.
Narran de Pelias el atroz mandato
Y el alto fin de la naval empresa.
Hacen del viaje gráfico relato:
¿Por qué canal el Lago se atraviesa?
—Preguntan—: ¿qué ciudades, qué caminos
La Propóntide ofrece a los marinos?

CIC

La gran curiosidad que los anima,
No acertando a calmar la gente isleña,
Al despuntar la aurora, del Dindima
A la cumbre en subir Jasón se empeña.
Nada a su ojo avizor desde la cima
Escapa: ni un escollo, ni una peña.
El que siguieron áspero sendero,
"Camino de Jasón" llama el viajero.

CC

Cuando los monstruos, hijos de la Tierra
Ven que la barra atravesó, del Quito,
La hermosa nave, desde la alta sierra
Hacen rodar, con ímpetu inaudito
Peñasco inmenso, que la boca cierra
Del ancho río. Espantoso grito
Lanzan, cual cazador que se figura
Que su presa en la red tiene segura.

CCI

Pero han dejado custodiando el barco
Con juventud selecta a Hércules mismo.
Tira la cuerda de su elástico arco
Y a los monstruos sepulta en el abismo
Uno del otro en pos, en rojo charco
Trocando el ponto. Nada el salvajismo
Vale con que los bárbaros deformes
Lanzan a la legión rocas enormes.

CCII

¡Ah! Fué sin duda la implacable esposa
De Júpiter, fué Juno, quien aliento
A los gigantes infundió celosa,
De Hércules infeliz para tormento.
La escolta de Jasón, de la fragosa
Sierra y sus picos baja en el momento
Que de las armas el fragor se escucha,
Únese a aquél y enciéndese la lucha.

CCIII

Antes que posiciones —que ventaja
Presten— tomen en lo alto, o en las grietas
De peñas y barrancos, les ataja
El paso con mortíferas saetas.
Detiene sus asaltos y esquebraja
Con lanzas a los bárbaros atletas
Hasta que la falange esclarecida
No deja ni un terrígena con vida.

CCIV

¿Visteis yacer en ordenada hilera
Los largos troncos de robusto pino
Que en la floresta derribó certera
Ancha segur de temple adamantino?
Los trajo el arquitecto a la escollera
A saturarse en el humor marino
Para que en ellos sólida se clave
La fuerte cuña, al construír la nave.

CCV

No de otra suerte yacen insepultos
Entre la espuma los gigantes muertos.
De unos, los troncos asquerosos bultos
Forman sobre la playa descubiertos;
De otros, los hombros en el mar ocultos
Al aire dejan pies y muslos yertos,
De la brisa y las aguas vil juguete,
De aves y peces a la par banquete.

CCVI

Los héroes, terminada la refriega,
Un instante no más toman aliento.
Levan el ancla y el piloto entrega
Todas las velas al favor del viento.
El día entero rápida navega,
La marejada ayuda el movimiento;
Pero al anochecer, brisas de proa
Agitan procelosas la canoa.

CCVII

Retrocede al virar, sin rumbo cierto;
Pero, a despecho de la noche obscura,
Encuentra un fondeadero, que a cubierto
La pone, al fin, de la tormenta dura.
Que acaban de llegar al mismo puerto
De do salieron nadie se figura;
Y se apellida aún hoy "Peñón Sagrado"
La roca a que el bajel quedó amarrado.

CCVIII

Que en las tinieblas de la noche densa
A regresar la tempestad obliga
Al Argo y a sus próceres, no piensa
De los Doliones la nación amiga.
Apréstanse, al contrario, a la defensa
Creyendo que de Macra la enemiga
Pelasga gente deja los confines
Y a la Isla arriba con perversos fines.

CCIX

Cada guerrero viste su coraza
De fino bronce o acerrada fibra,
Ciñe la espada y el escudo embraza,
La ponderosa lanza ansioso vibra,
Y al que enemigo juzga de su raza,
Mas sin saber quién es, batalla libra,
Y enciéndese la lucha como fuego
Que por enjuta selva cunde ciego.

CCX

Atroz desastre colosal abate
Al pueblo Dolïonio; ni la Parca
Que torne a su palacio del combate
Y a su alcoba nupcial deja al Monarca.
Tropieza a obscuras, al primer embate,
Con el Patrón de la extranjera barca,
Y del robusto Esónides, la gruesa
Lanza, de parte a parte lo atraviesa.

CCXI

Rompe la punta el costillar; y rota
Deja, saliendo, la dorsal espina.
Del asta en derredor la sangre brota,
Hacia adelante el lidiador se inclina,
Y al desplomarse, de la playa azota,
El moribundo Rey, la arena fina,
Y sin quejarse, en brazos de la muerte
Cumple en la juventud su adversa suerte.

CCXII

¡Soberano infeliz! Contra el Destino
Rebelarse al mortal está vedado.
Persíguelo doquiera en su camino
Y entre sus garras lo circunda el Hado.
Así al Conquistador del Vellocino
Juzgaba para siempre propiciado,
Y, error fatal, o perniciosa intriga,
Lo hace caer bajo su mano amiga.

CCXIII

Con él perecen muchos adalides.
A Esfondris mata Acasto. A Telecleo
Y a Megabrontes, el robusto Alcides.
Postra a Zelín el ínclito Peleo,
Y a Gefiro también, perito en lides.
Clicio a Jacinto, e Idas a Promeo;
Y Telamón, en esgrimir la pica
Sin rival, a Basilio sacrifica.

CCXIV

A Flogio y al audaz Megalosace
Los gemelos Tindárides las vidas
Quitan uno tras otro. Al fiel Artace,
Gran Capitán, y a Itómenes, Enidas.
Aun hoy la población triste les hace
Las honras que a los héroes son debidas.
El resto del ejército entre tanto
Huye hacia la Ciudad, presa de espanto.

CCXV

Cual tímidas palomas, acosadas
En el aire por ávidos halcones
Alígeras se escapan a bandadas,
Así con palpitantes corazones
Penetran por las puertas mal cerradas
En confuso tropel los Dolïones,
Y siembran el terror entre la gente
Al referirle su desastre ingente.

CCXVI

A entrambas huestes, al rayar la aurora
Su irreparable error, la matutina
Primera luz, revela aterradora.
Al ver tendido al Rey, que contamina
Sangre con polvo, súbito devora
Dolor acerbo a la legión divina.
Tres días gime con el pueblo todo
Mesándose el cabello en cruel modo.

CCXVII

Luego los héroes de la Minia banda
Con sus armas adórnanse marciales
De fino bronce; y como el rito manda,
Celebran los solemnes funerales,
En torno de la tumba veneranda
Tres veces desfilando, con iguales
Acompasados pasos; y establecen
Juegos que en nuestra edad aún no perecen.

CCXVIII

Sobrevivir no quiere al golpe rudo
La augusta viuda, la afligida Clita,
Y el grave mal que la carcome agudo
Con mal más grave remediar medita.
Átase al cuello corredizo nudo,
Y su cuerpo gentil la cuerda agita.
No hay Ninfa de la selva que no vierta
Copioso llanto al contemplarla muerta.

CCXIX

Los ojos de las Ninfas tutelares
De los bosques derraman tal torrente
De lágrimas amargas, que los mares
Aumentar amenaza su corriente.
Mas ellas, sofocando sus pesares,
Convierten el raudal en dulce fuente,
E Ínclita la apellidan, en memoria
De Clita la infelice, de alta gloria.

CCXX

Funesto sale el Sol para las bellas
Mujeres dolïonias este día.
En los varones, más profundas huellas
Júpiter deja impresas todavía.
Ninguna mano, atenta a sus querellas,
Mueve el molino, en la cocina fría,
Y el grano al natural, sin cocimiento,
Sirve por mucho tiempo de alimento.

CCXXI

De años y siglos el transcurso vario
De honor ha convertido en testimonio
Lo que al principio ayuno funerario
Fué para el afligido Dolïonio;
Y al celebrar el triste aniversario
El que en Cízico mora, pueblo Jonio,
No en los hogares la ritual harina
Muele, sino en la pública oficina.

CCXXII

De tempestades hórrida cadena,
Que dura doce días, se desata.
Doce noches también el rayo truena,
Y a los héroes los planes desbarata.
El sueño, al fin, sus párpados enfrena,
Y en tanto, de velar la poco grata
Misión, que sobre Acasto y Mopso cae,
Bienes inmensos a los nautas trae.

CCXXIII

Se acerca el alba, cuando alción marino
Sobre la rubia cabellera vuela
Del dormido Jasón..Su agudo trino
De la borrasca el término revela.
Lo oye y comprende Mopso el adivino
Y observa, a fuer de experto centinela,
Que adverso Numen, de la minia nave,
Procura en vano desviar al ave.

CCXXIV

Del mástil remontándose a la altura,
El pájaro consigue, de la popa
Posarse en la simbólica escultura.
El Capitán de la divina tropa
Sobre el blando vellón de lana pura
Con su manto de púrpura se arropa.
Despiértale el Profeta de su sueño,
Y esta arenga dirígele halagüeño:

CCXXV

"Del magnánimo Esón hijo sublime:
Para que el sol del éxito te alumbre
Es fuerza que tu aliento nos anime
A subir del Dindimo a la alta cumbre.
Allí tu error ante el altar redime,
Y, obediente a la mística costumbre,
Haz que la Madre de los Dioses, Rhea,
Con sacrificios aplacada sea.

CCXXVI

"Al punto cesarán los huracanes,
Brillarán las estrellas en los cielos,
Y vientos favorables a tus planes
Calmarán tus zozobras y recelos.
Así con misteriosos ademanes
Bien claro me lo dijo en sus revuelos,
En torno de tu lecho, alción marino
Que a recrear tu sueño anoche vino.

CCXXVII

"Vientos y mares la Deidad comprende
En sus dominios, y la baja tierra
Y aun el nevado Olimpo; y cuando asciende
Al trono celestial, desde su sierra,
Júpiter, por su Madre, condesciende
El rayo en apagar que el mundo aterra:
Y a las prerrogativas maternales
Rinden honor los otros Inmortales."

CCXXVIII

La favorable predicción, de gozo
Llena a Jasón, que da la voz de alerta.
Salta del lecho: loco de alborozo,
Uno por uno a los demás despierta.
Las nuevas comunica sin embozo
Que acaba de saber de ciencia cierta;
y en busca parten de rituales bueyes,
De aquel Senado los menores reyes.

CCXXIX

Mientras que a los cornudos animales
La juventud al monte aguijonea,
El resto de los héroes inmortales
En desatar su actividad emplea
Las amarras que ató provisionales
Al *Sagrado Peñón*. Luego fondea
La nave, por los remos empujada,
Del Tracio litoral en la ensenada.

CCXXX

Dejando a bordo poco numerosa
Guardia, suben a prisa al alto monte,
Y a sus ojos, qué vista tan gloriosa
Se presenta, qué espléndido horizonte:
La de Tracia, a sus pies, playa arenosa,
De Macra con la cúspide bifronte;
Del Bósforo la boca, envuelta en niebla,
Los cerros, más allá, que el Miso puebla.

CCXXXI

Divísanse los muros de Adrastía.
La Népica llanura se dilata
Al lado opuesto; y la corriente fría
Del Esepo, reluce como plata.
Entre tanto, al cruzar la selva umbría,
De algunos las miradas arrebata
De antiquísima vid tronco desnudo,
Alto, robusto, sin verdor ni nudo.

CCXXXII

Para formar de la Deidad serrana
El simulacro lo guardó el Destino.
Lo corta la segur, y Argos se afana
En modelarlo con cincel divino.
En hombros, a la cumbre no lejana
Lo suben, por el áspero camino:
Le ofrecen pabellón, copas y frondas
De hayas gigantes, con raíces hondas.

CCXXXIII

Menudas piedras forman el que estrena
Inmaculado altar. Hojas de roble
Lo coronan, al par que la melena
De cada sacerdote de la noble
Falange, que a la Madre Dindimena
Invoca con el nombre augusto y doble
De Cibeles y Rhea; que a los Frigios
Enaltece con dones y prodigios.

CCXXXIV

También a Ticio y a Cileno implora,
Pareja entre millares escogida
De *Dáctilos Ideos,* que asesora
A la Madre benéfica del Ida.
Anquíale, la Ninfa seductora,
Con ambas manos a la tierra asida,
Los dió a la luz, en la sagrada cueva
De Creta que de Dicte el nombre lleva.

CCXXXV

A la Diosa, con sendas oraciones,
Los labios de Jasón piden bonanza,
Mientras su copa de oro libaciones
Sobre los bueyes humeantes lanza.
Armado coro de ínclitos varones
Que Orfeo organizó, bélica danza,
El ancho pomo del acero agudo
Resonando a compás sobre el escudo.

CCXXXVI

Así procura que se lleve el viento
El que a su Rey la multitud dedica
Malaugurado funeral lamento.
Parece que no en vano sacrifica
Jasón a la Gran Diosa, que al momento
Sus señales de agrado multiplica.
Los Frigios acostumbran desde entonces
Propiciarla con tímpanos y bronces.

CCXXXVII

La lluvia de prodigios celestiales
Que la hecatombe atrae, ¿a quién no asombra?
De súbito se truecan en frutales
Los árboles que apenas daban sombra;
Espontánea germina de rosales
Y de violetas perfumada alfombra.
Y agitando las colas, van las fieras
Llegando de sus hondas madrigueras.

CCXXXVIII

La gratitud del pueblo, con portento
Mayor aún, la madre Diosa gana.
En el Dindimo, el animal sediento
La flor, el hombre, arroyo ni fontana
Jamás halló. Con su divino aliento
Raudal perenne de la roca mana,
Que el insular, de amor en testimonio,
Llama hasta el día Manantial Jasonio.

CCXXXIX

Antes de regresar los Argonautas
Al puerto, en la Montaña de los Osos
Se sientan en redor de mesas lautas
Libando, al són de cánticos piadosos,
De la Diosa en honor. Miradas cautas
Lanzan al mar y al éter; y animosos
Levan las anclas al rayar la aurora
Y enderezan al piélago la prora.

CCXL

No riza el mar el céfiro más leve,
Y a fuerza de bogar se va adelante.
A los heroicos remadores mueve
Tanta calma a apostar quién más aguante
Tendrá, quién será el último que lleve
Su remo, sin soltarlo ni un instante,
Y reman con tal ímpetu y pujanza,
Que más que el huracán, el Argo avanza.

CCXLI

Del carro de Neptuno los bridones
Con pies de tempestad y aéreos bríos
A aquellos indomables campeones
Del Argo nunca alcanzarán tardíos.
Pero al caer la tarde, ventarrones
Que soplan de las bocas de los ríos
La azotan a estribor, y fatigada
Deja a la juventud la marejada.

CCXLII

Tanto bogar a la falange hostiga:
Y a uno tras otro arranca de las manos
Los inútiles remos la fatiga.
Hércules, con sus brazos sobrehumanos,
A quedarse en los bancos los obliga.
Anima a los cansados veteranos,
Y de su remo al poderoso empuje
El maderamen de la nave cruje.

CCXLIII

De Frigia se perdió la última roca;
De Egeón el sepulcro se divisa;
Ya del Rhíndaco claro por la Boca
Va a entrar la nave a la comarca Misa.
Del agitado mar la furia loca
Que Hércules va sulcando a toda prisa
Le rompe por enmedio el largo remo
Y arrebatan las olas un extremo.

CCXLIV

El ímpetu derriba de costado
Al héroe, que aun caído al ponto reta.
La otra mitad del remo destrozado
Con ambas manos pertinaz sujeta.
Torna a su banco, y a uno y otro lado
Vaga dirige la mirada inquieta.
Acostumbrado nunca a estar ocioso,
Lo cansa, hasta un momento de reposo.

CCXLV

Va a anochecer. Es la hora vespertina
En que, del campo, el labrador hambriento,
De arar cansado, lánguido camina
A su cabaña, sucio y polvoriento.
Dóblansele las piernas: se reclina
En el portal del rústico aposento
Y al ver sus manos, que el cavar maltrata,
En mil imprecaciones se desata.

CCXLVI

Llegan los nautas, a la escasa lumbre
Crepuscular, do desemboca el Cío,
Y el Argantonio monte su alta cumbre
Levanta, en el Cianeo Señorío.
Ganado, harina, miel, fruta, legumbre
Hospitalarios llevan al navío,
Con vinos exquisitos y abundantes,
De Misia los corteses habitantes.

CCXLVII

Saltan a tierra, y unos verde grama
Al prado, o a los árboles follaje,
Quitan, para formarse blanda cama.
De otros aguza el afilado herraje
El palo, que al girar la leña inflama;
Otros, en fin, el místico homenaje
Preparan en honor de Apolo *Ecbaso*,
Vino vertiendo en cincelado vaso.

CCXLVIII

En tanto, va de Júpiter augusto
El Hijo al secular bosque vecino
En busca de otro remo, que a su gusto
Reemplace el que le ha roto el torbellino.
Con un tronco, cual de álamo robusto,
Se le presenta gigantesco pino
Que sin brazos ni frondas se alza recto.
Hallar no es fácil otro más perfecto.

CCIL

A toda prisa el héroe se despoja
De la piel de león, y con la aljaba,
El arco y flechas en el suelo arroja.
A recios golpes de la enorme clava
Tachonada de bronce, el pino afloja,
Y do más fuerte la raíz lo traba,
Fiado en su gran vigor, el tronco aferra
Con ambas manos, cerca de la tierra.

CCL

Con las abiertas piernas de gigante
Y el hombro colosal, hace palanca
Con terrones, raíces, y, no obstante
Su gran profundidad, el pino arranca.
Así ve arrebatarse el navegante
El mástil, con sus clavos y retranca
Cuando azota tenaz, casco y entena
El vendaval que Orión desencadena.

CCLI

Sus armas y su piel recoge Alcides
Y el árbol, como lanza, esgrime fiero.
Ni se unirá a los nobles adalides
Ni encontrará a su joven escudero
Hilas, que a su servicio y a las lides
Formado tiene. En busca de un venero
De agua potable se alejó, imprudente,
De cobre con su cántaro luciente.

CCLII

Mientras del bosque su señor regresa
Quiere para los regios comensales
Puntual aparejar la agreste mesa.
Desde que aquél lo recogió en pañales
Contra el Driope en la fatal empresa,
Al huérfano enseñó finos modales,
Y al arte de la guerra y del gobierno
Lo preparaba con afecto tierno.

CCLIII

Era el Driope montaraz y rudo,
Sin respetar jamás ley ni derecho.
Un pretexto encontrar Hércules pudo
Para asaltarlo, y lo dejó maltrecho.
Araba, triste, con su buey cornudo
Teyodamanto el árido barbecho,
Cuando la bestia Alcides le arrebata
Y al mismo Rey, que se defiende, mata.

CCLIV

La que siguió, batalla formidable
Y guerra de exterminio, causa espanto.
Narrar tanto desmán no fuera dable
A mi musa gentil en este canto.
Tan sólo de Hilas permitidme que hable,
Hijo del infeliz Teyodamanto,
Que, sin sospechas de su suerte, llega
Al sacro manantial que llaman *Pega*.

CCLV

Era precisamente la semana
En que, de Ninfas los alegres coros,
No lejos de la límpida fontana
De su belleza lucen los tesoros
Celebrando a la espléndida Diana
Con danzas y con cánticos sonoros,
Sin que una sola Ninfa del risueño
Promontorio jamás falte al empeño.

CCLVI

Las de los montes y antros, a distancia
Se presentan formadas en hilera.
Las que la selva guardan, su elegancia
Ostentan más abajo, en la pradera.
Apréstase a dejar su húmeda estancia
Y el pecho de alabastro saca fuera,
La Ninfa tutelar de aquella fuente,
Cuando al gallardo joven mira enfrente.

CCLVII

Del rostro la blancura la fascina
Y de su cuerpo la encendida rosa,
Que, llena, desde el éter ilumina
La luna, como nunca esplendorosa
Asesta, en tanto, la Deidad Ciprina
A su pecho gentil flecha amorosa
Que súbita la hiere y enloquece;
Y la Náyade casi desfallece.

CCLVIII

Para que el chorro el ánfora reciba
Observa que tendido se coloca,
Hacia adentro la faz, los pies arriba.
Un brazo le echa al cuello; con su boca
La boca del doncel busca lasciva,
Y en el raudal lo precipita loca,
Con la otra mano asiéndolo del codo
Con tal vigor, que lo sumerge todo.

CCLIX

Polifemo Elatida a paso lento
Se alejó de la heroica compañía,
Y a la llegada de Hércules atento
El valle solitario recorría,
Cuando hirió sus oídos un lamento
Apagado, que de Hilas parecía,
Y desnudando el sable, rumbo a *Pega*
A todo escape atravesó la vega.

CCLX

Como el león que en la floresta habita
Y oye a lo lejos de la tierna oveja
El agudo balar, que su hambre incita,
De su caverna rápido se aleja
Y a los apriscos al llegar, le irrita
Que impenetrable la cerrada reja
Resiste de sus garras el empuje,
Y se retira, y con espanto ruge,

CCLXI

No de otra suerte a Polifemo oprime
Ciego furor. Quizá bestias feroces
Devoraron al joven. Quizá gime
Víctima de ladrones más atroces.
Salta y corre al azar. La espada esgrime.
A Hilas junto a la fuente llama a voces.
Vano clamar. La enamorada Ninfa
Lo guarda en los cristales de su linfa.

CCLXII

Por ver si en medio de las selvas halla
Del perdido garzón algún indicio,
Se interna en su espesor; pero no acalla
Esa inquietud que le trastorna el juicio.
Un hombre ve de gigantesca talla,
Y de la luna al resplandor propicio
A Hércules reconoce... Al infelice
Detiene respetuoso, y así dice:

CCLXIII

"¡Desventurado amigo! Mensajero
Soy de nuevas fatídicas; pero antes
Que nadie la noticia darte quiero.
Por agua, los ansiosos navegantes
Mandaron a tu cándido escudero,
Que aún no retorna. Presa de bergantes
O de lobos famélicos ha sido.
Claro escuché su lúgubre gemido."

CCLXIV

A Alcides deja atónito el relato
Que conmovido le hace Polifemo.
Frío sudor lo baña; y largo rato
Inmóvil queda, en su dolor supremo.
Arroja con frenético arrebato
El árbol que ha cortado para remo,
Y, sin seguir sendero ni camino,
Se echa a correr en brazos del Destino.

CCLXV

Como toro, del tábano punzado,
Cual flecha por el campo se dispara
Y ni atiende a pastores ni al ganado,
Y ya corre furioso, ya se para,
Ya muge con el cuello levantado,
Así en Jasón y el Argo no repara
Hércules, y ya corre, ya se agita,
Ya se detiene y con espanto grita.

CCLXVI

Va a amanecer. La matutina estrella
Sobre los altos picos aparece.
Ventolina sutil, delante de ella
Baja a las ondas y la nave mece.
Tifis aprovechar brisa tan bella
Manda. De embarque la orden obedece
La augusta tropa; y antes de la aurora
Anclas levando, hiende el mar la prora.

CCLXVII

Las velas del bajel la brisa enarca,
Y en breves horas deja atrás la punta
Que al Numen de los mares y monarca
Consagró la piedad. Clara despunta
El alba al fin, y al recorrer la barca,
Grave desgracia el Capitán barrunta.
Con Hércules, al vástago de Elato
En tierra abandonó grumete ingrato.

CCLXVIII

¡Qué agitación se sigue y qué tumulto!
¡Dejar a nuestros dos conmilitones
A quienes Grecia entera rinde culto!
¡Dejar a los más fuertes campeones
Del Argo! ¿Es simple olvido o es insulto?
No se altera Jasón, ni oye razones,
Ni habla en contra o en pro. Furor inspira
A Telamón, que dice, ardiendo en ira:

CCLXIX

"¡Gózate en tu obra! Que te hiciera sombra
Al regresar a Grecia, la alta fama
Del Argonauta que Hércules se nombra
Siempre temiste. De la inicua trama
Eres único autor... y no me asombra.
Pero ¿a qué hablar? ¡La furia que me inflama
Sabrá quitar tus cómplices de en medio!
Yo solo a tanto mal pondré remedio."

CCLXX

Diciendo así, frenético arremete
Contra Tifis Agniades el piloto.
Si Calaín audaz no se entromete
Y a tamaño desmán no pone coto
Con el auxilio de su hermano Zete,
A despecho del mar y contra el noto,
Atrás volviera la agitada quilla
Buscando a Alcides en la Misia orilla.

CCLXXI

¡Hijos de Bóreas, esplendor de Tracia!
El estorbar del Argo el retroceso
Más tarde causará vuestra desgracia.
En la memoria de Hércules impreso
El baldón quedará. Perdón ni gracia
Podréis hallar, de Cólquide al regreso,
Al caer en sus manos colosales,
De Pelias en los juegos funerales.

CCLXXII

Verificarse vió la profecía
Muchos años después, el territorio
De Tenos, que circunda mar bravía.
Alzóles monumento mortuorio
El mismo que homicida los hería,
Con obelisco doble expiatorio.
Uno de éstos agítase ¡oh, portento!
Como pluma, de Bóreas con el viento.

CCLXXIII

Hoy la contienda a dirimir del Argo,
Glauco, veraz heraldo de Nereo,
De la profundidad del ponto amargo
Surge imponente. El pecho giganteo,
La hirsuta barba y el cabello largo
Saca empapado, al esplendor febeo,
Y asiendo fuertemente la carena,
Con voz exclama, que el espacio llena:

CCLXXIV

"¡Insensatos! ¿qué hacéis? Contra los Hados
Y voluntad expresa del Tonante,
Por recoger dos nautas rezagados
Impedís que el bajel siga adelante.
De los trabajos a Hércules mandados
Para ceñir de Numen la brillante
Corona, la mitad aún lo aguarda.
Necio será quien su misión retarda.

CCLXXV

"Dejad que el hijo de la bella Alcmena
A Argólide retorne a su albedrío.
Jove fundar a Polifemo ordena
Rica ciudad do desemboca el Cío.
Hilas, en fin, cuyo clamor de pena
Causara de los dos el extravío,
Es ya marido de la Ninfa ardiente
Que al fondo lo introdujo de su fuente."

CCLXXVI

Dice: y la quilla de la nave suelta,
Junta las manos, la cabeza inclina,
Y se sumerge en actitud resuelta.
Las ondas tiñe espuma blanquecina,
Y al ir luchando con la mar revuelta
Crujen las cuerdas y el timón rechina.
Torna a los corazones la bonanza
Y hacia su jefe Telamón avanza.

CCLXXVII

Tiende la mano, que Jasón estrecha,
Y entre sus brazos con afán se arroja.
"Perdona —dice—, y a los vientos echa
Las que me sugirió fiera congoja
Palabras de baldón. De antigua fecha
Data nuestra amistad, y me sonroja
El impensado olvido de mí mismo,
Volvamos al cordial compañerismo."

CCLXXVIII

"Volvamos, sí —magnánimo replica
Esónides—, y piensa cuánto afrenta
Quien calumniosa acusación publica.
¡A un amigo vender! Si tu opulenta
Hacienda, en oro y en ganados rica,
Dijeras que robé, menos violenta
Fuera mi pena. Que hables en mi abono
A quien me ataque, espero... y te perdono."

CCLXXIX

Mientras se reconcilian en la nave,
La voluntad de Júpiter divino
Que cumplan hasta el fin, disponer sabe,
Los dos abandonados su destino.
Fundar una ciudad en suerte cabe
A Polifemo. El Cío cristalino
Le dará a la Ciudad aguas y nombre,
Y al fundador, espléndido renombre.

CCLXXX

Hércules marcha a terminar los doce
Trabajos exigidos de Euristeo,
Como la suerte de Hilas desconoce
Y hallarlo a toda costa es su deseo,
Si no lo encuentra, ya de vida goce
O haya bajado al lúgubre Leteo,
Promete a los de Misia el exterminio
De sus campiñas, pueblos y dominio.

CCLXXXI

Juran buscarlo, y dan como rehenes
Los jóvenes más nobles de la tierra
Sus vidas empeñando con sus bienes.
Hércules en Traquina los encierra.
Vanos serán los cánticos perennes
A Hilas buscando por llanura y sierra.
Perded toda esperanza que responda
Entretenido por su Ninfa blonda.

CCLXXXII

Todo el día sopló próspero viento
Que en la noche arreció; pero la aurora
Quitó a los blandos céfiros aliento
Dejando inmóvil la cansada prora,
Un golfo y una punta, el ojo atento
Observó de los nautas; y a la hora
Que nace el Sol, entraba en la ensenada
El Argo, por los remos empujada.

FIN DEL LIBRO PRIMERO

LIBRO SEGUNDO

SUMARIO DEL LIBRO II

Lucha de Pólux con Amico, rey de los Bébrices: derrota y muerte de Amico (octavas 1 a 20). Victoria de los Argonautas sobre los Bébrices: llegada a la casa de Fineo (21-38). Historia de Fineo y de las Harpías, que son perseguidas por Calaín y Zetas, hijos de Bóreas (39-66). Vaticinio de Fineo y regreso de los hijos de Bóreas (67-100). Episodio de Parebio (101-112). Origen de los vientos Etesios (113-121). Pasa el *Argo* entre las Simplégades con la ayuda de Minerva (122-138). Llegada a Tiniada: aparición de Apolo (139-166). Llegan a la tierra de los Mariandinos, donde son bien recibidos por su rey Lico (167-174). Muerte de Idmón y de Tifis: se nombra piloto a Anceo (175-209). Pasan los Argonautas por Sinope y el Cabo de las Amazonas y llegan al territorio de los Cálibes (210-236). Costumbres de los Tibarenos y Mosinecos (237-240). Lucha con los pájaros de la isla de Marte (241-255). Allí encuentran a los hijos de Frijo, que acaban de naufragar (256-290). Llegada a Cólquide (291-294).

LIBRO SEGUNDO

I

Donde ancoró la nave, de los bueyes
Los establos están, del fiero Amico,
El más insoportable de los reyes
Y del género humano el más inico.
Al extranjero impone duras leyes,
Yugo de hierro al súbdito Bebrico.
Melia, Bitinia Ninfa, seducida
Por Neptuno falaz, le dió la vida.

II

Bien con el *cesto,* o con desnudos brazos,
Obliga a quien arriba a su dominio
A medirse con él a puñetazos
Hasta lograr de alguno el exterminio.
Cadáveres sin cuento, hechos pedazos,
De vecinos se ven. Al bajel Minio
Llega sin saludar. Tampoco inquiere
Quién es, cuándo zarpó, dó va, qué quiere.

III

"Piratas de la mar, oíd atentos
(Sin preámbulos dice), que os importa:
No volverán a arrebatar los vientos
Al pasajero que a mi playa aporta
Si de mis puños antes los alientos
En singular combate no soporta.
Tal es el texto de la ley Bebricia,
De que mi labio os da plena noticia.

IV

"De vuestras filas al mejor atleta
Sacad para el terrible pugilato.
Quien, cobarde, a mi ley no se someta
Aguarde triste fin y áspero trato."
Así a los nautas, petulante, reta,
Y de ira en un espléndido arrebato,
Pólux, con fieros, mas corteses modos,
Replica a nombre de los héroes todos:

V

"La lengua ten; y tu brutal violencia,
Quienquier que seas, desplegar no intentes
En contra de nosotros, que obediencia
Verás que a tus mandatos insolentes
Prestamos sin temor. Aquí, en presencia
De mis conmilitones y tus gentes,
Tu reto acepto, y con placer te digo
Que voy yo mismo a combatir contigo."

VI

Como león, por el arpón herido
De un solo cazador en la floresta,
Aunque de mil monteros perseguido,
Mira no más a aquel cuya ballesta
Sin sangre lo dejó, mas no rendido,
Sobre el que dió la intrépida respuesta
Amico clava así los grandes ojos,
Torvos girando, como globos rojos.

VII

Del fino manto de ligera lana
Que en Lemnos le donó bella viuda,
De hospedaje y amor prenda no vana,
Tindárides al punto se desnuda.
También arroja el Rey de mala gana
Su capa negra, el broche que la anuda
Y el tronco de acebuche claveteado
Que de maza le sirve y de cayado.

VIII

Exploran y separan el terreno,
Y de uno y otro lado forman valla
Bébrices y Argonautas, sobre el heno
Sentados. Aguardando la batalla,
A cada luchador miran de lleno.
¡Qué diferente su ademán, su talla!
El uno es de Tifeo imagen viva
O aborto de la tierra primitiva.

IX

Dicen que tales monstruos y alimañas
Produjeron, después de su querella
Con Júpiter, sus grávidas entrañas.
Tindárides, en cambio, como estrella
Que por los cielos, mares y montañas
Dejando va su luminosa huella
A los mortales, que a su faz dirigen
La vista, muestra su divino origen.

X

Como entreabierta flor, en su mejilla
Empieza a despuntar el primer bozo
Y la inocencia en su pupila brilla;
Pero en los brazos del gallardo mozo
La fuerza de titán nos maravilla.
Los prueba y los esgrime sin embozo,
Por si sacó a los músculos de quicio
Tanto remar o falta de ejercicio.

XI

Amico a su rival de lejos mira,
Y mudo, desdeñando todo ensayo,
Por el momento crítico suspira
De arrojársele encima como un rayo
Y su sangre verter. Al suelo tira
Entre los dos, Licorio, su lacayo,
Dos pares de manoplas contundentes,
De cuero crudo, tiesas, resistentes.

XII

"El guantelete que te cuadre escoge
(Dice Amico, procaz): si suertes echo
Es fácil que acusarme se te antoje
De inclinar la balanza en mi provecho.
Cuando la sangre tus quijadas moje
Podrás decir cuán duro y cuán estrecho
Sé fabricar el guante de combate
Y el cuero retorcer que al brazo lo ate."

XIII

Pólux al descortés que lo provoca
Nada responde. Con gentil sonrisa
En una y otra mano se coloca
El par de *cestos* que a sus pies divisa.
Su hermano Cástor, que sentado a poca
Distancia está, levántase de prisa,
Y entre él y Talo, el hijo de Bïantes,
Con mil augurios, átanle los guantes.

XIV

Al brazo de su Rey, de igual manera,
Ornito con Areto atan el *cesto*.
¡Ciegos! Esta faena es la postrera;
El Hado le reserva fin funesto.
Apártanse, del ímpetu en espera,
Ambos atletas, con marcial apresto,
Y cada lidiador alza, prudente,
Los puños a la altura de la frente.

XV

Como en la mar, ha tiempo embravecida
(Ultima en la tormenta que fenece),
Una ola colosal álzase erguida
Que hundir en su vorágine apetece
La nave, con furiosa acometida;
Pero ésta vira, se desliza, ofrece
El flanco al golpe, y cuando ya zozobra
La salva del piloto hábil maniobra,

XVI

Así de los Bebricios el tirano
Sobre el noble Tindárides se lanza
Asolador, infatigable, ufano.
Con la heredada indómita pujanza
Los golpes menudea; pero en vano
En los músculos cifra su esperanza:
Con arte y ligereza los esquiva
El hijo fuerte de la bella Argiva.

XVII

De su adversario a cada puñetazo
Con otro puñetazo corresponde
Que lo tritura cual pesado mazo.
Explora con astucia cómo y dónde
Herirlo puede, o si el nervudo brazo
Virtud que lo haga invulnerable esconde.
Toros parecen ambos combatientes
Por vaca amada hiriéndose las frentes.

XVIII

Como de guerra en grandes arsenales
Cuando clavan tablones y maderos
Uno sobre otro, artífices navales,
De martillos sin fin golpes certeros
Con estrépito suenan desiguales
Esgrimidos por bravos carpinteros,
Así con las continuas bofetadas
Resuenan dentaduras y quijadas.

XIX

Y no quieren ceder. Ya sin aliento
El pecho, y vacilantes las rodillas,
A respirar se paran un momento
Y enjugan el sudor de sus mejillas.
Breve es la tregua. A su rival atento,
Levántase el gigante de puntillas,
Como el que mata un buey: su cuerpo alarga,
De arriba abajo un golpe le descarga.

XX

Pólux, zafando la cerviz, lo esquiva,
Y sobre el hombro cae el guantelete.
Su propia pierna, con maniobra viva,
Entre las piernas del gigante mete;
Salta veloz, y un poco más arriba
De la siniestra oreja lo acomete:
Rómpele el cráneo; y, al caer de hinojos,
Cierra la muerte del jayán los ojos.

XXI

Grito de triunfo atronadora lanza
La Minia tropa. La nación Bebricia
No abandona a su Rey; y de venganza
Insaciables anhelos acaricia.
Con mazas y venablos se abalanza
En confuso tropel. En su estulticia
Cree fácil derribar al héroe Minio
Y a la nave llevar el exterminio.

XXII

Pero saltan en pie sus camaradas,
Movidos cual de mágico resorte,
Y airosos desenvainan las espadas.
En orden de batalla la cohorte,
Aguarda las barbáricas mesnadas.
Cástor, al más audaz, con rudo corte
De sable, en dos mitades la cabeza,
Diestro, divide, y la campaña empieza.

XXIII

Pólux, aunque sin armas, salvo el guante
De lucha con que al Rey dejó maltrecho,
Al colosal Itímeno y Minante
Mata a la par. Un puntapié en el pecho
Asesta a aquél, saltándole delante.
Al otro arranca el párpado derecho,
Sobre la ceja al dar el golpe rudo
Que deja el globo en su órbita desnudo.

XXIV

Rozarlo puede apenas Oreídes
(Del rey Amico el íntimo lacayo),
Aunque su lanza a Talo Biantides
El cinturón perfora de soslayo.
Ni Areto logra a Ifito el Euritides
Con su maza causar sino un desmayo.
Aún es el Hado a su vivir propicio:
Más tarde al agresor matará Clicio.

XXV

Anceo, el de Licurgo, a la palestra
Salta, blandiendo su segur enorme,
Que resplandece bélica en su diestra.
A guisa de broquel, de oso disforme
Obscura piel le cubre la siniestra.
De los Bebricios en el grupo informe
(Ya con él los Eácidas) se mete.
Y Esónides tras ellos arremete.

XXVI

Cuando de crudo invierno en noche fría
Entran en el redil lobos rapaces
Sin que el pastor los sienta, o la jauría
De sus mastines, siempre tan sagaces,
Las mil ovejas que el establo cría,
Huyendo de sus ímpetus voraces,
Se empujan, se atropellan, se encaraman
Unas sobre otras, y el terror derraman,

XXVII

Así en el lazo que tendió se enreda
La bárbara, confusa muchedumbre,
Sin que salvarse de los héroes pueda.
Pero como el pastor enciende lumbre
Sólo para ahuyentar con la humareda
Los enjambres de abejas que en la cumbre
De la montaña zumban a millares
En los improvisados colmenares,

XXVIII

El campo así los próceres despejan,
Y más con el fulgor de las espadas
Que con el filo a los contrarios vejan.
Éstos se diseminan en bandadas
Y sus cabañas y heredades dejan
En su insensata fuga abandonadas,
Mientras esparcen ¡necios! la noticia
Del fin de Amico en la interior Bebricia.

XXIX

Al frente de sus bravos Mariandines
Acostumbraba el belicoso Lico
Atravesar del reino los confines
Y devastar su territorio, rico
En viñedos y pueblos. Ya sus fines
No puede contrariar el muerto Amico,
Y apenas llega la funesta nueva
Sus incursiones con furor renueva.

XXX

¿Quién augurar pudiera mal tamaño?
Menos el que los nautas extranjeros
Arrebataran al rëal rebaño
Las mejores ovejas y carneros.
Al verlos inmolar, desde su escaño
Frente al bajel, así a sus compañeros
En tono, ya de veras, ya de mofa,
Uno de los marinos apostrofa:

XXXI

"Decid: ¿qué fuera de la vil canalla
Si entre nosotros a Hércules su puesto
Dejado hubiera un Dios? Que ni batalla
Ni pugilato viéramos, yo apuesto.
Jamás tuviera un héroe de su talla
Paciencia para oír tanto denuesto
De Amico. De su orgullo y ley sangrienta
Un golpe de la clava diera cuenta.

XXXII

"Mientras con viento favorable en alta
Mar nos lanzamos, a él en la desnuda
Playa dejamos: ya veréis qué falta
A todos nos hará. Que sin su ayuda
Poco podremos a los ojos salta."
Quien tantos males augurar no duda
Ignora que dispuso tal ausencia
De Júpiter la sabia providencia.

XXXIII

Es preciso curar las contusiones
Y heridas de los frágiles mortales,
Y víctimas y sacras libaciones
Ofrecer a los Dioses inmortales.
Para cumplir las dos obligaciones
De religión y afectos fraternales,
Del Argo las amarras no desatan
Aquella noche, y pingües bueyes matan.

XXXIV

Tras lauta cena, sin que el sueño grave
Los ojos, cortan las rituales frondas
Al árbol a que atada está la nave,
Y ciñen de laurel las frentes blondas.
Tañe Orfeo su cítara süave,
Y el himno escuchan las tranquilas ondas
Que canta a Pólux, luchador ilustre,
Hijo de Jove, de Terapna lustre.

XXXV

La luz del Sol, que a la montaña asciende
Y a los pastores despertó temprano,
A los piadosos próceres sorprende
Con las guirnaldas y ánfora en la mano.
Leva entonces el ancla: el viaje emprende
La nave rumbo al Bósforo cercano,
Y del botín quitado al enemigo
Cuanto puede cargar lleva consigo.

XXXVI

Aunque es de popa el viento, les ataja
El paso una ola colosal, inmensa,
Que no sube del mar, sino que baja
Del cielo, al parecer, y se condensa,
Y cual montaña entre las dos encaja.
Que va a estrellarse el navegante piensa;
Pero un piloto de experiencia sabe
Cortar las olas y salvar la nave.

XXXVII

Hábil piloto es Tifis Agniades,
Y a la destreza la ola no resiste
Del que ha vencido tantas tempestades,
Y con igual valor hora la embiste.
Salva de aquel peligro a sus cofrades,
Pero se quedan con el alma triste;
Y al brillar nuevo Sol la nave Minia
En las costas atraca de Bitinia.

XXXVIII

Allí en el litoral Fineo mora,
El hijo de Agenor. De los mortales
Es el más infeliz y el que más llora
Bienes trocados por su culpa en males.
De Apolo la Deidad deslumbradora
Lo quiso superior a sus iguales,
Y el don le concedió de profecía,
Que su baldón originar debía.

XXXIX

Al verse dueño de tan alta prenda,
Aun a Jove perdió todo respeto;
Y a su locuacidad suelta la rienda,
Reveló de los dioses el secreto.
Cegó sus ojos catarata horrenda
De Jove por altísimo decreto,
Que a larga senectud y eterno ayuno
Condenaba al profeta inoportuno.

XL

Postrer recurso en su destino aciago
Era el socorro de personas pías
Que le llevaban víveres en pago
De sus acostumbradas profecías.
Ni un pedazo de pan, ni un solo trago,
Que llegara, dejaban las *Harpías,*
Sino sucio y hediondo hasta su boca,
Y en cantidad, para nutrirlo, poca.

XLI

Volaban por las nubes, en acecho,
Esas mujeres de pesadas alas,
De corvos picos, con humano pecho,
Garras de buitre, piernas como palas,
Y se precipitaban sobre el techo
De aquella choza sin calor ni galas,
Cuanto no le robaban, apestando,
Y con su hedor a todos alejando.

XLII

Oye el tropel el desdichado ciego,
Y su instinto profético que el justo
Castigo va a cesar le avisa luego.
Es la Legión que Júpiter augusto
Mandarle prometió del suelo griego
Del paladar a devolverle el gusto.
Del duro lecho torpemente salta;
Sombra parece a quien el cuerpo falta.

XLIII

Más que la árida planta, lo sostiene
Su palo al arrastrarse hacia la puerta.
Tentando la pared, trémulo viene
Y apenas el umbral a hallar acierta.
De suciedad y podredumbre tiene
Con capa asquerosísima cubierta
La piel, a pergamino semejante
Que liga su osamenta vacilante.

XLIV

Siéntase apenas al portal asoma.
Un vértigo letal lo desvanece,
Las piernas le flaquean, se desploma;
Que vueltas da la tierra le parece.
Despierta, al fin, del prolongado coma
Y de los Minios el asombro crece
Que con el Capitán a su socorro
Volaron, y en el atrio forman corro.

XLV

Con habla cavernosa, pero llena
De profético acento: "Oíd (exclama),
¡Oh flor y nata de la gente Helena!
Si fuereis, en verdad, los que la Fama
Anuncia... y sí lo sois, porque la vena
Que inspiración en mi ánimo derrama,
Y en que, a despecho de mis años, bebo,
Aún no ha cegado, cual mis ojos, Febo.

XLVI

"Os reconozco. De Jasón al mando,
Por exigencias de feroz Monarca,
El Vellocino de oro vais buscando.
Argo se llama vuestra hermosa barca.
¡Vástago de Latona venerando!
Gracias te doy. En alabanzas parca
Nunca será mi agradecida lengua.
Aun en mis penas tu favor no mengua.

XLVII

"A vosotros, por Júpiter, que el vicio
Castiga y las virtudes recompensa;
Por Febo, que se muestra tan propicio;
Por Juno, que en salvaros sólo piensa;
Por todas las Deidades: un servicio
Os pido. Sed mi amparo y mi defensa,
Y no os vayáis sin libertar a este hombre
De la que sufre adversidad sin nombre.

XLVIII

"No sólo la más negra de las Furias
Con su implacable pie cegó mis ojos,
Y a una vejez que durará centurias
Me tienen condenado sus enojos:
Para colmo de penas y de injurias,
De mi apetito burlan los antojos
Cayendo, como flecha, las *Harpías,*
Y arrebatando las vituallas mías.

IL

"Aunque rápido vuela el pensamiento,
Menos difícil alcanzarlo fuera
Que a las aves que roban mi alimento.
Algo suelen dejar, por que no muera;
Y es tal la podredumbre, que su aliento
Ni de adamante un corazón tolera...
¡Y a mí me obliga a devorar el hambre
Las parcas sobras del hediondo enjambre!

L

"Que los hijos de Bóreas de ese azote
Me libren el oráculo decreta.
Ningún extraño soy. Fuí sacerdote,
Opulento monarca y gran profeta.
Mi padre era Agenor. Con rica dote
Me desposé, de Calaín y Zeta,
A la graciosa hermana Cleopatra,
A quien mi corazón aún idolatra."

LI

La arenga de Agenórides excita
En el pecho de todos los valientes
Profunda compasión. Más alto grita
La sangre en los alígeros parientes
Cuyo especial socorro solicita.
Acércanse. Dos lágrimas ardientes
Se enjuga Zetas; y en su propia mano
La mano sosteniendo del anciano,

LII

"¡Desventurado consanguíneo! (dice):
Juzgo que entre los míseros mortales
No hay uno como tú tan infelice.
¿Tus infortunios a la culpa iguales
Han sido, en realidad? ¿Así maldice
Al que viola secretos celestiales
Y abusa de su mística pericia
De Júpiter excelso la justicia?

LIII

"Que pesa sobre ti la ira del cielo
Del más simple mortal salta a la vista.
Temo que a mí me alcance; y aunque anhelo
Lograr de las *Harpías* la conquista
Que me guardan los Númenes, el vuelo
No emprenderé para seguir su pista
Cuando vuelvan aquí, si antes no juras
Que no lo ofenderán mis aventuras."

LIV

Sus apagados ojos abre el ciego,
Y en él los fija con extraño brío,
Cual si sus globos arrojasen fuego.
Y lo interrumpe así: "Calla, hijo mío.
De que envuelva traición mi humilde ruego
Deseche tu alma el pensamiento impío.
Si soy profeta y adivino, sólo
Debo mi ciencia a la bondad de Apolo.

LV

"Por su numen verídico lo juro
Y por la nube que a dolor eterno
Condenó mis pupilas. Yo conjuro
A las Deidades del profundo Averno
A que jamás me salven si, perjuro,
Desciendo a las regiones del Infierno:
Ni ofenderá a los Dioses ni castigo
Puede causaros cuanto hagáis conmigo."

LVI

Escuchan el solemne juramento
Y al combate se aprestan los hermanos.
La mesa, con el último alimento,
Sirven para los monstruos inhumanos.
Guardado por los héroes, toma asiento
Fineo; y no bien lleva las manos
Al plato, las *Harpías,* dando voces,
Cual súbito huracán bajan veloces.

LVII

Lanzan los Minios formidable grito
Para ahuyentarlas; pero sólo aumenta
Su atroz voracidad y su apetito.
Muy pronto dan de los manjares cuenta,
Y, atrás dejando aquel hedor maldito,
Emprenden, rumbo al mar, fuga violenta,
Y tras ellas, desnudos los aceros,
Vuelan los dos intrépidos guerreros.

LVIII

Siempre que van o vuelven las *Harpías*
A castigar al mísero Fineo,
Del Céfiro las raudas correrías
Superan con su rápido aleteo.
Para que puedan hoy esas impías
De los hijos de Bóreas ser trofeo,
Júpiter da de Calaín y Zetas
Fuerza y velocidad a las aletas.

LIX

Como animados por la voz del amo
Persiguen en tropel los perros fieles
Cabra montés o fugitivo gamo,
Y ya su presa tocan los lebreles,
Cuando del cuerno el súbito reclamo
Quita a los cazadores sus laureles,
Y de los canes, siempre enfurecidos,
Suenan en vano dientes y ladridos,

LX

Vuelan así en inútil seguimiento
De las *Harpías* a la mar remota
De Jonia los dos vástagos del viento.
A las flotantes ínsulas de Plota
Arriban, y matarlas es su intento,
A pesar de los Númenes. Lo nota
Iris; a toda prisa el vuelo tiende
Y a contener sus ímpetus desciende.

LXI

"¡Hijos de Bóreas, ay de quien las toque!
(Exclama). Son de Jove la jauría.
Son sus perros de caza. No provoque
La cólera del Dios vuestra porfía.
Torne a la vaina el reluciente estoque,
Y yo os empeño la palabra mía
De que a robar al ciego el alimento
No volverán: oíd mi juramento."

LXII

Y lo pronuncia santo, ineludible,
Por la Laguna Estigia, que no es dable
Violar a las Deidades ni posible.
Envainan los Boréades el sable
Al oír juramento tan terrible.
Torna de paz la Mensajera afable
A su mansión celeste, y mientras vuela,
Dejando va multicolor estela.

LXIII

Muy lejos de Fineo, y desarmadas,
Porque el Hado inmutable lo decreta,
Retornan las Harpías, confinadas
A la caverna lóbrega de Creta.
Vuélvense de las Plotas, que *Estrofadas*
Hoy se apellidan, Calaín y Zeta
Hacia la nave; dando alto renombre
A aquellas islas y su nuevo nombre.

LXIV

Entre tanto, los Minios campeones
Meten al ciego en delicioso baño;
Lavan con odoríferos jabones
Su macilenta piel, que, año tras año,
Secaron inauditas privaciones;
Los mejores carneros del rebaño
Que fué de Amico a muerte se condena
Y se prepara suculenta cena.

LXV

En el atrio, también purificado,
De la limpia mansión del adivino
Es el banquete. De Jasón al lado
De sentarlo a cenar tienen el tino.
¡Con qué satisfacción cada bocado
Devora, y liba el espumoso vino!
De contentar el hambre verse dueño,
Tras tanto ayuno, le parece un sueño.

LXVI

Aunque hartos de manjares y licores,
Quieren pasar la noche toda en vela,
Aguardando a los dos perseguidores.
Con ellos el Profeta se desvela
De la lumbre al calor: los pormenores
De la navegación, veraz revela,
E inspirado, predice las futuras
Peripecias, peligros y aventuras.

LXVII

"Oíd ahora (dice); pero clara
Revelación de todo nadie aguarde.
Lo que Júpiter lícito declara
Diré: para escarmiento nunca es tarde.
Ya me costó los ojos de la cara
De mi adivinación el vano alarde.
Para que haya a los Númenes consulta
De parte del mortal, algo se oculta.

LXVIII

"Primer tropiezo, apenas de mis lares
Salgáis, serán las Cianeas rocas,
Que del estrecho que une entrambos mares
Al nauta cierran una de las Bocas.
Pasan entre esas peñas a millares
Corvos delfines y pesadas focas;
Pero yo os juro que ningún marino
Entró por ellas o salió al Euxino.

LXIX

"Ni raíces ni sólido cimiento
Tienen del mar en las cavernas hondas
Las móviles arenas de su asiento
Jamás probaron áncoras ni sondas.
Las dos, en su incesante movimiento,
Se encuentran y se hieren, y las ondas
Levántanse cual líquida montaña
Que azota el mar y el continente baña.

LXX

"Mis consejos seguid: si la prudencia
A vuestra expedición sirve de norma
Y vuestro viaje a la alta reverencia
A los Dioses debida se conforma,
No cual la juventud sin experiencia,
Que ni de escollos ni del mar se informa,
Queráis correr a voluntaria muerte
Y de la nave malograr la suerte.

LXXI

"Enviad una paloma exploradora.
Si atravesare con intactas alas
Al mar abierto, enderezad la prora
Hacia las rocas. De invocar a Palas,
Si no la propiciasteis, ya no es hora
De sacrificios, las sagradas galas
No os salvarán en tan tremendo apuro,
Sino un brazo impertérrito y seguro.

LXXII

"Empuñaréis los remos, en acecho
Del momento fatídico en que acabe
De cruzar la paloma el hondo estrecho.
Al abrirse las rocas, vuestra nave
A todo remo y con valiente pecho
Haréis pasar por do pasara el ave;
Mas si en su vuelo el pájaro fracasa,
Virad de bordo y retornad a casa.

LXXIII

"Tornad a casa, sí; porque igual suerte
Que a la paloma mística os espera,
Y vuestra muerte seguirá a su muerte.
Luchar contra los Dioses es quimera;
Y aunque de hierro duro casco fuerte
Tuviera el Argo, en vez de húmil madera,
Pedazos mil lo hicieran las errantes
Rocas, con sus heroicos tripulantes.

LXXIV

"No vayáis a pensar, desventurados,
Que porque airado el cielo me castiga
Son mis agüeros, como yo, menguados.
Aunque tres veces fuera su enemiga
Mayor, no me impidiera leer los Hados.
Yo os ruego que su viaje no prosiga
Por entre las Simplégades la nave
Si antes no pasa exploradora el ave.

LXXV

"Sucederá lo que a los Dioses plegue;
Mas si escapáis ilesos del encuentro
De los peñascos y lográis que llegue
Sin avería el Argo mar adentro
En el Euxino Ponto, que navegue
A la derecha haced, y no hacia el centro,
A Bitinia de cerca costeando,
Pero olas y rompientes evitando.

LXXVI

"Ojo avizor, hasta que atrás la Boca
Hayáis dejado del furioso Reba.
Cerca del Cabo Negro desemboca.
Dobladlo con vigor: gran fuerza lleva
Cuando el salobre mar el Río toca.
La isla de Tinia más allá se eleva:
Retroceded un poco; amparo y puerto
Los Mariandinos os darán de cierto.

LXXVII

"En la otra orilla está su territorio,
Y en él empieza la escabrosa vía
Que por el Aquerusio promontorio
Hasta el Averno a los mortales guía.
Con raudo movimiento giratorio
En remolinos sale la bravía
Corriente del horrísono Aqueronte
Profunda barrenando el alto monte.

LXXVIII

"Pasará por la costa montañosa
Que es de los Paflagones vuestra barca.
Progenitor de aquella belicosa
Raza fué Enecio Pélope, y monarca.
Luego, del Septendrión mirando a la Osa
Y dominando el mar y la comarca,
El Cabo Carambín se alza lozano,
Que el furioso Aquilón azota en vano.

LXXIX

"Cuando lo hayáis doblado, playa extensa
Recorreréis, que plana se dilata.
Luego, tras otro Cabo, espuma densa
Sobre el mar notaréis que se desata.
Es del rápido Halís la Boca inmensa;
En cambio, más allá, como de plata,
Del Iris brillarán los remolinos
Abriéndole a la mar lentos caminos.

LXXX

"Tras de punta saliente y elevada
Ancha se extiende plácida bahía,
Por otra punta, más allá, cerrada.
La gente la llamó Temisciría.
El Termodonte allí logra la entrada
Al mar, después de larga correría.
De Deonte allí están las heredades
Y de las Amazonas tres ciudades.

LXXXI

"Más adelante, dueños de una tierra
Inaccesible a toda agricultura
Son los míseros Cálibes. No encierra
El Orbe, entre sus hijos sin ventura
Raza más infeliz; a quien no aterra
Trabajo alguno ni fatiga dura,
Y desairada por la tierra y agua
Con fuego, hierro de las minas fragua.

LXXXII

"Los colindantes fértiles terrenos
Nutren ganados de velluda lana
Para los opulentos Tibarenos.
La puerta Genetea está cercana,
A Jove consagrada, que a los buenos
Con su hospitalidad ampara y gana.
Luego veréis las casas de madera
En la región do el Mosineco impera.

LXXXIII

"*Mosinas* las llamó la antigua glosa
Y ellas dieron su nombre al habitante,
Que al pie las construyó de la selvosa
Sierra, en maderas ricas abundante.
En la playa tendida y arenosa
De una isla que veréis más adelante
Os aconsejo que varéis la barca:
No hay otro fondeadero en la comarca.

LXXXIV

"El interior es áspero y desierto;
Pero de aves innúmeras de presa
Fuerza será poneros a cubierto.
Templo de piedra mal tallada y gruesa
A Marte alzaron, al salir del puerto,
Antíope y Otrera, a la alta empresa
En que ambas arriesgaron sus coronas
De reinas de las bravas Amazonas.

LXXXV

"Del mar salobre inesperado amparo
Vendráos: prolongar vuestra estadía
Os ruego, pues, por cuanto hayáis más caro.
Mas no me comprometas, lengua mía:
Abusar otra vez del don preclaro
Que el cielo me otorgó, de profecía,
No quiero, revelando los secretos
Que me vedan de Jove los decretos.

LXXXVI

"Más allá de la isla, y las regiones
Que enfrente surgen, moran los Filires,
Y sobre los Filires, los Macrones.
Veréis después las tribus de Bequires,
Luego de las Zapires las Mansiones,
Y, lindando con éstos, los Buzires.
A los Colquios al fin daréis alcance.
¡Con gran cautela vuestra nave avance!

LXXXVII

"Son belicosos. No intentéis a tierra
Saltar, sin penetrar en la ensenada
En cuya extremidad, después que yerra
Por el campo Citeo, en prolongada
Carrera al Fasis baja de la sierra
Amarantina hasta la mar salada,
Desembocando por diversos cauces
En remolinos y con anchas fauces.

LXXXVIII

"La barra cruzaréis. Luego aparece
Cada muralla, torre, balüarte,
De la mansión en que Etas se guarece.
Veréis el bosque consagrado a Marte.
Entre sus sombras fúlgido se mece,
Enarbolado a guisa de estandarte,
Y, sostenido por robusto encino,
El que buscáis, precioso Vellocino.

LXXXIX

"Fiero dragón, eterno centinela,
Lo guarda al pie del misterioso leño
Y día y noche infatigable vela
Los ojos sin cerrar al dulce sueño.
Del más valiente el corazón se hiela
Sólo del monstruo con mirar el ceño."
Aquí su narración el ciego corta
Y en torno calla la legión absorta.

XC

El vástago de Esón sigue perplejo
Sintiendo que, a pesar de su divina
Prosapia, necesita de consejo.
A su interlocutor al fin se inclina,
Y así le dice: "¡Venerable viejo!
Pasma a mi juventud tanta doctrina;
Pero que me declares el sentido
Del vaticinio, por favor te pido.

XCI

"Llegas en tu profético relato
Al fin de las marinas aventuras;
El modo de evitar el choque ingrato
De las móviles rocas prefiguras
Y la salida al Ponto. Mas del grato
Retorno a nuestra Grecia nada auguras,
Ni si, abierto al salir, quedará acaso,
Para volver a entrar, cerrado el paso.

XCII

"¿Cómo desandaré, sin rumbo cierto,
El que emprendí, larguísimo camino?
Recuerda que soy joven inexperto
Y mandar a inexpertos fué mi sino.
En el extremo, apenas descubierto
De la tierra y del mismo mar Euxino
Dicen que está, de Cólquide en la raya
La que buscamos, gran Ciudad del Haya."

XCIII

"Hijo (replica el viejo venerando):
Las Simplégades cruza en buen momento,
Es tu único peligro; pero cuando
Las hayas franqueado, cobra aliento.
Del Haya una Deidad te irá guiando
Por otra ruta a tu nativo asiento,
Y al Haya, exploradores tutelares
Te llevarán por tierras y por mares.

XCIV

"Pero escuchadme, amigos; sacrificios
A la Diosa ofreced que en Chipre impera.
De sus mañas depende y artificios
El éxito en la lucha que os espera,
Y no podréis triunfar sin sus servicios.
Más no me preguntéis." De esta manera
Agenórides habla: y de los cielos
Del Tracio Bóreas bajan los gemelos.

XCV

En pie los héroes pónense de un salto
El rüido al oír de las aletas
Y de los pies, al descender de lo alto.
A sus miradas ávidas e inquietas,
Narrándoles el viaje y el asalto
A las *Harpías,* corresponde Zetas,
Aunque con la fatiga y movimiento
Se halla su pecho casi sin aliento.

XCVI

De la persecución y la contienda
Cuenta el éxito y fin; cómo, su vida
Para salvar, y asegurar su enmienda
Iris, hija del cielo, enternecida
Su divina palabra dió por prenda;
De los monstruos la fuga y la partida
Narra, por fin, a la caverna obscura
De Creta, que será cárcel segura.

XCVII

Regocija a los próceres que abriga
Del ciego la mansión y al mismo ciego
Tan fausta nueva. La palabra amiga
De Esónides lo alegra desde luego:
"Sin duda la Deidad que te castiga
Calmó su enojo; y bienhechor sosiego
Un Numen, que tus méritos aprecia,
A darte nos envía desde Grecia.

XCVIII

"Ya los hijos de Bóreas de la plaga
Mayor te libertaron voladores,
Y la esperanza férvida me halaga
Que alguno de tus Dioses protectores
Desvanecerse de tus ojos haga
Las nubes. Si del Sol los resplandores
Lograres ver, será mayor mi gusto
Que al retornar a mi palacio augusto."

IC

Cabizbajo respóndele Fineo:
"No vuelve atrás ceguera cual la mía,
Ni algún remedio que restaure creo
De ambos mis ojos la órbita vacía.
Sólo pido morir, y que el Leteo
Apenas cruce su corriente fría,
Con mi largo penar al fin concluya
Y a todo mi esplendor me restituya."

C

Con estas y otras pláticas entera
Se desliza la noche hora tras hora.
No calla aún la turba vocinglera
Cuando despunta la rosada aurora,
Y empieza a desfilar en larga hilera
La multitud de gente bienhechora
Que acostumbra tiempo ha su cuotidiano
Alimento partir con el anciano.

CI

Pobres y ricos van. Cada cliente
Pertenece a diversas jerarquías.
Sus dones y limosnas, complaciente,
Con oráculos paga y profecías.
Desgracia no hay que su saber no ahuyente,
Ni penas que no trueque en alegrías.
Recibe a todos con paterno afecto;
Pero es Parebio el hijo predilecto.

CII

Al penetrar con los demás vecinos,
Sorpresa no le causa, ni le inquieta,
Ver a aquellos extraños peregrinos.
Su salida de Grecia ya el Profeta
Le reveló, su desembarco en Tinos,
Su expedición hasta el Imperio de Eta.
Le oyó con gozo, en sus peores días,
La fuga predecir de las *Harpías*.

CIII

El verídico Vate, su clientela
Con palabras benévolas despide;
Pero a los héroes presentar anhela
Al buen Parebio. Le detiene y pide
Que al ir a su cercana cabañuela
Entre sus greyes escoger no olvide
Sus mejores ovejas y carneros
Para los Argonáuticos remeros.

CIV

No bien Parebio sale de su casa,
El ciego dice así a los navegantes:
"Para favores, de memoria escasa
No siempre son los hombres ni arrogantes.
Con este joven ved lo que me pasa:
Fué siempre agradecido. Ya mucho antes
Que os conociera a consultarme vino
Sobre sus cuitas y su adverso sino.

CV

"En vano trabajaba; sus labores
E infatigable afán de noche y día
Sólo le acarreaban sinsabores,
Y ya la inopia rápida venía.
Más negra que las horas anteriores
Cada aurora para él triste lucía.
De tantos males la fatal cadena
Del crimen de su padre era la pena.

CVI

"Cortando leña andaba, cuando antojos
De asestar su segur a encina añeja
Vivos le vienen. Con llorosos ojos
Del árbol sale, y lánguida se queja
Ninfa del bosque. Póstrate de hinojos,
Le ruega, le suplica, le aconseja
Que salve aquella encina, cuya vida
Desde la cuna está a la suya unida.

CVII

"Del leñador la juvenil jactancia
El ruego de la Ninfa no conmueve;
Y el tronco en que nació, pasó su infancia
Y ha de morir, a derribar se atreve.
La Hamadriáde castiga su arrogancia
Haciendo expiar la culpa del aleve
A quien no tuvo en ella participio.
Todo lo supe yo desde el principio.

CVIII

"Por tanto, le mandé que edificara
Para aplacar la Ninfa en Tinia muerta
Con expiatorias súplicas, una ara
Siempre de pingües víctimas cubierta,
Y ver si su clemencia al fin lo ampara
Y de la suerte adversa lo liberta,
Que el paterno desmán a su hijo trajo
Lanzándolo a infructífero trabajo.

CIX

"Desque logró la absolución pedida
A mi morada agradecido corre.
En mis dolencias con amor me cuida,
Con alimentos siempre me socorre.
Viene a mi lado y de partir se olvida,
Y sin que el tiempo sus afectos borre,
Por atender a mis acerbos males
Sólo por fuerza deja mis umbrales."

CX

Su plática Agenórides termina
Al mismo tiempo que el leal cliente
Con dos pingües ovejas se encamina
Hacia los semidioses revereute.
Levántase Jasón, noble se inclina
Y los hijos de Bóreas igualmente.
A una señal del ciego, y sobre el ara,
El sacrificio al punto se prepara.

CXI

Ha declinado el Sol, y ya anochece
Cuando a la luz de la rojiza llama
A Apolo doble víctima se ofrece
Y Rey de los Profetas se le aclama.
Mientras se asa la carne, el pan se cuece,
En copas de oro el vino se derrama;
Servir la mesa a los menores toca
Y todos comen a pedir de boca.

CXII

Retíranse a dormir, cansados y hartos,
Unos, donde la nave está ancorada;
Otros, en grupos, en diversos cuartos
Del hijo de Agenor en la morada;
Otros sobre los mórbidos espartos
En que abunda la fértil ensenada.
Al alba, fuerte viento los despierta
Y el Comandante da la voz de alerta.

CXIII

Ya las Etesias brisas regulares
La voluntad de Jove soberana
Manda soplar por tierras y por mares.
Sus orígenes, a época lejana
Atribuyen versiones populares.
Allá en la infancia de la raza humana
Hubo una Ninfa, la gentil Cirene,
Y de su amor la tradición proviene.

CXIV

Del rápido Peneo en los pantanos
Sencilla apacentaba sus corderos;
Puro su corazón, puras sus manos,
De la virginidad amó los fueros;
Pero Apolo, con ímpetus livianos
La arrebató a los límpidos veneros
Del fresco río, y a la arena tibia
La transportó de la caliente Libia.

CXV

Confió su amada a las de aquella tierra
Ninfas originarias, y ya esposa
Le dió un varón en la Mirtonia Sierra.
Su nombre fué Aristeo. En la famosa
Caverna de Quirón el Dios lo encierra.
A la madre, de ninfa y casi diosa
El rango da su excelso matrimonio.
Al vástago venera el pueblo Hemonio.

CXVI

Gran cazador y numen de pastores
Tesalia, rica en granos, lo proclama.
Uno de sus discípulos mejores
El Centauro Quirón dulce lo llama.
Las nueve Musas cúbrenlo de flores,
Le llevan para esposa a insigne dama,
Y de curar le enseñan el divino
Arte, y el de Profeta y adivino.

CXVII

También le encomendaron como hermano
Los rebaños que pacen en la altura
Del Otris, o se nutren en el llano
Atamantio de Ftía, o en la pura
Linfa beben del místico Apidano.
Pero cuando a los hijos sin ventura
De las Cícladas Islas, trajo Sirio
Calor, dolencias y febril delirio,

CXVIII

Entonces acudieron a Aristeo,
Del flechador Apolo por mandato.
Para salvar las Islas del Egeo
De aquella peste y del calor ingrato,
Por orden de su padre, en la de Ceo,
Estableció su hogar, a todos grato,
Y del Rey Licaón, los descendientes
Arcades, se le unieron complacientes.

CXIX

Una ara colosal construye luego
A Jove, que a la tierra manda justo
Con lluvia y humedad fecundo riego.
A los montes después trepa robusto
Y a la estrella de Sirio rojo fuego
Propiciador enciende, y al augusto
Vástago de Saturno, pío incensa
Recibiendo inmediata recompensa.

CXX

Del Sol canicular, desde ese instante
A templar el calor cuarenta días
El periódico soplo refrescante.
De tus Etesios vientos nos envías
Año tras año, ¡oh, Júpiter Tonante!,
Y el sacerdote sus plegarias pías
De Ceo ante el altar aun hoy ofrece
Apenas la Canícula aparece.

CXXI

Tal es la tradición sobre la brisa
Del Norte, que a los héroes refrigera,
Pero que al mismo tiempo hace precisa
En aquel puerto prolongada espera.
Por alcanzar del ciego una sonrisa
El pueblo Tinio en socorrer se esmera
A sus huéspedes, víveres sin tasa
Llevando, ya a la nave, ya a la casa.

CXXII

A las doce Deidades tutelares
Erigen, de la playa en el extremo,
Para sacrificar, sendos altares,
Y tornan a embarcar; a solo remo
Dispuestos a cruzar los anchos mares.
No olvidan la paloma, a quien Eufemo
Estrecha entre sus manos, pues parece
Que quiere huír, y tiembla, y se estremece.

CXXIII

Levan entrambas anclas. Ni a la vista
Se oculta, de Minerva, la maniobra
Y a los remeros a animar se alista.
Del Argo, su delicia al par que su obra,
Aunque Diosa inmortal, sigue la pista
De aquella expedición, no sin zozobra
Y no obstante su peso, en nube leve
Embarca, que hasta el mar rauda la lleve.

CXXIV

Como viajero errante (y así pasa
A menudo a los míseros mortales)
No pierde nunca el rumbo de su casa,
Pero todas las sendas son iguales
A su afán de llegar. Campiña rasa,
Mar agitado y ásperos breñales
Se le figuran cómodo camino
Con tal que lo conduzca a su destino.

CXXV

Así en su nube la Deidad navega
Y en toda dirección los aires hiende;
Ya entre los astros se desliza y juega,
Ya hacia la baja tierra el vuelo tiende.
Sin detener el paso al Ponto llega
Y a guisa de relámpago desciende
Al litoral de Tinia, de ordinario
Al extranjero poco hospitalario.

CXXVI

Llegando van del tortuoso Estrecho
A la garganta. Cierran la alta orilla
Del lado izquierdo, al par que del derecho,
Sendos peñascos ásperos. La quilla
Hieren del mar los vórtices. Que el pecho
Les tiemble de temor no es maravilla
Cuando el fragor de la continua lucha
De las flotantes rocas ya se escucha.

CXXVII

Entre las olas y llovizna asoma
Eufemo; firme hasta la prora avanza
En las manos llevando la paloma,
Que hacia adelante por el aire lanza.
Su rumbo el ave entre las rocas toma,
En tanto que a bogar con gran pujanza,
Emulo Tifis de ínclitos mayores,
Exhorta a los heroicos remadores.

CXXVIII

Han escogido el crítico momento
En que una y otra roca se separa
La vez postrera. Casi sin aliento,
Para seguir el vuelo, alzan la cara,
Del pájaro, más rápido que el viento
Que como flecha entre ellas se dispara;
Pero las rocas vuelven, entre tanto,
A unir sus frentes, con fragor y espanto.

CXXIX

De espuma blanquecina, que semeja
Gigante nube, se levanta hirviente
Enorme masa. Cada roca deja
De su lecho al salir, caverna ingente,
Cuyo hueco voraz, no bien se aleja
La móvil peña, invade la corriente.
Feroz redobla el hórrido bramido
Del ronco mar, el éter conmovido.

CXXX

Inunda el litoral la blanca espuma;
Hace girar la nave ola tras ola;
Un momento disípase la bruma,
Y en lontananza ven, volando sola
y sana, la paloma. Alguna pluma
El choque de las peñas, de la cola
Arrancarle logró. Los navegantes
Un grito atronador lanzan triunfantes.

CXXXI

Tifis, con voz que su gritar domina,
Remar les manda con mayor aliento
Ahora que para abrirse ya se inclina
Uno y otro peñasco. Vano intento,
Mientras el Argo avante más camina
Más hacia atrás la empujan mar y viento,
Hasta que entre las rocas, disparada
Cual flecha, la lanzó la marejada.

CXXXII

Que ya salieron del temido Estrecho
Juzgan al ver que el anhelado Euxino
Se extiende al lado izquierdo y al derecho,
Cuando ola enorme se alza en su camino
Como cóncava roca, que deshecho
Amenaza dejar el frágil pino,
Sobre los héroes hórrida se mece
Y hundirlos en el piélago parece.

CXXXIII

Bajan amedrentados la cabeza;
Pero de Tifis la maniobra àctiva
Hace virar la nave con destreza
Y con lento bogar el golpe esquiva.
Pasa bajo la quilla con fiereza
La ola veloz; con ímpetu hacia arriba
Alza la popa y de la ansiada boca
Del Estrecho muy lejos la coloca.

CXXXIV

Mirando de la nave el trance extremo
De prora a popa la recorre noble
Y a la tripulación exhorta Eufemo
A que su esfuerzo en el bogar redoble.
Pronto semeja un arco cada remo,
Hiere las olas el robusto roble,
Pero el contrario mar vencer no puede,
Si un paso avante da, dos retrocede.

CXXXV

En tanto, una ola abovedada avanza
A hundirla en un arranque repentino,
Cual proyectil cilíndrico se lanza
El Argo, que detiene el remolino
En medio de las rocas. Ya le alcanza
Su choque asolador; ya cruje el pino
Del inmóvil bajel, cuando Minerva
De inminente naufragio lo preserva.

CXXXVI

Firme detiene con la izquierda mano
La peña colosal. Con la derecha
A flote saca el casco, y al cercano
Ponto lo lanza, como aguda flecha.
Sale el bajel, no ileso, pero sano;
La obra muerta de atrás queda deshecha
Al unirse, rozándole la popa,
La roca de Asia y el peñón de Europa.

CXXXVII

La Diosa hacia el Olimpo tiende el vuelo
Cuando los ve salvados del abismo.
Ya no hay de las Simplégades recelo,
Quedando fijas en el sitio mismo.
El Hado así y los Númenes del cielo
Decretaban premiar el heroísmo
Del primero que vivo, en su barquilla,
Pasara entre ellas sin romper la quilla.

CXXXVIII

Del ancho mar al verse en la llanura
Y bajo el azulado firmamento,
Los próceres respiran con holgura
Y olvidan el pasado desaliento.
Del Averno salir se les figura
Y desde el Aqueronte turbulento
A la vida volver en frágil tabla,
Tifis, antes que nadie, así les habla:

CXXXIX

"Salvos estamos, salva nuestra nave
Ha salido y saldrá; pero debemos
Haber vencido obstáculo tan grave
A Minerva no más, no a nuestros remos:
Ella, virtud divina, darle sabe
Con que llegue a los límites extremos
Del Orbe. Al Argo la infundió aquel día
En que Argos su armazón hábil unía.

CXL

"Hijo de Esón: desecha en adelante
Toda vacilación, y no deplores
Tener que obedecer el terminante
Mandato de tu Rey. Ya los favores
De la alma Diosa y tu ánimo constante,
Vencieron de las rocas los horrores.
Por alta mar (lo dijo el adivino)
Fácil será hasta Fasis el camino."

CXLI

Sin que suelte el timón su experta mano,
Así dice el piloto; y los consejos
Dócil siguiendo del Profeta anciano
Por en medio del mar, navega lejos
Del litoral Bitinio, rico en grano.
Entre tanto, del Sol a los reflejos
Jasón, con exquisita gentileza,
Al timonel a replicar empieza:

CXLII

"¿Por qué te empeñas, Tifis, buen amigo,
En consolar mi corazón llagado
Cuando senderos escabrosos sigo
Contra mi voluntad y la del Hado?
Desde que Pelias se encaró conmigo
Debí oponerme al pérfido mandado,
Aunque mi triste cuerpo hicieran trizas
Y esparcieran al viento mis cenizas.

CXLIII

"Desde que el Argo por los mares yerra
La que en mis hombros pesa formidable
Responsabilidad, siempre me aterra,
Me da pavor el piélago insondable;
Me asusta más lo que prepara en tierra
Del enemigo audaz, no el rudo sable
Sino la tenebrosa alevosía;
Y a noche insomne, sigue aciago día.

CXLIV

"Dichoso tú, que sólo a tu existencia
Y a tu timón, a fuer de buen piloto
Atender, ha prescrito la obediencia.
Pero a mí, de los próceres el voto
Me confirió su mando y presidencia,
De todos he de ser siervo devoto:
Por su vida y honor velar me incumbe.
¡Desdichado de mí, si alguien sucumbe!

CXLV

"Mi propia salvación nada me importa:
De mis conmilitones, sí, la suerte
Que en pensamientos lúgubres absorta
Mantiene mi alma triste hasta la muerte.
¿Qué haré si el viaje vuestra vida acorta;
Si a Grecia retornar no logro verte
A ti, y a tus valientes camaradas
Que por mí abandonaron sus moradas?"

CXLVI

Sagaz, de la gloriosa comitiva
Con esta arenga la opinión explora.
Unánime la acoge alegre *viva*
De aplausos tras la salva atronadora;
Y la franca palabra persuasiva
De la Legión, que a su Caudillo adora,
Su desánimo trueca en ardimiento.
Así expresa Jasón su asentimiento:

CXLVII

"De vuestro brazo en el valor confío;
Y en adelante, aun del Estigio Lago
Desafiará la furia el pecho mío.
Constantes os halló lo más aciago:
No tiene que temer nuestro navío
De Simplégades nuevas otro amago,
Y siguiendo las normas del Profeta,
Seguros llegaremos a la meta."

CXLVIII

A pláticas renuncia todo el mundo,
Y remando en silencio, sin reposo,
Dejan atrás la Boca del profundo
Reba y el Cabo Negro, del fragoso
Colona el alto pico y el fecundo
Campo que riega el Filis caudaloso.
De esta región la primitiva historia
Conviene conservar en la memoria.

CXLIX

Hijo de bella Ninfa de los prados,
Dímpsaco allí moraba. La sencilla
Vida del campesino a los cuidados
Prefirió de la Corte y de la Villa.
Humilde apacentaba sus ganados,
Que, ya del mar vagaban a la orilla,
Ya del paterno río en la ribera,
O de su augusta madre en la pradera.

CL

A sorprenderlo vino de repente
La llegada del hijo de Atamante.
Fugitivo de Orcómeno y doliente
Volaba por los aires fulgurante
Sobre el carnero de oro reluciente.
Dímpsaco lo acogió cual padre amante;
En su mansión le dió hospedaje regio,
Y aun hoy se ve su monumento egregio.

CLI

Todo lo ven los nautas a su paso:
Las muchas bocas y menuda arena
Del ancho río, el Templo, el campo raso,
Del hondo Calpe la corriente amena.
Reman desde la aurora hasta el ocaso;
La que sigue después, noche serena,
Los contempla remando hora tras hora,
Y así los hallará la nueva aurora.

CLII

Como de bueyes laboriosa yunta,
Dócil al yugo, baja la cabeza,
Y el alba apenas plácida despunta,
Cuando las glebas a romper empieza,
Y recorriendo va de punta a punta
El campo en que los sulcos endereza,
Sudando a mares, con el cuello bajo,
Sin que un momento ceje en su trabajo,

CLIII

Se siente a los robustos animales
Bajo el peso gemir que los abruma;
Hálito hirviente sale en espirales
De la nariz, y de la boca espuma,
Se mueven sus pupilas desiguales;
Mas sin que la fatiga los entuma,
Honda en la tierra la pesuña fincan
Y hasta caer la tarde aran y brincan.

CLIV

Del Argo van así los navegantes
Sulco profundo de la mar inmensa
Abriendo entre las ondas espumantes.
No reina aún la claridad intensa
Del Sol ni la que al piélago poco antes
Daba negro color, tiniebla densa;
Pero la luz, que quien madruga llama
Crepúsculo, süave se derrama.

CLV

De la ínsula desierta de Tiniada
A esa hora arriba al puerto mal seguro
La audaz tripulación más que cansada.
Difícil es el desembarco y duro.
La aparición de Apolo inesperada
En gozo trueca su pasado apuro.
Viene de Licia: va al extremo Norte,
Y, a su paso, visita la Cohorte.

CLVI

De su Deidad deslumbra la hermosura.
De un lado y otro caen en su mejilla,
Cual racimo otoñal de uva madura,
Sus rizos de oro. En la siniestra brilla
El arco celestial de plata pura,
Y en la espalda, el carcaj. Baña la orilla
El mar, que a su contacto se embravece.
Bajo su planta la isla se estremece.

CLVII

Estupor invencible se apodera
De aquellos héroes. Póstranse de hinojos,
Clavan la vista en tierra y no hay quien quiera
Mirar de frente sus divinos ojos.
Al Hiperbóreo pueblo que lo espera
Envuelto marcha en resplandores rojos
El Numen tutelar de la alma Delos,
Salvando el Ponto con osados vuelos.

CLVIII

Al fin, a la callada caravana
Orfeo dice: "Compañeros ¡ea!
La tierra que honra en hora tan temprana
Febo, a su Numen consagrada vea,
Y *de Apolo, Señor de la mañana,*
Isla desde hoy apellidada sea.
Nuestra piedad una ara le dedique
Y las víctimas que halle sacrifique.

CLIX

"¡Soberana Deidad! Si te dignares
Hacernos retornar al suelo Hemonio,
De las silvestres cabras que a millares
Engordan las riberas del mar Jonio,
Humeará la carne en tus altares
De nuestra gratitud en testimonio.
Por hoy, acepta un pobre sacrificio.
Sénos propicio, ¡oh Dios!, sénos propicio."

CLX

Termina su oración. De piedras de honda
Quién construye un altar, y quién se apresta
A explorar toda la isla a la redonda
Buscando un animal para la fiesta.
Ya un cervatillo entre la verde fronda,
Ya una cabra paciendo en la floresta,
Apolo, previsor, como al acaso,
Hace que se presenten a su paso.

CLXI

De odorífera grasa doble capa,
Según la ley ritual, la carne y hueso
Del pernil de las víctimas empapa.
Del holocausto sube el humo espeso,
Cuya fragancia a la Deidad no escapa
De *Apolo matinal.* Con embeleso
Formarse ve en su honor devoto coro
Y a oír se apresta su cantar sonoro.

CLXII

Cantemos al Señor aparecido:
Gloria a nuestra Salud, a Apolo gloria.
Con este grito empieza, agradecido,
El escuadrón su danza giratoria.
El divo Orfeo llama, conmovido,
Los favores de Febo a la memoria,
Y templando su cítara de Tracia,
Un himno entona con sublime gracia.

CLXIII

"Del áspero Parnaso en la vertiente,
Delfino, fiero monstruo, se desata.
Empuña Apolo su arco refulgente
Y de un flechazo a la alimaña mata.
El primer bozo aun apuntar no siente:
Su melena infantil ni corta ni ata,
Y ya vence al Dragón."—Todo recuerda
De su lira gentil la mejor cuerda.

CXLIV

"Justo es, Señor (mi avilantez perdona),
Que nunca corte la traición ni el dolo
La cabellera de oro que corona
Tu augusta frente, ¡salvador Apolo!
Prole de Ceo, cándida Latona:
A ti el derecho se reserva sólo
De abrillantar de tu hijo los hechizos
Ensortijando sus intonsos rizos.

CLXV

"Las armoniosas Ninfas de Coricia
Del cristalino Plisto en la paterna
Corriente repitieron con delicia
El ritmo sacro: *Gloria sempiterna,*
Gloria a nuestra Salud. Sénos propicia,
Soberana Deidad. Con nota tierna,
Cantando sin cesar el retornelo,
Lo trajeron, por fin, al Tracio suelo."

CLXVI

Terminada la danza y el concento,
Que acompañan piadosas libaciones,
Ponen sobre el sagrado monumento
La diestra, los heroicos campeones,
Y ofrecen con solemne juramento
Que ni en guerra ni en paz sus corazones
Desunirá jamás fiera discordia.
Un templo allí se eleva a la Concordia.

CLXVII

Éllos, con prontitud maravillosa,
Construyeron el místico edificio,
De gratitud en prenda, a la gran Diosa.
Al tercer día Céfiro propicio
Dejar les hace la isla rocallosa,
Y por las Bocas del torrente Licio
Pasan, y del Sangalio y las colinas
Verdes, de las regiones Mariandinas.

CLXVIII

La nave, con los vientos favorables,
Su derrotero sigue a toda prisa.
Crujen el maderamen y los cables
Al cruzar la Laguna Antemoísa.
En la noche, las ráfagas mudables
Aflojan y, por fin, cesa la brisa;
Y al despuntar la aurora, de arribada
Forzosa, de Aquerusia entra en la rada.

CLXIX

Con altos picos de fragosa sierra
Saliente promontorio la limita
Por entre escollos que la roca aferra
Y el agua sin cesar cubre y agita.
El mar Bitinio, con fragor que aterra,
Sus ondas espumosas precipita,
Y en la cumbre se ven los platanares
Proyectando sus sombras en los mares.

CLXX

Formando el monte hondísimos barrancos
Hacia el valle interior baja en declive
De viva peña entre escarpados bancos.
La negra boca apenas se percibe
De lóbrega caverna, cuyos flancos
Y obscura frente espesa circunscribe
Frondosa selva de follaje eterno.
Por ella se entra al misterioso Averno.

CLXXI

Un hábito glacial el antro exhala
Que cuanto alcanza contamina y hiela;
La misma espuma que hacia el mar resbala
Detiene entre las peñas y congela
Hasta que, haciendo de su fuerza gala
El Sol de mediodía la deshiela;
Pero de calma o paz no hay elemento
Que dé al Cabo fatídico un momento.

CLXXII

Gimen del Ponto las furiosas ondas.
Dejando su habitual susurro tierno
Gimen del bosque las obscuras frondas,
Siempre agitadas por el soplo interno
Que arrojan crudo las cavernas hondas.
Allí, por alto cauce, del Infierno
Baja a desembocar el Aqueronte,
Que en el mar Oriental vomita el monte.

CLXXIII

En otro tiempo se acogió a ese puerto
La colonia de Mégara, que vino
A establecerse en el feraz desierto
Que aún no cultivaba el Mariandino.
De la procela, por el cauce abierto
Salvó sus naves el audaz marino.
De gracia tal a la memoria fieles
Le llamaron después *Salva-bajeles.*

CLXXIV

La calma obliga a entrar por esa vía
Al Argo, y de Aquerusia junto al Pico
A fondear. El pueblo ya sabía
El vencimiento del feroz Amico,
Su enemigo mortal. Gran cortesía
Muestra, por tanto, su monarca Lico
De la nave extranjera a los señores
Que del Bébrice llegan vencedores.

CLXXV

Júranse luego fraternal alianza.
Viene la gente de una y otra orilla.
Viéndole con los Dioses semejanza,
Rinde homenaje y dobla la rodilla
A Pólux, a quien debe su venganza.
Encamínanse todos a la Villa,
Y la que el Rey ofrece, lauta cena,
Viene a alegrar conversación amena.

CLXXVI

El invicto Jasón, sus camaradas
A su huésped magnánimo presenta.
Los nombres enumera y las moradas;
De sus abuelos las hazañas cuenta,
Las órdenes de Pelias extremadas
En que sus vidas arriesgar intenta;
De Lemnos, gobernada por mujeres,
La acogida recuerda y los placeres.

CLXXVII

Con Cízico y los bravos Dolíones
Relata la amistad y desventura;
Su expedición de Misia a las regiones
Describe minucioso, y la amargura
Que al zarpar inundó los corazones
Cuando echaron de menos la figura
De Hércules en los bancos del navío.
¡Dejáronlo en las márgenes del Cío!

CLXXVIII

De Glauco la visión consoladora
Refiere, y la feroz descortesía
De la tribu de Bébrices traidora,
Que con Amico, su señor, moría.
La gran calamidad que aún devora
A Fineo, y su don de profecía,
Y el contrastado paso, audaz y largo,
Por entre las Simplégades, del Argo.

CLXXIX

La aparición, por último, relata
Del divo Apolo en la ínsula desierta,
Para los nautas de memoria grata.
El interés que el Capitán despierta
Con su gráfica historia, se retrata
Del franco Lico en la mirada abierta.
Pero lamenta, con severo tono,
De Hércules el maléfico abandono.

CLXXX

"¡Amigos, qué auxiliar habéis perdido
(Exclama el Rey) qué brazo tan robusto!
Vais a llorar vuestro fatal descuido
Cuando el palacio de Etas el adusto
Halléis en fortaleza convertido.
También yo pude al Semidiós augusto
Conocer aquí mismo. Era yo mozo.
Aun no apuntaba en mi mejilla el bozo.

CLXXXI

"Le dió mi padre, el ínclito Dasquilo,
En su mansión espléndido hospedaje,
Y Hércules pudo reposar tranquilo
Del que emprendió por Asia largo viaje,
Marchando siempre a pie, según su estilo.
El cinturón que le ganó el ultraje
De Hipólita, la intrépida Amazona,
Cual trofeo ostentaba su persona.

CLXXXII

"Cuando quitó con armas desiguales
La vida el Miso a mi querido hermano
Priolao (en su honor fiestas anuales
El pueblo, que lo amó cual soberano,
Celebra y religiosos funerales)
Hércules aquí estaba. Del tirano
Ansioso por vengar las injusticias,
Retó a combate singular a Ticias.

CLXXXIII

"Era este joven flor de luchadores,
Púgil sin par, espejo de valientes;
Pero de aquél las fuerzas superiores
Pronto le hicieron escupir los dientes
Y pagar, de la vida en los albores,
Las culpas de sus pérfidos parientes,
Sacrificando, a más de su existencia,
De su suelo natal la independencia.

CLXXXIV

"No sólo sujetó los arrogantes
Misos al yugo de mi padre, Alcides.
También a nuestros Frigios colindantes
Supo vencer en prodigiosas lides.
De Bitinia a los bravos habitantes
Nada valieron bélicos ardides,
Y añadió de mi padre a la corona
La tierra desde el Reba hasta el Colona.

CLXXXV

"Los mansos Paflagones, que el Billeo
Con sus revueltos vórtices circunda,
Rindiéronse a aquel brazo giganteo
Sin desafiar su fuerza tremebunda;
Mas de nosotros lo alejó el deseo
De continuar su expedición fecunda;
Aprovechó a los Bébrices su ausencia,
Y sufrimos de Amico la insolencia.

CLXXXVI

"Vinieron poco a poco en ambos lados
Menoscabando el territorio mío,
Hasta que sus fronteras a los prados
Llevaron en la orilla del Hypío.
Vosotros, por los Númenes enviados,
Fuisteis a castigar su desvarío.
Por ellos, de Tindárides la diestra
Pudo matar a Amico en la palestra.

CLXXXVII

"¿Cómo podré pagar tantos servicios?
Es ley del hombre débil que recibe
Favores, protección o sacrificios
Del gran señor que en la opulencia vive
Prestarle en gratitud buenos oficios
Y que a su bienhechor honrar no esquive.
¿Aceptaréis a mi hijo y heredero
De vuestra expedición por compañero?

CLXXXVIII

"A bordo embarcaré de vuestra nave
A mi Dasquilo. Puntas y recodos,
En nuestra costa, de memoria sabe.
Sus moradores lo conocen todos:
Os salvarán en cualquier trance grave
Y os tratarán con amigables modos.
Bajo su amparo llegaréis seguros
Del Termodonte hasta la Boca y muros.

CLXXXIX

"De Tíndaro a los ínclitos Gemelos,
A quienes debo gracias singulares,
Un templo edificar son mis anhelos
En el alto Aquerusia, y dos altares
Cuyo incienso subir hasta los cielos
Se pueda ver en los remotos mares.
Predios le asignaré que den abasto
De culto y sacerdotes para el gasto."

CXC

Toda la noche en pláticas sabrosas
Prolongan el festín, hasta que riega
La bella aurora sus primeras rosas.
Corren a bordo. Con los héroes llega
Lico también, que ofrendas numerosas,
A más de su hijo, en el bajel entrega.
Pero ¡ay! antes de entrar hiere el Destino
Inevitable a Idmón el adivino.

CXCI

En la adivinación ningún perito
Al vástago de Abantes hay que iguale;
Pero en el libro del Destino escrito
Está que el postrimer suspiro exhale
No lejos de Aqueronte y del Cocito.
Su arte, que a otros salvó, nada le vale;
Y en la senda fatal no lo desvía
Su ciencia ni su don de profecía.

CXCII

Entre el cañaveral de la ribera
Su enorme vientre y espinazo plano
Fiero animal, tendido, refrigera
En las fangosas aguas del pantano.
Las Ninfas que custodian la pradera
Suelen huír del jabalí serrano
Que, siempre solitario, del colmillo,
Para asaltar mejor, empaña el brillo.

CXCIII

Por este rumbo su contraria suerte
Trajo a vagar al vate sin ventura.
No bien el jabalí su paso advierte,
Lo asalta con furor desde una altura.
Abrele el muslo; hiérelo de muerte;
Tendones rompe; el hueso le fractura;
Y el grito que el herido, cuando cae,
Lanza, a los otros próceres atrae.

CXCIV

Asusta al animal su clamoreo,
Y a hundirse en el pantano se prepara
Cuando un venablo el cazador Peleo,
Sin que haga blanco, al jabalí dispara.
Háceles frente el monstruo giganteo
Y les embiste; pero alada vara
Que Idas a tiempo lánzale certera
Quita la vida a la indomable fiera.

CXCV

La dejan do cayó. Pero de Abante
Llevan cargado al hijo moribundo
Al Argo, aún con seno palpitante,
Los héroes, presa de dolor profundo.
No tarda en expirar; y, delirante,
Dice el último adiós a nuestro mundo
En brazos de sus tristes compañeros,
Que en gemidos prorrumpen lastimeros.

CXCVI

Por de pronto, zarpar impide el luto.
Durante el triduo que el lamento dura,
Sacan al muerto al litoral enjuto:
Le dan al cuarto día sepultura,
Y en el cortejo y fúnebre tributo,
Al frente de su grey, Lico figura;
Y de carneros número infinito
Inmolan en su honor, cual pide el rito.

CXCVII

Túmulo sepulcral de cal y arena
Se le erigió, con sólido cimiento,
Que a siglos por venir la triste escena
Recuerde cual perenne monumento.
Corónalo de barco vieja entena
De madera de oliva; y ¡oh portento!
De Aquerusia al influjo reverdece,
Y cada primavera aún hoy florece.

CXCVIII

Comunicar me mandan un secreto
Las Musas inmortales. La obediencia
Me excusará, si soy poco discreto.
Rango de Numen dió la omnipotencia
De Febo al buen Idmón; y su decreto
Mandaba, de Aquerusia en la eminencia,
Edificar una ciudad votiva
En derredor de la encantada oliva.

CIC

La ayudó a construír todo colono
De Mégara o Beocia originario.
A Idmón, hijo de Abante, por patrono
Se asignó a la ciudad y santuario.
Pero, ya fuera olvido, o abandono,
El pueblo la llamó con nombre vario,
Del Eólida pío todo ignora
Y a Agamestor, cual tutelar, adora.

CC

Pero ¿por qué dos túmulos gemelos
Se ven surgir? ¿Por qué en el mismo punto
Alzar dos monumentos paralelos?
¿Hay otro luto más, otro difunto?
Es Tifis el piloto, a quien los cielos
Mandan dormir al adivino junto.
Lo quiso el Hado. Tifis Agníades
Ya no desafiará las tempestades.

CCI

El fúnebre cortejo había vuelto
De sepultar a Idmón (cuenta la fama)
Cuando, breve dolencia, el cuerpo esbelto
De Tifis derribó sobre la grama
Por la muerte de súbito disuelto.
Su pérdida el desánimo derrama.
Del timonel la prematura tumba
Sus esperanzas de volver derrumba.

CCII

Inquietos, sin hablar, desesperados,
Sin pensar en bebida ni alimento,
En la playa se sientan embozados,
Presa sus almas de tenaz tormento.
Ya no quieren seguir. Paralizados
Por siempre allí quedáranse, si aliento
No viniera a infundirles oportuno
El fuerte Anceo, a quien inspira Juno.

CCIII

A luz lo dió la bella Astipalea,
Ninfa del dios Neptuno favorita,
A orillas del Imbrasio; y alardea
De gobernar las naves con perita
Mano, cual pide su ínclita ralea.
De sus colegas la inacción lo irrita,
Y en tono, ya de mando, ya de mofa,
Al semidiós Peleo así apostrofa:

CCIV

"¡De Êaco el grande vástago divino!
¿Honroso te parece aquí, en extrañas
Playas, permanecer sin fe ni tino,
Olvidando combates y campañas?
A invitarme a buscar el Vellocino
Movieron a Jasón, no mis hazañas,
Sino mi ciencia náutica, que sabe
Armar y conducir cualquiera nave.

CCV

"De nuestros compañeros los temores
Por nuestra barca tu prudencia acalle.
No sólo a mí: marinos hay mejores
A bordo a quien confiar el gobernalle.
Muévelos a volver a sus labores;
No por vano pesar la empresa falle."
Arenga tal lo inflama, y corre luego
Entre los héroes a encender el fuego.

CCVI

"Egregios camaradas (así empieza
Peleo a discurrir): nuestra energía
¿Por qué ha de sofocar vana tristeza?
Si han muerto dos, el Hado lo quería.
Pero pilotos hay de gran destreza
No pocos en la noble Compañía.
La nave aparejad; fuera pesares:
Marchemos pronto a recorrer los mares."

CCVII

Jasón, desatinado, así responde:
"Peleo: esos pilotos tan valientes
De que hablas ¿dónde se hallan, dime dónde?
Los que antes se juzgaban competentes
En el arte naval no se te esconde
Que bajan más que yo las mustias frentes.
El fin de aquellos dos triste presagio
Es, a mi ver, de muerte o de naufragio.

CCVIII

"De Etas a la Ciudad inexpugnable
Si logramos llegar salvos y sanos,
¿Evitar otra vez nos será dable
Los móviles escollos inhumanos?
En esta playa, en ocio perdurable,
Llegaremos a míseros ancianos.
Después de tanto azar y peripecia,
Adiós hay que decir a nuestra Grecia."

CCIX

Replica Anceo, y con calor extremo
De Juno bajo el hálito divino,
Pide por el timón trocar el remo.
El mismo cargo solicita Ergino,
Y Nauplio quiere y, a su vez, Eufemo,
Regir el clavo de robusto pino;
Pero de la Legión la mayoría
A Anceo sólo el gobernalle fía.

CCX

El duodécimo día ya amanece.
Entran en el bajel. Céfiro blando
Navegación segura les ofrece,
Y por el Aqueronte van remando.
De la Barra al salir el viento crece,
Y el completo velamen desplegando
Con tiempo hermoso y favorable brisa
Caminan por el Ponto a toda prisa.

CCXI

Llegan a toda vela y viento en popa
A la Barra del río *Calicoro*:
Del Indostán al regresar a Europa
Baco, de Jove vástago y tesoro,
Allí fundó de la dorada copa
Y de las danzas en alegre coro
Las místicas *Orgías* en la cueva
Que de *Báquica alcoba* el nombre lleva.

CCXII

Este nombre le dieron porque, exhausto
Con el fatal vertiginoso rito,
Víctima de aquel lúbrico holocausto,
Lo dominaba allí sopor bendito.
También al río, que el pasaje fausto
Del Numen presenció, le fué prescrito
Llamarse para eterna remembranza
Río gentil de la festiva danza.

CCXIII

De Esténelo (de Actor vástago ilustre)
Descúbrese el sepulcro a la derecha.
Cuando cruzaba esa región palustre
De una Amazona lo postró la flecha.
De la campaña en que con tanto lustre
La hueste femenil dejó maltrecha
Tornaba en el ejército de Alcides,
Su noble jefe en las robustas lides.

CCXIV

Suceso extraño impide que adelante
Siga el bajel en mares tan serenos.
El alma del difunto, suplicante,
De Proserpina implora que, a lo menos,
Le conceda mirar un breve instante
Otros hombres como él, héroes y Helenos.
Sus lágrimas ablandan a la Diosa,
Y el espíritu sale de la fosa.

CCXV

Colócase en la punta de la pira
Armado, como estaba en el combate.
Parece que resurge y que respira,
Que bajo la coraza el pecho late.
Roja cimera sobre el casco gira,
Y a guisa de alas cuatro plumas bate.
La mano diestra hacia la nave tiende,
Y al tenebroso Tártaro desciende.

CCXVI

De la visión el gesto y ademanes
A la tripulación dejan inquieta.
Mopso, el hijo de Ampico, sus afanes
Mitiga, a fuer de celestial profeta,
Y detenerse a propiciar los manes
Del infeliz Esténelo decreta.
Recogen velas y fondean junto
Al túmulo glorioso del difunto.

CCXVII

Desembarcan y vierten libaciones
En torno de la tumba. Sacrifican
Ovejas de blanquísimos vellones.
Rústico altar no lejos edifican
A Apolo, *Salvador de embarcaciones,*
Que, derramando vino, purifican.
Después queman perniles, cuyo denso
Vapor se mezcla al humo del incienso.

CCXVIII

También Orfeo consagró devoto
Su lira a Febo, y *Costa de la Lira*
Se dió por nombre al litoral ignoto.
A bordo vuelven; el navío vira:
El tiempo aprovechar quiere el piloto;
Templa las velas, la maroma estira.
Sin inclinarse a aquella ni a esta banda,
Rápido el Argo por las olas anda.

CCXIX

Al arrojante gavilán semeja
Que entrambas alas por igual extiende
Y que arrastrar del huracán se deja,
Sin que las mueva cuando el aire hiende.
Ya de la tierra impávido se aleja;
Ya de los cielos rápido desciende;
En equilibrio siempre y sin balance,
Ni aun el águila misma le da alcance.

CCXX

Pasa sin amainar la hinchada lona
Por donde sale la corriente mansa
Del *Río de la Virgen*. De Latona
La prole virginal cuando descansa
De cazar en los montes y a la zona
Celestial va a volar allí descansa;
Y con el coro de sus bellas ninfas
La casta Diana báñase en sus linfas.

CCXXI

Sin descansar de noche, va la prora
Dejando atrás la Sierra de Eritina
Que a Sésamo da sombra, y a Citora,
Cromno y Crobial. La Punta Carambina
Doblan al rayo de la nueva aurora;
Y, al aflojar la afable ventolina,
A solo remo el litoral tan largo
Recorre un día y una noche el Argo.

CCXXII

Atracan luego en territorio Asirio,
Donde Júpiter mismo casa y lecho
A Sinopa otorgó, y el blanco lirio
De la virginidad, aunque a despecho
De su profundo amor. En el delirio
De su pasión le concedió el derecho
De pedir y obtener cuantas mercedes
Se le antojaran, y cayó en sus redes.

CCXXIII

Su virginal integridad le pide.
Quedó burlado el Dios; y no fué él solo.
Con la hija del Asopo Apolo mide
Sus fuerzas, y también desecha a Apolo.
La solicita el Halis, y despide
Al claro Río con el mismo dolo.
Jamás pudieron dioses ni pastores
Jactarse de gozar de sus favores.

CCXXIV

Deïleón, Antíloco y Flogío,
Vástagos del que fué gloria de Marte
Deímaco Tricceo, junto al río
Halis se encuentran, que formaron parte
De la legión que armó con tanto brío
Hércules, y dejaron su estandarte.
La nave al ver, su deserción lamentan
Y a los heroicos nautas se presentan.

CCXXV

Suben a bordo, y a la noble hueste
Los tres se agregan, en valor iguales.
Aléjalos la brisa del Noroeste
De las Bocas del Halis y arenales.
Dejan atrás el territorio agreste
Que del Iris fecundan los raudales,
Y, gracias al que sopla, fuerte viento,
La costa Asiria piérdese al momento.

CCXXVI

El Cabo de las fuertes Amazonas
Doblan antes que el Sol llegue al Ocaso;
Recogen, para entrar, las anchas lonas
En el cómodo puerto, y a su paso
Admiran el verdor de aquellas zonas
Que de su Reina vieron el fracaso
Al caer Melanipa prisionera
En la emboscada que Hércules tendiera.

CCXXVII

Hipólita, también hija de Marte,
Por libertar a su cautiva hermana
Le dió su cinto, maravilla de arte,
De riqueza primor. De mala gana
La que era del botín la mejor parte
Hércules devolvió.—La mar insana
Los empuja a ese golfo, al pie del Monte
Y a la Boca del río Termodonte.

CCXXVIII

De cuantos en sus ámbitos encierra
Ríos y arroyos, que le presten vida,
El ancho mundo, por la enjuta tierra,
No hay uno que, como éste, se divida
En tantos arroyuelos. De la sierra
Altísima es su punto de partida.
Cien menos cuatro son, si los numero
De todos uno solo es el venero.

CCXXIX

Llamáronse Amazonias las montañas
De donde manan sus sagradas fuentes.
A veces de la tierra en las entrañas
Se pierden por los cerros sus corrientes;
Otras logran bajar a las campañas
Serpeando por sendas diferentes.
El Río, y uno que otro tributario,
Entran al Ponto poco hospitalario.

CCXXX

De buena gana el fin de la tormenta
Quisieran ver anclados en el puerto;
Pero con esa raza turbulenta
Imposible es la paz. Al campo abierto
Tendrían que salir, lucha cruenta
Sin poder evitar, de éxito incierto.
No son las Amazonas de Doantes
A las demás mujeres semejantes.

CCXXXI

En la que habitan, infeliz llanura,
Ni respeto a las leyes, ni justicia,
Ni gentileza o femenil dulzura
Hay que pedir. Furor por la milicia,
Batallador espíritu y bravura
Heredaron y bélica pericia
Al recibir el ser del dios Mavorte
Y de Harmonía, su feliz consorte.

CCXXXII

Las lóbregas florestas del Acmonio
Que de la Ninfa vieron el enlace,
De su fecundidad son testimonio;
Prole marcial, de aquella prole nace.
El que Júpiter manda, de Favonio
Soplo gentil, los ímpetus deshace
Hoy, de esas hembras, bravas como cautas
Que a acometer se aprestan a los nautas.

CCXXXIII

No habitan en idénticas ciudades,
Ni en una Capital tienen asiento.
Divídense en tres tribus y heredades;
Es su hueste juntar trabajo lento.
Gobierno aparte tienen las de Cades,
Que en manejar el arco son portento.
La tribu de Licastias lejos mora;
De Temiscira Hipólita es Señora.

CCXXXIV

El Cabo en que el alcázar se reclina,
Mansión de la Amazónide Princesa,
Merced a la gallarda ventolina
La nave audaz, burlándola traviesa
Dobla, y avanza a la región vecina.
El día entero de bogar no cesa,
Y a todo andar la noche subsiguiente
Arriba de los Cálibes enfrente.

CCXXXV

Jamás un buey uncieron al arado
Ni quisieron labrar la gleba dura.
Nunca su mano un árbol ha plantado
Cuyos ramos le den fruta madura.
Jamás soñaron en criar ganado
De su campo feraz con la pastura.
El hierro solo que su seno encierra
Sabe pedir el Cálibe a la tierra.

CCXXXVI

En las profundidades de su mina
Trabaja sin descanso el operario,
O entre el humo y hollín de su oficina;
Y trueca su metal o su salario
Por víveres que surtan su cocina
O por prendas de exótico vestuario.
Nunca lo halló sin barra ni martillo
Del lucero del alba el primer brillo.

CCXXXVII

Pasan el Cabo a *Jove Gentilicio*
Consagrado, y las costas Tibarenas
Donde, si sobreviene un natalicio,
La mujer no interrumpe sus faenas,
Y a su esposo, de pie, presta servicio.
El en la cama grita a fauces plenas
Y con vendada faz llora a raudales
Entre fajas y baños puerperales.

CCXXXVIII

Las torres de madera y las techumbres
Divisan de los tristes Masinecos,
Que moran de la sierra entre las cumbres
Cuyo nombre les dan sus palos secos.
Extrañas son las leyes y costumbres
De esa raza de escuálidos y entecos.
De todas las demás es enemiga,
Aunque es el Sacro Monte el que la abriga.

CCXXXIX

Lo que ven practicar otras regiones
En la calle, en la plaza, en el camino,
Al sagrado interior de sus mansiones
Introducir, no juzgan desatino.
En cambio, las contiendas y pasiones
Que requieren pudor, recato y tino,
Sin esperar jamás la noche umbría
Ostentan a la luz del mediodía.

CCXL

No hay vínculos de amor entre esa gente,
Ni lazo conyugal, ni justo enlace.
Como piara de cerdos, juntamente
La muchedumbre sobre el polvo yace.
Legisla el Rey sentado en eminente
Pilar, y si a su grey no satisface,
La turba, un día entero a Su Sagrada
Majestad tiene hambrienta y encerrada.

CCXLI

El viento calma al declinar el día
Y enderezando el rumbo un poco al Norte,
A puro remo, en lenta travesía,
Se acerca el Argo a la Isla de Mavorte.
Un pájaro del Dios, de los que cría
Aquella tierra, con osado porte,
Volando audaz hacia la mar avanza
Y de sus alas una pluma lanza.

CCXLII

Como saeta, que tirante cuerda
Dispara, cae sobre el divino Oileo.
Clávale el hombro con la espalda izquierda;
El remo suelta y su marcial arreo.
De vista antes que el pájaro se pierda,
De otro pájaro se oye el aleteo.
Los nautas ven la pluma con asombro
Que ha atravesado del herido el hombro.

CCXLIII

Eribotas se acerca. Antes que lave
La llaga, extrae el proyectil, sentado,
Y, suelto el cinturón, lo venda suave.
En tanto, tiende el arco bien templado
Clicio, el hijo de Eurito, y cae el ave
Herida por la flecha, al diestro lado
Girando del bajel. De Aleo el hijo
Anfidamante, así prudente dijo:

CCXLIV

"Que la isla que tenemos a la vista
Es la de Marte, dícelo a las claras
La extraña aparición, que nos contrista
De esas aves, rapaces cuanto raras.
Inútil es marchar a su conquista
Sólo con arcos y emplumadas varas.
Si obedecer queremos a Fineo,
Con ardides será, según yo creo.

CCXLV

"Desdoro no hay ni deficiencia alguna,
Hércules mismo, cuando a Arcadia vino
A echar de la Estinfálide Laguna
Las acuáticas aves, tuvo el tino
De no desperdiciar flecha ninguna,
Dejando intacto su carcaj divino;
Forjó de bronce, a guisa de campana,
Instrumento de fuerza sobrehumana.

CCXLVI

"Con mis ojos lo vi, de extenso cerro
Subir apresurado a la eminencia,
Agitando en sus manos el cencerro
Con tal celeridad y tal violencia,
Que huyeron a millares, si no yerro,
Las aves en tropel, sin resistencia.
Con un ardid igual de nuestra parte
Se ahuyentarán los pájaros de Marte.

CCXLVII

"Permita la Legión que le sujete
Mi plan: después resuelva lo que quiera.
Al remo de flexible pinabete
Siéntese sólo la mitad primera:
Luzca la otra mitad dorado almete
Que en los aires agite la cimera.
Defiendan el bajel nuestras adargas,
Y las de fina punta, picas largas.

CCXLVIII

"Unánimes lanzad sonoro grito
Agitando alabardas y plumeros,
El repentino estrépito inaudito
Asustará a los buitres carniceros;
Y si desembarcareis, os invito
A desnudar los ínclitos aceros
Y aprovechar el retintín agudo
Del golpe de la lanza en el escudo."

CCXLIX

Placen las oportunas sugestiones
A la Cohorte. Pónenlas en obra
Calándose los fúlgidos morriones
Con el rojo penacho. A la maniobra
La mitad de los nobles campeones
Se apresta sólo y nuevo aliento cobra.
Los otros, con las lanzas y broqueles
Cubren la nao, a su consigna fieles.

CCL

¿Visteis la casa que albañil experto
Con elegancia coronada deja?
Pónela de las lluvias a cubierto
Acomodando teja sobre teja,
Así los nautas saben con acierto
Formar con lanzas provisoria reja
Y encima los escudos bien trabados
Superan al mejor de los tejados.

CCLI

Como en el rojo campo de batalla
De adversas huestes al violento choque
De los escudos el metal restalla
Al abollarlo el enemigo estoque,
Así es el ruido que en la nave estalla
Sin que a los fieros pájaros provoque,
Y ni uno solo por los aires yerra
Mientras se ve bogar lejos de tierra.

CCLII

Pero al tocar en la Isla, el formidable
Fragor de los escudos los ofende
Y de parvadas hueste innumerable
En toda dirección el éter hiende.
¿Visteis jamás a Júpiter mudable
Cuando a los hombres afligir pretende
Y de las nubes granizada infanda
Sobre los pueblos y las casas manda?

CCLIII

Del granizo densísimo el rüído
Al confiado habitante no amedrenta
Porque no le cogió desprevenido
El súbito rugir de la tormenta,
Y del tejado fuerte guarecido
Oye tronar e impávido se sienta.
En vano así, las aves a millares
Lanzan sus plumas al cruzar los mares.

CCLIV

Sobre el techo de escudos se despuntan
De las agudas plumas los cañones,
Mientras la nave a defender se juntan,
Debajo, los heroicos campeones
Que inútil es, los pájaros barruntan
El rudo desplumar de sus alones;
Y abandonando la natal montaña
Cruzan el Ponto y van a tierra extraña.

CCLV

Pero ¿cuál de Fineo fué la mente?
¿Por qué aconseja el místico agorero
Que desembarque la Legión valiente
En aquella isla de fatal agüero?
¿Cuáles ventajas a la heroica gente
Augura, del difícil paradero?
A los hijos de Frijo se aludía
Del ciego en la confusa profecía.

CCLVI

El padre, al sucumbir a la dolencia
Que lo llevó a la tumba allá en el Haya
Les mandó recoger la rica herencia
Que en Orcómeno, perla de la Acaya,
Legó de sus abuelos la opulencia.
Partir los vió de Cólquide la playa
En el bajel velero, que ambicioso
Etas, el Rey Citeo, dió gustoso.

CCLVII

Apenas entre gritos de alegría
En la Isla desembarca la Cohorte,
Fiera tormenta Júpiter envía,
Lluvia terrible y vendaval del Norte.
Luchan los tripulantes todo el día;
Pero no impiden que en la noche corte
La tempestad el casco y maderamen
Y arrebaten los vientos el velamen.

CCLVIII

¡Qué noche tan tremenda! Allá en el cielo
La húmeda senda del divino Arturo
Marca de lluvia tenebroso velo,
Y envuelve el Ponto torbellino obscuro.
Caen los remeros en el mar de hielo,
Y asidos a un madero mal seguro,
Y gracias a los Dioses soberanos,
Pueden salir a flote los hermanos.

CCLIX

No luce ni una estrella que el camino
A los cansados náufragos alumbre.
Bóreas, que süave, de laurel y pino
Las hojas agitaba allá en la cumbre
Por la mañana, arrecia de contino
Y las olas levanta; ni vislumbre
De salvación el navegante inerte
Desde su tabla ve, sino la muerte.

CCLX

El Hado los salvó. La marejada
Entre tinieblas lóbregas arroja
Al litoral la tabla a que abrazada
Va la doble pareja en su congoja.
Al despuntar el Sol, Jove se apiada.
Cesa la lluvia que la tierra moja
Dejando a la Legión ir en su ayuda.
Argos así, el primero la saluda:

CCLXI

"Por Júpiter, el de ojos penetrantes,
Quienquiera que seáis, oíd los votos
De estos infortunados navegantes
Que en mil pedazos contemplamos rotos
Los leños del bajel en que poco antes
A puertos caminábamos remotos.
Graves asuntos y útiles consejos
Nos empujaban de la patria lejos.

CCLXII

"Dejadnos abrazar vuestras rodillas,
Y, acogiendo benignos nuestras preces,
Prestadnos ante todo unas ropillas
Que cubran nuestras tristes desnudeces.
De la deshecha nave en las astillas,
Esperando ser pasto de los peces,
Ni soñamos siquiera en alimentos.
Socorred, por piedad, a los hambrientos.

CCLXIII

"Por último, os pedimos suplicantes
Trato cortés y hospitalario abrigo,
Con hombres a vosotros semejantes
Habláis, y no con pérfido enemigo.
Por Júpiter, amparo de viandantes,
Patrono del que llora y del mendigo;
Por Júpiter, cuya alta providencia
Todo lo ve, miradnos con clemencia."

CCLXIV

Jasón, aunque algún Numen le revela
Que de Fineo cúmplese el conjuro,
Al replicar, pregunta con cautela:
"Los tres socorros que tendréis os juro.
Pero ¿dónde moráis? ¿Por qué a la vela
Os habéis hecho en temporal tan duro?
¿Cuál es vuestro clarísimo linaje,
Vuestro nombre y el fin de vuestro viaje?"

CCLXV

Argos, a quien la pena aún azora,
Así contesta a Esónides prolijo:
"Parte de nuestra historia antes de ahora
A creer me atrevo que os llegó de fijo.
Que un Eólida vino, nadie ignora,
De Grecia al Reino de Etas: era FRIJO
Que jinete en carnero esplendoroso
Que Mercurio doró, volaba airoso.

CCLXVI

"Podeis aún en el alcázar regio
Ir a admirar el áureo Vellocino.
Mercurio mismo el animal egregio
Mandó inmolar a Júpiter divino,
Que de su majestad por privilegio
Ampara al fugitivo y peregrino.
El Rey le dió hospedaje en sus mansiones
Y a su hija misma, sin nupciales dones,

CCLXVII

"Del regio matrimonio somos fruto.
Calcíope está viva. En edad grave
Frijo pagó a la muerte su tributo.
Al embarcarme en la perdida nave
Sus órdenes postreras ejecuto.
¿La que gozó Atamante, quién no sabe
En Orcómeno insólita opulencia?
Vamos los cuatro a recoger su herencia.

CCLXVIII

"Si nuestro claro nombre, por ventura
Saber quisiereis, éste es *Citisoro;*
Frontis, aquel de la color obscura;
Melas se nombra el de los cabellos de oro;
A mí me llaman *Argos.*" Se apresura
A abrazarlos cada uno de los nautas.
Jasón añade estas palabras cautas:

CCLXIX

"Parientes somos, desde luego veo,
Por el lado paterno. Fué Atamante
Hermano de mi abuelo, el gran Creteo.
A mí te envía Júpiter Tonante
De fijo, y cumpliré con tu deseo.
De Grecia vengo; voy más adelante,
Al Haya; mas no hablemos de aventuras:
Por hoy, os proveeré de vestiduras."

CCLXX

Calla. De las bodegas del navío
Sacan vestidos de variado corte.
Con raudo paso y belicoso brío
Al Templo se encaminan de Mavorte
En donde ofrecen sacrificio pío
De ovejas pingües. Queda la Cohorte
Fuera del edificio, que, sin techo
Fuera tiene el altar, a poco trecho.

CCLXXI

En torno al ara, negra por los años,
Oran en pie los Argonautas fieles.
Allí las Amazonas, con extraños
Ritos, aún en su piedad crueles,
En vez de ovejas de húmiles rebaños
Inmolaban espléndidos corceles.
Después del sacrificio y lauta cena,
Su discurso Jasón así encadena:

CCLXXII

"Todo penetra la sublime vista
De Júpiter Supremo. A su mirada
No hay un mortal que impávido resista
Y a sus devotos proteger le agrada.
¡Su gran poder, como antes, nos asista!
El destruyó la pérfida celada
Que de cruel madrastra la insolencia
Tendió de vuestro padre a la existencia.

CCLXXIII

"Le donó, con la vida, facultades
Sin límites, del mundo maravilla;
Y a vosotros, de recias tempestades
Os ha salvado en diminuta astilla.
A do queráis, cual íntimos cofrades,
De mi baje! os llevará la quilla;
Del opulento Orcómeno a la playa,
O solamente de regreso al Haya.

CCLXXIV

"Con Argos construyó la misma Diosa
Palas mi nave, de robusto pino
Que en el Pelio cortar quiso graciosa
Con su segur de temple adamantino.
Tragó la vuestra tempestad furiosa
Sin ver en la garganta del Euxino
Las rocas, que en perpetuo movimiento
Del nauta son peligro y escarmiento.

CCLXXV

"Pues os ligó a nosotros la Fortuna
Y os hace en este mar nuestros pilotos,
Que en la misión de transportar nos una
El vellón de oro, fin de nuestros votos,
A Grecia, que es de nuestros padres cuna;
Así de Frijo os mostraréis devotos.
Para aplacar a Jove es esta empresa.
De Eolo en la progenie su ira pesa."

CCLXXVI

Aunque cortés y fino habló el Caudillo,
A su auditorio horrorizado deja.
Saben que no es negocio tan sencillo
Privar al Rey, astuto cual vulpeja,
De la piel del carnero, cuyo brillo
Al oro más espléndido semeja.
Argos, en fin, a quien la empresa indigna,
Así enojado responder se digna:

CCLXXVII

"¡Magnánimos amigos! Nuestra vida
Con cuanta sangre en nuestras venas arde
Tendréis apenas la ocasión lo pida
Y ni una gota os negaré cobarde.
Pero un furor terrífico se anida
En el ánimo de Etas. Hace alarde
De ser hijo del Sol, y en masa ingente
Lo circunda de Cólquide la gente.

CCLXXVIII

"Lo hacen rival de Marte, el retumbante
Grito de guerra y brazo giganteo.
Sin su consentimiento ese trasplante
Del dorado vellón difícil veo.
Fiero Dragón lo guarda vigilante.
Del Cáucaso el peñón Tifaoneo
Lo vió nacer de la fecunda Tierra.
Jamás el sueño sus pupilas cierra.

CCLXXIX

"De la Serpiente a la nativa roca
Legó su nombre Tifaón insano
Que en un momento de arrogancia loca
Osó retar a Jove soberano.
Pero no bien su cólera provoca
Alza irritado Júpiter la mano
Y con agudo rayo lo fulmina.
Herido en la cabeza el rostro inclina,

CCLXXX

"Y destilando sangre, con que baña
Su cuerpo, por las llamas encendido,
Arrastrándose llega a la montaña
De Nisa, en busca de perdón y olvido.
Pero lo tiene aun hoy del Dios la saña
En el Bistonio Lago sumergido."
Con la atención lo escuchan, que merece,
Y más de una mejilla palidece.

CCLXXXI

Peleo, audaz, a la palestra salta,
Y le responde así: "Mi buen amigo:
¿Creéis acaso que valor nos falta
Para vencer, lidiando, al enemigo?
La alcurnia de los héroes es tan alta
Que por su salvación temor no abrigo.
De Dioses somos todos descendientes,
A la guerra avezados y valientes.

CCLXXXII

"Si el Vellocino de oro de buen grado
A entregar a Jasón Etas se niega,
Por nuestras huestes se verá forzado
Plázcale o no le plazca, a hacer la entrega,
Y ni uno dejaremos a su lado
De esas tribus de Cólquide que allega."
Pasan el tiempo en diálogo sabroso,
Cenan y buscan plácido reposo.

CCLXXXIII

Cuando se despertaron a la aurora
Empezaba a soplar brisa süave.
Izan las velas; pone al mar la prora
Y áncoras leva la veloce nave.
La Isla de Marte piérdese en una hora
De vista, y antes que la tarde acabe
La Insula majestosa de Filira
En lontananza aparecer se mira.

CCLXXXIV

Allí Saturno, vástago de Urano,
Cuando de Olimpo en la mansión eterna
Era de los Titanes soberano,
Y Júpiter, de Creta en la caverna
Era escolar del preceptor Troyano,
Amó a Filira con pasión tan tierna
Que sorprendió la despreciada Diosa
A entrambos en su cámara de esposa.

CCLXXXV

Huyó Saturno fuera del alcance
De Rhea, transformándose en ligero
Corcel. Avergonzada en aquel trance
Ella subió por áspero sendero
A los Montes Pelasgos. Vino el lance
Del parto, y del connubio lastimero
El Centauro Quirón, de alto renombre,
Nació, mitad caballo y mitad hombre.

CCLXXXVI

A toda vela pasan los Macrones
Y la rica heredad de los Bequiros.
La brisa, sin parar, a las regiones
Los lleva de Bizeres y Sapiros.
De repente salir a borbotones
Ven el agua del Ponto, en raudos giros
Que en vasto golfo se abre, extenso y hondo
Con el fragoso Cáucaso en el fondo.

CCLXXXVII

A una de sus altísimas montañas,
Atado con cadenas, Prometeo
Alimenta, infeliz, con sus entrañas
A un buitre colosal, feroz y feo,
Más que las infernales alimañas.
Desde la nave se oye su aleteo
Cuando a perderse va en el horizonte
O torna más voraz al triste monte.

CCLXXXVIII

Del semidiós el hígado devora
Que sin cesar se reproduce y crece,
Su roja garra muestra aterradora.
A ninguna ave el monstruo se parece.
Remos sus alas son. Con popa y prora
El velamen del Argo se estremece,
Y a los confusos nautas, aturdidos
De la víctima dejan los gemidos.

CCLXXXIX

A la pericia de Argos, siempre alerta,
Deben llegar de noche a su destino
Del caudaloso Fasis a la puerta
Y en el límite extremo del Euxino.
Proceden a guardar bajo cubierta
Velas y entenas de ligero pino.
Bajan el mismo mástil, y a lo largo,
En el centro, reclínanlo del Argo.

CCXC

Sin aguardar a que despunte el día
A todo remo van contra corriente
Cuya linfa levántase bravía
Herida de la prora por el diente.
Alzase la fragosa serranía
A la izquierda del Cáucaso eminente,
Y la ciudad del Haya, la primera
De Cólquide, y del Reino cabecera.

CCXCI

El Campo de Mavorte al otro lado
Se extiende con su bosque. El Vellocino
Allí, por la Serpiente custodiado,
Pende brillante de frondoso encino.
Jasón, en copa de oro cincelado
Libaciones de miel y rico vino
Del claro río vierte en los cristales
Invocando los Númenes locales.

CCXCII

A la Tierra, a los Dioses protectores
Del Reino y a las ánimas gloriosas
De los difuntos héroes y señores
Manda aplacar con preces fervorosas,
Y de incienso con místicos olores
Ruégales que sus áncoras limosas
Caigan bajo benévolos auspicios,
Y que aceptar se dignen sus servicios.

CCXCIII

Así prorrumpe entusiasmado Anceo:
"Llegamos (dice) a Cólquide distante
Y a Fasis, centro del poder Citeo.
¿Nos mostraremos de su Rey delante
En humilde actitud u hostil arreo?
De resolver y obrar es el instante.
Deliberad con pláticas discretas
Si hay que retar o propiciar a Etas."

CCXCIV

Obediente Jasón a los consejos
De Argos, manda avanzar a una palude
Y echar las anclas de la orilla lejos.
Que preste sombra y del peligro escude
Al Argo con sus árboles añejos.
Pronto a cerrar los párpados acude
El sueño bienhechor, y de la aurora
Despiértalos la luz consoladora.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO
Y DEL TOMO PRIMERO

ÍNDICE

PÁGS.

Dedicatoria..... v
Carta-Prólogo..... vii
Clave alfabética..... xiii

LIBRO PRIMERO

Sumario..... xix
Invocación a Apolo..... 1
Causa de la Expedición..... 2
Catálogo de los Argonautas..... 3
Orfeo. Milagros de su canto..... 3
Genealogía de Astorio y Polifemo..... 4
Parentesco de Ificlo con Jasón..... 5
Origen divino de Erito y Equión..... 5
Corono. Hazañas de su padre..... 6
El Adivino Mopso..... 7
Oíleo. Suerte que le aguarda..... 8
Telamón y Peleo..... 9
Teseo retenido en el Averno..... 10
Tifis Agniades y Argos Agenórides..... 11
Llamamiento a Hércules Alcides..... 12
Nauplio..... 13
Idmón el adivino..... 14

PÁGS.

Cástor y Pólux..... 14
Idas y Linceo..... 15
Augías Anceo, hijo de Licurgo..... 16
Eufemo el andarín..... 17
Ergino y Anceo, hijos de Neptuno..... 18
Meleagro. Ificlo..... 19
Zetas y Calaín, hijos de Bóreas..... 20
Acasto, hijo de Pelias. Argos..... 22
Marcha de los héroes..... 23
Despídese Jasón de su madre Alcimeda y de su padre Esón..... 25
La sacerdotisa de Diana..... 30
Frente a la nave..... 31
Hércules rehusa ser caudillo..... 34
Jasón nombrado jefe. Su discurso..... 35
Botadura del Argo..... 37
Sacrificio a Apolo..... 40
Insolencia de Idas..... 48
Reprimenda de Idmón..... 49
Himno de Orfeo..... 50
Partida..... 53
Despedida de las Deidades, Ninfas y el Centauro Quirón..... 56
Arribada junto a la tumba de Dólope..... 58
Llegada a la Isla de Lemnos..... 61
Su sangrienta historia..... 62
Etálides, hijo de Mercurio, heraldo de Jasón. 64
Aventuras y amores de los Argonautas..... 69
Despedida de Jasón e Hipsipilea..... 90
De Lemnos a la Propóntide..... 93
Con los Doliones..... 95
Combate con los Gigantes..... 100

PÁGS.

Partida de Cízico..... 103
Regreso a Cízico..... 105
Combate desgraciado..... 107
Suicidio de Clita..... 109
Sacrificio en el Dindimo..... 113
Penosa travesía..... 121
Arribo a Misia..... 123
Aventura de Hércules..... 125
Rapto de Hilas por las Ninfas..... 129
Abandono de Hércules y Polifemo..... 134
Tumulto a bordo del Argo..... 135
Cálmalo la aparición de Glauco..... 137
Llegada a Bebricia..... 141

LIBRO SEGUNDO

Sumario..... 143
Lucha de Pólux con Amico..... 146
Muerte de Amico..... 155
Combate con los Bébrices..... 157
Triunfo de los Argonautas..... 158
Sacrificio y banquete..... 161
En la costa de Bitinia..... 163
Encuentran al profeta Fineo. Su historia..... 166
Los hijos de Bóreas. Las Harpías..... 169
Vaticinio de Fineo..... 178
Episodio de Parebio..... 195
Sacrificio a Apolo..... 200
Origen de los vientos Etesios..... 201
Partida. Auxilio de Minerva..... 207
La Paloma exploradora..... 209
Paso de las Simplégades..... 210

PÁGS.

Socorro decisivo de Minerva..... 212
En el Ponto Euxino..... 213
Tristeza de Jasón..... 216
Arribo a Tiniada..... 222
Aparición de Apolo..... 223
Himno de Orfeo..... 225
Aquerusia..... 228
Con los Mariandinos..... 231
Alianza con Lico, su Rey..... 232
Muerte de Idmón..... 241
Muerte de Tifis..... 244
Anceo nombrado Piloto..... 247
Aparición de Esténelo..... 251
Sacrificio fúnebre..... 252
Por el Ponto..... 255
Cabo de las Amazonas..... 257
Tibarenos y Masinecos..... 263
Isla de Marte..... 265
Lucha con los Pájaros..... 267
Tempestad y Naufragio..... 273
Salvamento..... 275
Los Hijos de Frijo..... 278
Arenga de Peleo..... 285
Historia de Filira..... 286
Llegada a Cólquide..... 289

FIN DEL ÍNDICE

FE DE ERRATAS

Pág. 105, Octava 209, verso 2.
Dice: *De fino bronce o acerrada fibra,*
Léase: De fino bronce o acerada fibra,

Pág. 254, Octava 219, verso 1.
Dice: *Arrojante gavilán*
Léase: Arrogante gavilán

Pág. 278, Octava 268, verso 4.
Dice: *Melas se nombra el de los cab ellos de oro;*
Léase: *Melas* se nombra el de cab ellos de oro;

En las octavas 100, 207, 209 y 217 del Libro Primero suprimirá el lector el acento de *aun.*

SE ACABÓ DE IMPRIMIR ESTE TOMO

EN LA TIPOGRAFÍA DE LA "REVISTA DE ARCHIVOS,

BIBLIOTECAS Y MUSEOS"

EL DÍA 26 DE JUNIO

DE MCMXIX

RETURN TO the circulation desk of any
University of California Library
or to the
NORTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY
Bldg. 400, Richmond Field Station
University of California
Richmond, CA 94804-4698

ALL BOOKS MAY BE RECALLED AFTER 7 DAYS
2-month loans may be renewed by calling
(415) 642-6233
1-year loans may be recharged by bringing books
to NRLF
Renewals and recharges may be made 4 days
prior to due date

DUE AS STAMPED BELOW

NRLF LIBRARY USE AUG 1 '89